

MEMORIAS DE UN ESPÍRITU

¡TE PERDONO!

012733
Casa editorial de Carbonell y Esteva

MEMORIAS DE UN ESPÍRITU

¡TE PERDONO!

Comunicaciones obtenidas
por el medium parlante del Centro Espiritista
«La Buena Nueva» de la ex-villa de Gracia
copiadas y anotadas

POR

Amalia Domingo Soler



TOMO TERCERO
2.^a EDICIÓN



BARCELONA

Imprenta y Librería de Carbonell y Esteva
Rambla de Cataluña, 118

1904



XXXI

ANTES de relatar mi nueva encarnación, justo es, que me detenga haciendo algunas consideraciones.

»Después de mi última impresión al pié de la fuente, donde ví al que era el alma de mi alma, el amor de mis amores, la hermosísima realidad de todos mis sueños, lo más bello, lo más grande, lo más sublime que yo había encontrado en la tierra; después de verle, después de escuchar sus palabras proféticas, sentí en todo mi ser un anonadamiento especial, anonadamiento no es la frase mejor empleada, pero los medios de que me valgo y la pobreza de vuestro lenguaje, no me permiten expresarme como yo quisiera. Me quedé satisfecha y esperanzada, y sin moverme, (digámoslo así): ¡cuánto anduve!, ¡cuánto!, ví en mi largo viaje mis múltiples encarnaciones en las cuales mi espíritu había ido desarrollando

sus buenas y sus malas facultades, las últimas estaban en mayoría, sin faltarme por eso períodos históricos en los que había brillado por mi audacia, por mi arrojo, por mi temeridad y mi energía, y tanto se aficiona el espíritu á la lectura de su historia, que se siente una satisfacción inmensa volviendo á ver lugares y parajes en los cuales se ha luchado, se ha sufrido, y se ha fortalecido el alma con los reconstituyentes del dolor y con los bálsamos de la esperanza. Después, llega un momento en que el espíritu no puede avanzar más, encuentra un límite. ¿Cuál? un punto luminoso del espacio, donde parece que cortinajes gigantes ocultan lo desconocido entre sus pliegues de fuego, y allí, ante aquel escenario del infinito, se siente la eterna curiosidad; allí, á través de telones de transparente gasa se ven mundos rodando entre fuego, como ruedan las almas impulsadas por el divino fuego del amor.

» ¡Cuánto se vé Dios mío!... ¡cuánto se vé! ¡todo muere y todo renace! ¡todo pierde su forma para adquirirla más bella! ¡Qué sabio eres, Dios mío! tú das el tiempo á los espíritus para su perfeccionamiento, y les concedes permanecer en el espacio para que lean detenidamente la historia de las humanidades y se convenzan que la cuen-

ta de las existencias, es una liquidación eterna del alma.

»En el espacio se aprende mucho y se estudia con aprovechamiento, siempre que el espíritu no se encuentra muy turbado por el recuerdo de sus crímenes, porque el crimen, es verdaderamente la realidad del infierno que pintan las religiones; el remordimiento es un fuego inextinguible, el perdón sincero de las víctimas no da al verdugo la tranquilidad perdida; la generosidad de los atormentados le hace ver más claro al culpable toda su bajeza, toda su ruindad y degradación. ¡Ay del criminal!...

»Mucho se trabaja en el espacio cuando el espíritu quiere formarse un cuerpo que le sirva de útil instrumento para sus buenos fines; después de este trabajo, el espíritu, para tomar aliento, para orientarse, busca á *aquel*. ¿Y quién es *aquel*? (diréis vosotros) *Aquel*, es el motor de nuestroa delante, el espíritu que nos dijo: *¡levántate y anda!*, y se le busca con afán indecible antes de tomar nueva encarnación, y á veces se le encuentra donde menos se espera y se suele emplear mucho tiempo y mucho trabajo en esa peregrinación, pero, ¡se goza tanto al encontrar á *aquel*!

»Así como gozáis vosotros, cuando pensando en los seres ausentes contando los

días y los minutos, decís: ¡vendra tal día!, ¡le veré!, ¡le abrazaré!, y soñáis con los seres queridos, y hasta adivináis el momento en que se dejarán caer en vuestros brazos, pues ese goce, para vosotros inmenso, es muy pequeño en comparación de la alegría sin límites que sienten los espíritus en el espacio, cuando se encuentran con sus amigos, con sus compañeros, con los campeones que los llevaron á la victoria ó á la derrota, pero que los asociaron á su obra y les hicieron partícipes de sus glorias ó de sus fatigas.

»¡Qué encuentros tan hermosos!; cuando se vislumbran á los espíritus dentro de sus círculos lumínicos, de sus arcos luminosos, de belleza incomparable, indescriptible, arcos y círculos formados por la atmósfera que se forma cada espíritu, también hay espíritus rodeados de fuego, el fuego de la desesperación y del remordimiento, esos espíritus no sienten, no comprenden la compasión que inspiran; así me pasó á mí en la erraticidad, ví rodando á un espíritu en su inmensa desesperación, ¡era... Isac!, ¡con cuánta angustia me fijé en él!, aquel desventurado no encontraba ni padre ni madre que lo quisiera recibir para volver á la tierra y transcurría el tiempo y aquel infeliz á cuantas puertas llamaba ninguna

se abría para él, ¡nadie le quería!, ¡nadie!... hasta que en una noche de crápula aprovechó un momento de confusión y de locura y encarnó en una ramera, que maldijo su estado, al comprender que iba á ser madre, esperando el instante del alumbramiento para *deshacerse* de aquel enojoso estorbo, arrojando á un muladar al pobre niño pocos momentos después de nacer, ¡cuánta sombra!... ¡cuánta degradación!, ¡pobre Isac!, ¡en qué estado tan horrible volvió al espacio!... Entonces le hablé, pero él no podía oirme, ¡imposible!... mediaba entre los dos una distancia inapreciable para los terrenales, pero si él no me oía, me oía yo misma, y eso me bastaba, y exclamé verdaderamente compadecida: ¿Nadie te quiere? pues quiero que conmigo vivas; y entonces me pareció que se abría el infinito para mí, escuché armonías de las que en la tierra no se tiene la menor idea, y oí voces tan dulces, tan amorosas, tan expresivas, que yo no sabía si había llegado para mí la hora bendita de entrar en el reino de los cielos.

»No creáis que es tan fácil encontrar padre y madre, y yo empleé bastante tiempo en formar mi nuevo nido, miré detenidamente quienes habían de ser mis adversarios para luchar, pero sin odios, y me pro-

puse continuar mi historia, y tomar encarnación para seguir propagando la moral más pura y más perfecta, haciendo brillar una nueva luz sobre las caducas religiones. Ahora me propongo, hermanos míos, hablaros de una encarnación que tan mal se ha comprendido y tan mal de ella se ha hablado, que yo misma, con ser la protagonista, no encuentro el menor rasgo de mi personalidad en la historia que de mí se ha escrito, inexacta en absoluto. Ya dijo uno de vuestros filósofos que *la historia mal escrita, es una gran conspiración contra la verdad*, y yo puedo asegurar que han conspirado contra mí, todos mis historiadores.

»Después de maduro examen me preparé el camino, y no fué mi encarnación agradable. ¡Ah! no; cumplí con el deber que me había impuesto y nada más.

»Tuve madre virtuosa y padre desgastado, tuve hermanos que algunos no brillaron por su sabiduría ni por sus buenas intenciones: mi padre tuvo dos mujeres, yo encarné en la segunda, así es, que ya encontré mi hogar lleno de familia. Por la misión que yo quería desempeñar elegí el suelo español, ahora puedo decir que vine á la tierra española, tierra de hidalgos y de soñadores, tierra de guerreros y de fanáticos, tierra de artistas y de frailes,

tierra donde se arraiga lo más grande, lo más sublime, y lo más bajo y lo más perverso; donde hay toda la luz de una naturaleza espléndida, y toda la sombra del fanatismo religioso. Anteriormente no precisé nombres ni lugares porque como aún en la tierra no se aprecia el fondo de las cosas ni la idea que entrañan, y se juzga únicamente del valor de un relato por los nombres que en la relación se encuentran, por eso me abstuve de citar nombres y fechas que no hacían falta, para que el ramo de flores que yo os presentaba esparciera su penetrante aroma; ahora, tratándose únicamente de mí, seré algo más explícita.

»Cuando llegué á mi nuevo hogar, fui muy bien recibida, me quisieron mucho, especialmente mi madre, ésta, ¡ésta me idolatraba! ¡pobre madre mía! desde muy pequeña, antes de balbucear ya quería que yo pronunciara el nombre de Dios, era una perfecta cristiana; religiosa sin gazmoñería, ella misma me enseñó á leer y á escribir. ¡Con qué alegría miré la primera pluma que me entregó! para mí fué el mejor tesoro, el juguete más preciado, mi espíritu adivinaba todo el valor que una pluma tiene en manos de una mujer.

»Desde pequeña leí con afán y mi voccita infantil era el encanto de mi familia;

en las veladas del invierno yo era la distracción de mis deudos, leía y recitaba poesías con gran sentimiento; y decía mi padre dirigiéndose hacia á mí:—Esta cabeza nos dará mucho que sentir, y decía mi madre besándome con ternura:—No, no; esta cabeza nos dará mucho que gozar.

»Mis hermanos me envidiaban, pero yo entonces no sufría, porque tenía los brazos de mi madre; ésta, volvió á ser madre y se entristeció profundamente, diciéndome muchas veces: Sentiré morirme, porque ¡te dejo tan niña!.. yo procuraba alentarla, pero la verdad es que tenía tristes presentimientos:—Al fin dió á luz un niño muy bonito, pero yo al verlo sentí un horror inexplicable, que traté de dominar acariciándole, pero yo temblaba como si tuviera entre mis brazos un reptil venenoso. (1)

»Mi madre vivió dos años más, y al fin murió como mueren los ángeles, con la calma del justo; mi madre fué una santa.

»Su desaparición me tornó de niña en mujer, mi familia en el fondo no me quería, me envidiaba por mi despejo natural, por mi facilidad en el decir y en el aprender; sólo mi hermanito, mi pequeño Benjamín, era el que no podía vivir sin mí; continuamente se caía por salir á mi encuentro, se hería con frecuencia y al ver

61/12 ac. - 200/10

correr su sangre me decía el inocente:—
Cúrame, cúrame, y él mismo aplicaba mis
manos sobre su herida seguro de curarse.

»Mi familia, como he dicho antes, no me
quería, mis hermanos eran hipócritas, pero
muy religiosos, muy devotos, pero en apa-
riencia nada más, y mis parientas que eran
muchas y en buena posición, se encarga-
ron de bastardear mis sentimientos des-
pertando mis dormidas sensaciones; en
apariciencia, todo era santidad, pero en el
fondo, ¡ah! en el fondo ¡cuánta perver-
sidad!

»A mí me gustaban las palabras hala-
güeñas, y como yo no era fea, me agrada-
ba que me dijeran que era bonita, y mis
parientas conociendo mi flaco me lleva-
ron á sitios muy recónditos, donde encon-
tré hombres dedicados al servicio de Dios,
que también me dijeron que era hermosa,
pero aquel lenguaje galante no fué de mi
agrado en aquellos lugares donde había
imágenes en altares y en retablos. Yo no
comprendía aquella falta de respeto ante
efigies de Santas y Santos, y no faltó quien
me dijera, que era justo satisfacer los de-
seos del organismo, con lo que yo no es-
taba conforme, porque yo nada impuro
deseaba; creía firmemente que el tiempo
mejor empleado era el que se empleaba

orando. Yo cuando oraba, oraba de verdad; amaba á Dios sobre todas las cosas y después á mi hermanito, á mi Benjamín, quise quererlo y lo quise, sin que por esto dejase de sentir algunas veces la mayor repulsión hácia él, pero cuando esto me acontecía, me postraba de hinojos y pedía á Dios sus efluvios de amor, y corría después á buscar á mi hermano para devolverle con creces las caricias que interiormente le negaba. Esta lucha me hacía llorar, y al ver mis lágrimas me decía Benjamín:—No llores, cuando yo sea más grande (tenía entonces cuatro años), nos iremos los dos al campo y allí viviremos mejor. Mira, aquí no te quieren, ni á mí tampoco.

»El niño no se engañaba; mi familia, las mujeres en particular, no perdonaban medio ni ocasión para lanzarme al abismo de la prostitución encubierta, de aquella que se oculta bajo altas torres en lugares sombríos, donde se obliga á las mujeres á cometer actos impuros.

»Aquella continua asechanza de la que yo me salvaba milagrosamente, me produjo inmensa tristeza, veía un abismo abierto á mis plantas, y huyendo de él, muchas veces me iba con Benjamín al campo y allí me decía él, ¡qué contento estoy á tu lado!

¡cuánto, cuánto te quiero! Yo también le quería mucho, pero cuando me abrazaba sentía dos sensaciones distintas, atracción y repulsión á la vez.

»Transcurrió algún tiempo y yo fuí notando que me sitiaban por completo, que de una manera muy embozada se iban apoderando de todas mis horas, para no dejarme libertad ninguna; siempre había fiestas religiosas á que acudir, santos y santas que adornar y vestir, pláticas que escuchar, consejos que obedecer, y se puede decir que solo las horas del descanso nocturno eran las que me dejaban para mis meditaciones.

»Yo no veía nada, pero adivinaba que una sombra me perseguía, sombra que se agigantaba y que de un modo invisible me oprimía entre sus brazos, y ¿á quién volver mis ojos? mis hermanos eran cómplices con mis parientas y era inútil demandar auxilio á ellos; Benjamín era un niño, sólo mi padre era el único que podía escucharme, aunque tenía que luchar con su indiferencia y su egoísmo; era avaro de su tranquilidad, y por nada del mundo se hubiera malquistado con ningún prelado ni otra persona respetable por cuentos de una *chiquilla embustera*, como él me llamaba cuando yo le quería participar lo que veía.

en las dependencias de algunas iglesias; mas esto no fué un óbice para que yo me formalizara y me dijera á mí misma:— Hablaré con mi padre quiera ó no quiera, y tomaré una resolución; y como yo pensaba en voz alta, me oyó Benjamín y arrojándose á mis brazos, me dijo sollozando:—No pretendas irte sin mí, porque si me separan de tí, me tiraré (te lo juro), al precipicio más hondo.

»¡Qué angustia sentí entonces! me pareció ver á un hombre horrible que tirándose desde lo alto de una montaña iba su cuerpo rebotando de peña en peña y á cada choque que daba lanzaba una estridente carcajada; estreché á Benjamín en mis brazos, y le dije:—No, no; tú no puedes morir, yo quiero que vivas para que adores á Dios como yo le adoro.»





XXXII

MUCHAS fueron las dificultades que se crearon al rededor mío, hijas de las influencias religiosas que dominaban en aquella época: llegué á cumplir diez y ocho años y mi situacion se fué haciendo muy difícil, por las condiciones de mi familia, por las galanterías de los unos y de los otros; en privado, especialmente, me repetían que era hermosa y que debía consagrarme á Dios; al mismo tiempo leía mucho, y las lecturas caballerescas y religiosas desorientaban mi alma y no sabía qué camino tomar; en tales apuros, Dios era mi paño de lágrimas, á EL me dirigía pidiéndole apoyo, porque en los demás no lo encontraba; mi padre me quería á su modo, friamente; mis hermanos no se tomaban el trabajo de quererme, solo mi hermanito Benjamín era el que me quería, pero... ¡era tan niño! Los religiosos me demostraban mucho cariño, mucho, pero encontra-

ba en ellos algo tan hondo... tan confuso, tan inexplicable, que á veces me exasperaban sus alardes de ternura, y me decía á mí misma: ¿Qué quieren esos hombres? me hablan de un cielo y yo no quisiera cielos entre sombras, no quiero antros, quiero campos, bosques, flores, montañas, fuentes, raudales copiosos brotando entre las peñas, quiero la esplendidez de la naturaleza; no creo que para ser buena sea preciso renunciar á la contemplación de la grandiosa obra del Creador.

»Una noche, después de mis rezos, oí que me llamaban, yo estaba medio dormida y me desperté azorada, parecía que en mi cabeza había un archivo de pensamientos; me levanté, y maquinalmente cogí una pluma y escribí rápidamente rasgando hasta el papel, miré después y ví que había letras y frases; ¿qué tengo yo? (exclamé) ¿será algún genio malo que me inspira? y en aquel momento oí que me llamaban de nuevo y que me decían:—Ten más templanza, ordena tus escritos, y entonces escribí mi primera poesía; era una plegaria á Dios, pequeñita, muy pequeñita, pero dulce y armónica; oí que me decían: firmala, y la firmé emocionadísima, guardando mi primer escrito, como guarda el avaro su tesoro.

»Al día siguiente, recordé de una manera embrionaria lo ocurrido, leí de nuevo la poesía y... ¡qué hermosa me pareció!... hablaba sola y decía: ¡qué hermosa es!... pero... ¡no es mía!... y, sí que es mía, bien me dijeron que la firmara. Sí, sí; mía es; y la copié cuidadosamente y me la guardé en el seno, contra mi pecho: era la primogénita de las hijas de mi pensamiento.

»Pasaron muchos días y vino á verme una religiosa que tenía fama de virtuosa, y traía encargo de mi padre de encauzar mis ideas religiosas; la escuché atentamente y le dije:—Obedeceré y complaceré á mi padre dedicándome al servicio de Dios, pero... mi padre quiere que yo sea religiosa como vosotras, que sois siervas sumisas de éste, ó de aquél prelado, y yo he de ser religiosa, hablando, escribiendo, viajando, difundiendo la luz de la verdad, adorando á Dios con mis hechos y no con mis plegarias, con buenas obras, con sacrificios, con actos de firme abnegación, de verdadero desprendimiento de las pompas mundanas. La religiosa me escuchó en silencio, y después con humildad me dijo, que tenía sobre todo que librarme de las tentaciones del genio del mal, á lo que yo le contesté:—Mirad, el genio del mal ¿sabéis lo que es?.

»—Es el demonio... y los diablos.

»—Estáis en un error; esos diablos no existen, los diablos son nuestros vicios, y éstos no se combaten con *exorcismos*, sino con virtudes, con heroicos sacrificios.

»—La ley de la Santa Madre Iglesia manda creer en el diablo.

»—Pues manda creer en un absurdo que la razón rechaza; el diablo es el vicio, y no son las plegarias de las vírgenes las que alejan al diablo, porque tras de las plegarias, está la miseria humana, está el soborno, el engaño, el lazo, el crimen, la degradación más espantosa; no basta decir: ¡Señor! ¡Señor!... hay que llamarle con el alma, no con los labios.

»La buena religiosa me escuchaba con la boca abierta; nunca había oído lenguaje semejante y tomando mi mano la estrechó entre las suyas, diciéndome con voz conmovida:—Nunca se romperá nuestra amistad, te quiero y te admiro, te lo confieso; más... tiemblo por tí, Dios quiera que no cierren tu boca, que no te cohiban, que te dejen avanzar por la senda de la luz; más... temo por tí.

»La buena religiosa y yo, quedamos muy amigas, y de aquella amistad dí muchas gracias á Dios por la ayuda que me prestaba; tenía yo mucho miedo á la

vida y necesitaba seres amigos en torno mío; tanto me llegó á querer la buena religiosa, que llegué á ser su consejera y no hacía nada en su *casa de Oración* que no lo consultara conmigo; llegó un día que quiso celebrar una gran fiesta, y yo le indiqué que el capellán que tenían era un pobre hombre y nada más, por consiguiente no era el más apropósito para ocupar la cátedra del espíritu santo; que yo conocía á un predicador eminente que daría con su fácil palabra mayor lucimiento á la fiesta. No fué aceptado mi consejo por temor de disgustar á su capellán; éste, supo lo que yo había dicho y enojándose, y resintiéndose porque yo dije la verdad, fué á encontrar á mi padre para decirle y asegurarle que yo tenía los diablos en el cuerpo, y que era necesario libertarme de tan crueles enemigos. Mi padre me llamó en seguida y me dijo:—Tienes una precocidad admirable, eres lo que se llama una mujer de talento, pero tienes una gran falta y es que te prodigas demasiado dando consejos.

»Sostuvimos un animado diálogo y quedó decidido que yo sería religiosa por sentir verdadera vocación para luchar en campo abierto, defendiendo las sublimes verdades del cristianismo, que no me importaba alcanzar la palma del martirio, si conseguía

arrancar de raíz la viciosidad que corroía á la religión del Crucificado.

»Mi padre tembló ante mi martirio, y demostró deseos de verme casada y tranquila, en lugar de llevar tocas que me sirvieran de tormento; pero mi alma, verdaderamente religiosa, enamorada de sus creencias, no cejó en su empeño, y convine con mi padre en entrar en un convento muy pobre, donde las monjas carecían de bienes de fortuna, siendo muy ricas en virtudes, pues se dedicaban á cuidar enfermos sin la menor retribución.

»Mi entrada en el convento fué un verdadero acontecimiento para la comunidad; la Superiora me recibió con los brazos abiertos, diciéndome:—Ya sé que eres buena; aquí solo se piensa en hacer el bien, creo que has tenido buena elección. Abracé á aquella santa mujer con toda la efusión de mi alma; fué el primer abrazo que dí en ese mundo con íntima, con inmensa satisfacción; aquella religiosa era la realidad de mis sueños.

»Me iniciaron en sus sencillas prácticas, recorrí todo el convento y pregunté á la Superiora:—¿Tenéis libros?

»—¡Qué más libros que los libros del dolor! mi comunidad lee en los lechos de los enfermos, en los ayes de los moribundos.

»—Tenéis razón, esa lectura es muy útil, pero yo quiero que tengáis libros.

»—¿Cuáles?

»—Los míos; los que yo escribiré; aquí dejaré mi archivo, diré en mis libros lo que es la verdadera religión; las monjas me escuchaban muy admiradas; una de ellas, de cuerpo débil y enfermizo, me miraba más que ninguna, y yo sin darme cuenta de lo que hacía, le puse mis manos en sus hombros y se estremeció violentamente, diciendo asustada:—¡Ay!... ¿qué es lo que siento?

»—¿Qué sentís? fuerzas, vigor, aliento, que por mediación mía Dios os dará! ¡Cuánto se alegró la religiosa! conseguí curarla con la imposición de mis manos.

»Cuando estuve enterada de todo, pedí á la Superiora salir á velar enfermos, y tanto me querían todas, que no querían que desempeñara tan rudo trabajo, pero yo insistí, y con otra compañera comencé mi meritoria tarea. Nos tocó en suerte una enferma que tenía una enfermedad asquerosísima, una especie de lepra, unas llagas donde hormigueaban diminutos gusanos, que al moverse despedían un hedor insupportable. ¡Qué cuerpo el de aquella infeliz! ¡cuánta miseria!... ¡cuánto dolor! Me acerqué mucho y la pregunté:—¿Es verdad

que sufrís muchísimo? La enferma exhaló un hondo gemido por toda contestación; aquel gemido me conmovió extraordinariamente y me dije á mí misma: ¡Si yo pudiera hacer algo por esta mujer! probemos: me acerqué más aún, y la miré fijamente; al principio la enferma parecía como que rehuía el mirarme, pero con tal fijeza la miré, que la infeliz me miró también y leí en sus ojos todos los anhelos, todas las súplicas de un condenado á muerte; redoblé mi energía y rayos de luz debieron brotar de mis ojos, porque la enferma se sonreía y temblaba, al temblar ella, yo también temblé y sentí un calor sofocante, asfixiante, después una dolorosa picazón en las manos; al sentir aquellos síntomas tan alarmantes, pensé: ¿Si me habré contagiado? y oí una voz que me dijo:—Cobarde, apenas comienzas ¿y ya tiemblos?—No, no tiemblo, pero... y si yo cojera la enfermedad ¿me dejaríais sola? nadie me contestó, y yo seguí velando y curando á la enferma.

»Cuando llegué al convento me bañé, hice uso de la mayor limpieza, pero la fiebre me dominó, tuve sueños horribles y comencé á sentir agudos dolores; la Superiora se disgustó muchísimo, vino mi padre acompañado de varios médicos y todos aseguraron que aquella infeliz me había pe-

gado su horrible enfermedad; me llevaron á mi casa y en ella pasé mi larga y penosa dolencia; durante mis horas de reposo oía voces que me decían:—Los temerarios pagan cara su temeridad; y otras voces más dulces murmuraban en mis oídos:—Los verdaderos religiosos deben cumplir con su deber; has casi curado á aquella infeliz y te bendice: Al oír esto, ¡qué alegría sentí!... me pareció que el cielo abría sus puertas y que veía á mi madre que salía á mi encuentro. Al fin me puse buena y quise volver al convento; mi padre se opuso á que volviera, y para hacerme cambiar de propósito, me hizo ir á un templo para que hablara con un sacerdote, tan bueno como sabio; era un hombre simpático, agradable, y en nombre de mi padre me hizo presente todos los peligros á que me exponía, mas yo insistí en querer ser útil á los que sufrían; me preguntó si tenía confesor fijo.

»—Sí, que le tengo, (y le dije su nombre).

»—¿Te confiesas tú con él, ó él se confiesa contigo?

»—De todo hay, yo le cuento mis penas, y él me cuenta las suyas, por eso me confieso con él, porque somos dos buenos amigos.

»—¿Quierês que yo sea tu consultor? puedes hacer mucho si estás bien dirigida.

»—¿Queréis haceros dueño de mis pensamientos?

»—No; quiero ordenar tu existencia.

»—Agradezco vuestra buena voluntad, consultaré con vos mis escritos porque sois un sabio; pero mi voluntad íntima, los anhelos de mi alma, los sueños de mi espíritu, sólo á Dios los confesaré, éste es mi verdadero confesor; á El se lo digo todo, para El no tengo secretos, y Dios es tan bueno para mí, que me llama por mi nombre, y me consuela, y me alienta, y me guía por la senda del amor y del sacrificio por mis semejantes.

»—Pues ese confesor que tú tienes, es el genio del mal, es el diablo.

»—Mentís; ¿dónde está el diablo? ¿dónde sus obras? no existe.

»—Pues yo soy quien entiende del diablo y tendré que emplear contigo los medios de que se vale la iglesia para librarte de la posesión infernal ¡¡¡estás poseída!!! el diablo se ha apoderado de tí.

»—Pues si yo tengo el diablo y vos creéis que tenéis á Dios, á ver quién vence á quién. Como decís mentira, como faltáis á la verdad divina, como desconocéis á Dios, no quiero que habléis; y el sacerdote quedó sin voz, abrió la boca y no articuló un sonido, se quiso levantar de su ancho sillón

y no pudo, revelando sus ojos el enojo y el asombro más profundo; yo entonces le dije:

»—¿Os persuadís que no es el diablo quien va conmigo? vos sois el que tenéis el diablo del orgullo de la sabiduría, que negáis lo que no comprendéis. Dios es único en su poder, todo es obra suya, y el diablo sería la negación de su omnipotencia. Yo os daré mis escritos, porque sabéis en esto más que yo; y ahora seamos dos buenos amigos, resuene vuestra voz para prodigar consuelos, muévase vuestro cuerpo para ir en pos del desvalido y poniendo mi diestra en su hombro, el sacerdote se levantó mirándome con verdadera estupefacción. Yo le repetí:—Quiero que seamos dos buenos amigos, necesito de vos para levantar á gran altura la religión del Crucificado.

»El sacerdote me tendió su diestra diciéndome con tristeza:—No te odio, me has hecho un juego que no comprendo, serás perseguida, serás calumniada, serás piedra de escándalo (sin ser culpable), siempre que te suceda algo extraordinario, acuérdate de mí.»



XXXIII

DESPUÉS de haber terminado aquella conferencia, cuando me ví sola en mi hogar, tuve miedo á la vida, temblé ante mi porvenir y lloré amargamente como nunca había llorado en mis anteriores existencias; y es que nunca había sido tan osada, nunca le había dicho á un padre de la iglesia que mentía, me asombraba mi arrojo, me espantaba mi audacia; un padre de la iglesia en aquella época era un semi-Dios y atreverse á decirle:—Mide tus fuerzas conmigo, y vencerle después, era demasiada temeridad, era desafiar la ira sacerdotal, que es la peor de todas las iras, porque en las luchas de la vida, perdonan todos los enemigos más tarde ó más temprano, pero un enemigo tonsurado, no perdona jamás; y no perdona jamás, porque no está educado su sentimiento, porque no han ablandado la tirantez de sus fibras los gemidos de sus hijos enfermos,

porque no han llorado ante una cuna vacía, porque no han sostenido el tardo paso de su padre paralítico; separados del santuario de su hogar se ha endurecido su corazón, y no se le puede pedir á la roca la impresionabilidad de la sensitiva; cada cual da el fruto apropiado á las condiciones en que vive, al medio ambiente en que se desarrolla su existencia: por eso yo temblaba recordando al sabio y orgulloso sacerdote, cuando le dije:—*Pues si yo tengo al diablo y vos creéis que tenéis á Dios, á ver quién vence á quién. Como decís mentira, como faltáis á la verdad divina, como desconocéis á Dios, no quiero que habléis.* Y el sacerdote quedó sin voz, abrió la boca y no articuló un sonido, se quiso levantar y no pudo... su enojo fué igual á su asombro. ¡Ay! yo estaba perdida para siempre, después de aquel alarde de extraordinaria fuerza, reconocía mi flaqueza física, mi impotencia y lloré... lloré como nunca, que el llanto es el único consuelo de los débiles. ¿Quién era yo? una mujer, casi niña, sola en la tierra, porque mi familia no hacía caso de mí, me miraban como á una loca pacífica; mis nobles aspiraciones, como no las comprendían, no merecían más que burlonas sonrisas, y yo tan débil, tan insignificante me había puesto frente á frente

de una lumbrera de la iglesia católica. ¿Quién me había dado fuerzas para hacer lo que hice con aquel sacerdote?... ¿Si estaría loca en realidad?... y mientras más lloraba, más justificado creía mi llanto. ¡Cuánto sufrí! ¡cuánto! mi anterior enfermedad con ser tan horrible como fué, no me causó tanto estrago como aquella crisis violentísima que dejó mi cuerpo poco menos que paralizado, porque aunque mis miembros no perdieron su natural movimiento, lo que es sostenerme en pie era imposible. Tendida en mi lecho ó reclinada sobre mullidos almohadones podía estar tranquila, pero al tratar de levantarme se doblegaba mi cuerpo como se doblegan los débiles arbustos al empuje del vendabal; y lo que más me entristecía, era que todos los días al despertarme veía claramente la sombra del sacerdote ofendido el que mirándome con enojo me decía con aspereza:—¡Me has vencido! ¡eres una atrevida! tu audacia no tiene nombre. ¡Ay de tí!...

»Estas apariciones y estas audiciones, ¡cuánto daño me hacían!... mi médico se desesperaba y le decía á mi padre:—El alma de esta *niña-mujer* lucha demasiado, no hay lesión orgánica ninguna, ninguna absolutamente, pero su cuerpo cada día se debilita más.

»El médico decía la verdad, cada día me sentía más débil, la única ventaja que tenía, que dormía mucho, siempre estaba dispuesta á dormir y á orar, oraba mucho, pero mi oración no me alentaba, ¿qué es orar sin sentir? Cuando la oración no resuena en el alma, no es oración, y yo estaba insensible á toda sensación que no fuera el miedo, y el miedo más temible, el miedo á mí misma. Tenía miedo de ofender si hablaba con alguien, así es que no quería ver á nadie y me pasaba días y días sola en mi aposento con los ojos cerrados y las manos juntas, sin saber yo misma si estaba despierta ó dormida.

»En tan triste estado pasé mucho tiempo, muchísimo, y un día cuando estaba más tranquila, sentí abrir la puerta de mi aposento y apareció en cuerpo y alma el sabio sacerdote á quién yo había humillado, quise salir á su encuentro y pedirle perdón, pero... me quedé sentada, no solo porque mi cuerpo se negaba á moverse, sino porque había *algo* en mí, que rechazaba aquel acto de humildad.

»El sacerdote me miró y se quedó estático; y yo le dije:—Acercáos y me daréis una prueba de que me habéis perdonado.

»—¿Perdonado? ¿de qué? (dijo él con dulzura); solo te he recordado siempre para

admirarte, y hoy vengo á verte, no para hablarte de nada enojoso; me has hecho pensar mucho y he leído mucho más, he leído toda nuestra historia filosófica y no he podido explicarme lo que sucedió entre nosotros. No temas, no temas nada de mí, no quiero vengarme, quiero aprender, tu alma joven y entusiasta puede ser útil á nuestra religión.

»Cada palabra del sacerdote era un martillazo que recibía mi cerebro, y al choque de aquellos golpes, mi ser despertaba y yo decía: ¡Qué hermoso es despertar!

»El habló muy bien, era un sabio, un orador elocuentísimo, y mi ser se reanimaba escuchándole, cuando terminó me dijo:—Ahora habla tú:—Acercáos más, (le dije) estoy tan débil que apenas puedo hablar; se acercó y ví que estaba muy pálido, más que pálido, lívido, pero la expresión de su rostro me tranquilizó; no era la del hombre orgulloso y amenazador, muy al contrario, su semblante tenía un tinte amoroso y compasivo; al verle en aquel estado, me reanimé y le dije:—Padre, durante mi larga enfermedad no me he confesado con nadie, tengo miedo á los sacerdotes, me parecen reptiles, ¿será esto en mí soberbia? yo no lo sé; clamo á Dios porque quiero ser útil, no me importa sufrir el martirio

si puedo dejar implantada más pura y más hermosa nuestra santa religión. Hay momentos que creo que seré grande, y luego oigo carcajadas y voces que me dicen:— ¿Quién eres tú, mentecata?... reconozco entonces mi pequeñez, pero vuelvo á pensar en lo mismo; yo quiero que impere la verdadera religión, no esta religión pagana que hoy domina en la Tierra, borrando las huellas del Crucificado. Hay momentos que odio á mi familia porque ninguno de ellos me comprende y digo: ¡Dios mío! ¿de qué me sirven mis deudos? ¡Ay, Padre mío! ¿seré ingrata con mi familia y en particular con mi padre? ¿Dios castiga á los hijos ingratos?...

»El sacerdote trató de tranquilizarme con sus dulces palabras, miró atentamente mi semblante demacrado y me dijo:—No te entienden tu enfermedad.

»—Pues bien, Padre mío, con vuestra oración podréis hacer mucho por mí.

»—El sacerdote estaba confuso, no sabía decirme lo que le pasaba, nos quedamos tristes, no sabíamos entendernos. ¿Qué resolvemos? (le dije); que mucho hemos hablado, (dijo él).

»—Y no me consolaréis? yo quiero ser grande. ¿Cuál es vuestra resolución?

»El extendió su diestra sobre mi cabeza

y dijo:—¡Dios te bendiga! me voy enfermo.

»Quedé sola, triste y turbada pensando en el sacerdote si se pondría enfermo. Vino mi médico y le conté la visita que había tenido y los temores que abrigaba de que no me entendía mi enfermedad.

»—Sí que la entiendo; tu alma está enferma y debilita tu cuerpo, y de tí depende reconstituírte; hay fuerzas en tí misma que sólo tú puedes utilizar.

»—Entonces quiero salir, quiero ver campos, flores, pájaros, fuentes, molinos, vida, en fin.

»—No sé, no sé, son esos muchos antojos, pero ¿y sostenerse en pié?

»—Vos me acompañaréis si mi padre lo consiente; el médico habló á mi padre, y éste muy conmovido entró en mi aposento y me dijo:—Iremos al campo y allí oirás los cantos de las aves y contemplarás bellísimos paisajes.

»—¿Y allí tendré con quién hablar?

»—Tendrás todo lo que quieras, mi deseo es verte buena y feliz.

»Salimos al campo, á una propiedad de mi madre, ¡qué hermoso lugar!, ¡cuántos pájaros!, ¡cuántas armonías! mi padre me dijo:—Si esta casa te gusta, será tuya exclusivamente, aquí puedes hacer cuanto quieras.

»Mucho le agradecí á mi padre su cariñosa oferta, no por lo valioso de la dádiva, sino por su deseo de complacerme. Traté de andar y... ¡qué alegría! después de tanto tiempo ya me sostenía en pie, no me quedaría paralítica; pasaron días, y apoyada en el brazo de mi médico, anduve muy despacito primero y más aprisa después; mi médico era un hombre muy amante de la ciencia médica, y siempre me hablaba de medicina, hacía estudios en mi rostro y me decía:—No sé que leo en tus ojos, que unas veces comprendo en ellos que rechazas las medicinas que te doy, y otras me miras de un modo que me dices:—¡Cúrame!... y yo te doy agua y aquel agua te es provechosa. ¡Qué lenguaje tan elocuente el de tus ojos!

»Aquellas conversaciones me eran muy agradables; yo también hablaba y él me escuchaba muy atentamente cuando yo le decía:—Los médicos y los sacerdotes son dos factores poderosísimos para la humanidad; el médico para mirar los cuerpos, el sacerdote para mirar las almas, pulsando su sentimiento; pero ni el médico ni el sacerdote cumplen su cometido; el sacerdote ora sin sentir y el médico da la medicina por rutina. Dos voluntades que quieran, son dos astros que iluminan las más

densas tinieblas. La ciencia y la religión son las dos palancas del universo, si estuvieran unidas, la humanidad sería feliz.

»Salía siempre con mi médico, y un día llegó el sabio sacerdote en ocasión de estar yo sentada al pie de un árbol frutal, esperando que el médico agitara las ramas cargadas de sabroso fruto para recoger alegremente aquel delicado manjar de la naturaleza. Al ver al sacerdote dí un grito de alegría diciendo:—Se han realizado mis sueños... ¡bendito sea Dios! y eran mis sueños entablar polémica y discutir con aquellos dos grandes hombres.

»Al día siguiente los conduje á un sitio agreste donde el agua brotaba entre peñas, zarzas y flores, y allí les dije á mis acompañantes: ¡qué hermoso, qué grande es Dios! esos árboles gigantes son la imagen de la humanidad buscando el porvenir. Yo hablaba y ellos me escuchaban embelesados; les hablé de amor, de amor divino y de amor humano, de astronomía, de Dios, de los mundos, describiendo sus diversas rotaciones, de las almas luchando eternamente para salir de su pequeñez y llegará ser grandes; hablé mucho sin sentir el menor cansancio y mientras más hablaba, más grato me era hablar, terminando mi discurso con estas palabras: No me importa

sufrir el martirio si mi voz la repiten los ecos; millones de siglos, repitiendo: *No hay más que un solo Dios y un solo bien.*

»El estaba encantado y dijo:—Es imposible, aquí no ha hablado la mujer, han hablado los genios, sois una máquina preciosa que es preciso respetar y estudiar, y el médico añadió:—Siempre he creído que la inteligencia no tenía más extensión que la estatura del cuerpo, mejor dicho, que la cavidad del cerebro; pero oyendo á esta mujer, reconozco que la inteligencia es una luz que viene de otra parte, ¿de dónde? no lo sé, pero la luz existe y sus destellos han llegado hasta nosotros por mediación de una *niña-mujer* á la que hay que concederle respeto y admiración.

»El sacerdote extendiendo su diestra exclamó:—Juremos protegerla el médico y el sacerdote, seamos su brazo fuerte; al escuchar aquellas palabras pensé en mi padre, y éste apareció, que había estado escuchando mi discurso detrás de unas ramas y se arrojó en mis brazos diciéndome muy conmovido:—¡Hija mía! por encima de todo piensa siempre en tu padre, quiero que vivas como quieras, tú eres algo superior á nosotros, ¡bendita seas!...

»El sacerdote radiante de gozo dijo:—Ya somos tres para protegerla, todo está

muy mal en el sentido religioso, efecto de la mala instrucción que se dá al pueblo y á la clase alta; en todas partes se ven diablos y genios del mal, y los clérigos son los primeros en sostener tales absurdos y en querer quemar á los innovadores que pretenden implantar otros ideales. Tenemos mucho que hacer, y el médico replicó:—Yo puedo hacer mucho estudiando en esta naturaleza, en esta *niña-mujer* cuyas fuerzas, bien aplicadas, serán muy útiles á la humanidad,

»Hay momentos de placer que no se pueden describir; éramos cuatro voluntades unidas para el bien, yo sentía lo que nunca había sentido; ¡mi padre!... ¡el médico que curaba mi cuerpo! ¡el sacerdote que velaba por mi alma! tres personas distintas y una sola voluntad; y yo absorbiendo todos aquellos efluvios de amor y de admiración, ¡qué feliz era en aquellos instantes!... yo no sabía como demostrar mi alegría y mi gratitud; miré el manantial que brotaba espumoso y dije:—Bebamos, bebamos el agua de este raudal, brindemos por nuestra alianza y después, todos unidos, trabajaremos en bien de la humanidad.»



XXXIV

Las afecciones morales trascienden mucho al organismo humano, y si éstas son tristes y dolorosas, enferma el cuerpo ó se aumenta su mal extraordinariamente; pero si por el contrario las impresiones que se reciben son halagüeñas, se alijera muchísimo el peso de la enfermedad, y esto me sucedió á mí después de la escena de los entusiasmos del sacerdote, del médico y de mi padre, *tres personas distintas y una sola voluntad*, tan favorable para mí, que me devolvió la vida, porque el amor se puede decir que es el único componente de cuanto existe. Me ví amada, y quise vivir, pero á pesar de mis vehementes deseos de curarme, tardé mucho tiempo en restablecerme, y eso que habitaba en un verdadero paraíso, porque aquel paraje reunía todas las bellezas y todas las comodidades apetecibles; tenía bosques muy cercanos, fuentes por doquiera, riachue-

los, hondonadas, grutas deliciosísimas; en una de ellas establecí mi gabinete de estudio; la mayor parte del día lo pasaba en la gruta, cuya entrada era una bóveda de verde follaje, y allí, sentada en una piedra, reclinada sobre una tosca mesa escribía muchísimo, pero no siempre estaba contenta de mis escritos, porque yo quería conservar íntegra mi inteligencia y mi razón, y conocía que muchas veces, lo que yo escribía no era mío, y esto me disgustaba; quería ser yo la autora de todo, y tanto me enojaba á veces, que decía:—No escribiré, y entonces mi cabeza era un volcán, pensaba cosas admirables y era tal la diversidad de mis pensamientos, que era el remedio casi peor que la enfermedad; y volvía á escribir para desalojar de mi mente la multiplicidad de ideas que hacían estallar mi cerebro, todas á cual más hermosas y más sublimes. Yo me encantaba, porque llevaba en mi mente un archivo de pensamientos asombrosos, y al mismo tiempo se unía á mi admiración un gran temor, temor que yo expresaba diciendo:—Pero esto tan bueno no puede ser mío, yo no he estudiado, yo no me he instruído, ¡Dios mío!... ¡Dios mío! ¡tened piedad de mí! ¿será el genio del mal quien me inspira? ¡Ah! Señor, ¡tened misericordia

de mí!... Yo quiero hacer trabajos religiosos, sin lucha, sin oponer rudamente mi opinión á la de los otros; mas era inútil mi ruego, porque había en mi mente una verdadera batalla; y una vez, llegué á tanto, que parecía que mi cabeza se deshacía por el delirio; yo buscaba mis ideas, y éstas no podían tomar forma, porque otras muchas en tropel les tomaban la delantera, y en este estado verdaderamente aflictivo, oí una voz muy suave que me decía: «Escribe lo tuyo, no lo de otras figuras que como tú han luchado, han sufrido y han vencido. Escribe con mesura, con dulzura, con método.» ¿Quién será el que me habla? (decía yo). Seguí escribiendo mucho y rompiendo mucho también; yo quería que mi inteligencia quedara libre y dueña de su voluntad y luché con tanta energía, que al fin vencí.

»Vino á verme en mi retiro mi hermano Benjamín, quejándose amargamente de mi larga ausencia. ¿Sabes, (me dijo) que aprendo mucho? quisiera ser como tú para hablar contigo y discutir. ¡Cuánto decían sus ojos! pero yo sentía frío al escucharle, luchaba como siempre había luchado, entre una antipatía profunda y un deseo imperioso de vencerla; cuando estaba Benjamín á mi lado, me parecía que un reptil

espantoso se enroscaba á mi cuerpo, y cuando estaba lejos de él, me recriminaba mi aversión y hacía firmes propósitos de enmienda. Como Benjamín tenía un entendimiento muy claro, conocía que yo luchaba con algo sin nombre y me decía con profunda amargura:—No, no; no podemos estar juntos; en realidad creo que no me quieres, y si eso fuera, ¡oh! si eso fuera... ¡me mataría!

»Sus palabras siempre me hacían daño, pero cuando fué á verme á la casa de campo, mucho más, porque después de tan larga ausencia aquel reproche (merecido) ¡cuánto, cuánto me lastimó! ¡Matarse! qué horror!... No, mi Benjamín, le dije; yo te quiero muchísimo, no te mates, no, hijo mío, yo moriría de dolor. El me miraba y dudaba de todo. Bueno, dijo él, quiero estar junto á tí algunos días, ya estás mejor y no te molestaré, y al decir esto, me abrazaba con verdadero delirio. Yo hice un esfuerzo sobrehumano y tomé parte en su contento, y Benjamín estaba loco de alegría; juntos recorrimos toda la finca, me enseñó lugares que yo nunca hubiera visitado, me hizo dar saludables paseos, y era tan instruído para su corta edad, que era muy agradable pasear en su compañía, porque cada lugar que visitábamos desper-

taba sus recuerdos de otros tiempos, y hablaba con pasmosa serenidad de otros países donde había lugares parecidos al sitio donde nos encontrábamos. Después de hablar tan juiciosamente me abrazaba diciéndome:—Juguemos, hermana mía, juguemos; otras veces, si el paraje era muy agreste, si los árboles formaban capillas naturales con altas cúpulas de follaje, me decía:—Aquí se está muy bien, aquí podemos orar, y miraba al suelo con tristeza.

»—¿Qué tienes?—le decía yo.

»—Que este lugar convida á la oración, y sin embargo, yo no puedo orar, ¡mira qué es triste! sólo soñando creo que es cuando oro, despierto, quiero... y no puedo, ¿por qué no sabré orar?

»Una tarde estábamos hablando de nuestra próxima separación, por tener Benjamín que reanudar sus estudios; mirábamos los dos la puesta de Sol que era bellísima como suelen serlo en el otoño, cuando se unen en estrecho abrazo las tristezas del invierno y los rojizos resplandores del verano. Mira, me decía Benjamín, ¡qué hermoso se refleja en tu rostro el color de las nubes!, ¡qué hermosa estás, hermana mía! y el niño se extasiaba mirándome y yo le dije:—¡Qué hermoso es Dios!, déjame al-

gunos momentos, quiero escribir ¡qué hermoso es Dios!

»Fué la primera vez que por mí sola escribí; estaba inspiradísima, pero era mi espíritu el que se elevaba, el que se engrandecía, el que se sublimaba, el que veía pasar legiones de guerreros, de mártires, de pequeños huérfanos, de sabios eminentes, de pobres harapientos, de enfermos, de vírgenes, de matronas, la humanidad en todas sus edades y condiciones, y todos decían al pasar junto á mí, ¡qué hermoso es Dios!

»Mi hermano me decía:—¿No concluyes? ¡deseo tanto saber qué es lo que escribes! Al fin nos retiramos, y entonces los árboles me parecían sombras aterradoras que me perseguían sin piedad. Llegamos bajo techado y allí me dijo Benjamín con impaciencia:—Lee, pronto, lee; y leí, y mi pobre hermano lloró profundamente conmovido, cuando con vivísimos colores yo describía la locura del ateo; Benjamín lloraba con verdadero desconsuelo, pero luego se consoló, y se iluminó su semblante con la más dulce sonrisa, cuando le pinté las inefables dulzuras de la redención, cuando le hice comprender que la grandeza de Dios, vence todas las *terquedades* de los dementes, y hay que reconocer su omni-

potencia en el monte y en el llano, en el desierto y en la gran ciudad. ¡Con qué atención tan profunda me escuchaba Benjamín!, como se animaban sus ojos al oír que para Dios no había pecadores, no había más que hijos pródigos que, al volver á la casa de su padre, encontraban sitio junto á su mesa y brazos de amor donde reclinarse. Aquellas promesas de perdón y olvido, resonaban en los oídos de Benjamín como una música divina, ¡qué contento me abrazó! y que sorprendido estaba de mi saber, le maravillaba la fecundidad prodigiosa de mis pensamientos.

»Se marchó mi hermano y le dije al partir:—Nunca pienses que yo no te quiero.—Quiero creerte; (me dijo él con profunda tristeza), necesito de esa consoladora certidumbre, sin ella... odio la vida, sin ella... reniego de haber nacido, sin ella... llegaría al crimen, porque odiaría á toda la humanidad.

»Cuando se alejó, murmuré con espanto: ¡Pobre Benjamín! ¡cuánto me quiere! y yo... ¡Dios mío!... ¡yo no le quiero!!... que este horrible secreto de mi alma nunca salga á la superficie.

»Me quedé triste, muy triste, porque ante lo incomprensible siempre se ha rebelado mi espíritu, y el amor de mi herma-

no y mi aversión hacia él, era un problema de tan difícil solución, que mi impotencia, mi falta de saber hasta me indignaba; para consolarme, escribí con verdadero ahinco, con incansable afán, siendo mi voluntad exclusiva la que dictaba. Cuando más embebida estaba en mis trabajos, me anunció mi padre la visita de uno de sus mejores amigos, amistad contraída muchos años antes por los padres de ambos, y seguida por los hijos con gran contentamiento de las dos familias; el amigo de mi padre era un hombre de mediana edad que nunca me fué simpático por su aire orgulloso y su desdeñosa mirada; nunca se fijó en mí durante mi niñez, mas yo si me fijé en él, y siempre creí ver en él un enemigo de la mujer instruída; así es, que cuando mi padre me anunció muy contento su visita y me manifestó que pasaría con nosotros algunos días, lo sentí, oculté como era natural mi disgusto, y recibí al amigo de mi padre con las atenciones que ordena la buena educación; pero como hay algo que las formas sociales no consiguen ocultar, como los ojos son los incorregibles indiscretos, él y yo, nos miramos y nuestros ojos ¡cuánto se dijeron! pero nada satisfactorio, fué el *desdén* con el *desdén*; mi padre (por supuesto) poco ducho en el lenguaje de los

ojos, nada comprendió de nuestro mudo diálogo, y muy contento, muy satisfecho, y muy complacido por disfrutar algunos días de la gratísima compañía de su amigo de la niñez, se deshacía en halagos y en lisonjas, que su huésped recibía como justo homenaje rendido á su talento, porque era tan cumplido caballero como excelente literato, hombre muy erudito, esclavo de la forma, eran sus escritos correctos, intachables, pero estaba orgulloso de su saber y el orgullo destruía el perfume de sus vastos conocimientos. Sabido es, que en los convites á la hora de los postres, satisfecho el cuerpo con nutritivos manjares, sirve de buen intermediario al espíritu para expresarse con facilidad y elocuencia, y el amigo de mi padre, al final de las comidas hacía gala de su perfecta oratoria; se habló de mis escritos, y él con irónica benevolencia, como si hablara con una chiquilla, me pidió que le mostrase algunos de mis escritos. Yo entonces herida en mi amor propio, le dije:—Sí, deseo leeros uno de mis trabajos, un pequeño poema que he titulado: ¡Qué grande es Dios!.. se lo leí, y él escuchó en silencio; al terminar viendo que él nada decía, le pregunté con impaciencia: Y bien, ¿que os parece este canto de mi alma?

»—Es simplemente un desahogo de la niñez, no tiene forma literaria.

»—Pues yo le guardaré porque es canto mío, porque palpita en él mi amor á Dios, y mi admiración á todas sus obras, porque es la esencia de mi alma, consagrada en absoluto á Dios.

»El literato, acostumbrado á ser considerado como un maestro, y escuchado como si fuera un oráculo, al ver que yo no seguía la conducta de los otros, me miró con malos ojos y no se recató de decirle á mi padre que yo no serviría para nada, ni para servir á Dios ni á los hombres; y francamente, con lealtad me declaró la guerra zahiriendo sin piedad mis aficiones literarias; era enemigo declarado de las literatas, para él la mujer no debía moverse en otro espacio que en la cocina y en la alcoba meciendo la cuna de sus hijos. Y no se crea que su aversión al adelanto de la mujer, fuese efecto de sus convicciones religiosas, porque hablaba de las religiones y de los religiosos sin piedad, considerando á las instituciones y á sus agregados como vergüenza y oprobio de los pueblos. Mi padre, que era cristiano rancio, se escandalizaba y sufría, y yo, harta de tantos insultos, le dije con severidad:—Ciertamente que hay que corregir muchos vicios reli-

giosos, pero también hay muchas vanidades que censurar y muchos sabios orgullosos que amordazar; y hablé tanto y con tal energía, que mi padre me escuchaba asombrado, en tanto que su amigo no podía ocultar su disgusto y su contrariedad, diciéndole al fin á mi padre:—Esta muchacha nunca valdrá nada. Yo me levanté y me retiré diciendo, que una mujer decente no podía permanecer en un lugar donde no se la consideraba como era debido.

»Mi padre (que era un niño grande) bueno y confiado, que sentía por su amigo una admiración que rayaba en culto y á mí me consideraba como á un niña caprichosa (aparte de mis dotes excepcionales), trató de reconciliarnos, porque él había hecho venir á su amigo con la sana intención de que me guiara en mis trabajos, y fuera para mí tan buen maestro, como había sido buen amigo para él; pero mi padre no contó con la vanidad del sabio, ni con el egoísmo del hombre; mi padre, aunque no era ilustrado, como yo era su hija, gozaba con mis triunfos; antes que hombre, era padre, y padre bueno y sencillo; en cambio, su amigo, era la personificación del orgullo y del egoísmo, de ese egoísmo del sabio, que no le importa vivir entre ciegos, siempre que él solo tenga el privilegio de saber

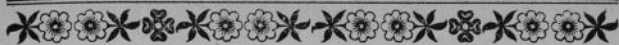
mirar á las estrellas, y de saber medir los más hondos abismos; por eso, nuestra reconciliación era imposible, mucho más que los dos éramos leales, no sabíamos mentir; sus ojos me decían:—*No serás nunca nada*: y yo le contestaba: *lo veremos*.

»Mi padre, firme en sus trece, le pedía humildemente sus consejos, y él contestaba con el mayor desprecio: ¿Qué quieres que te diga? no sé por donde empezar para corregir, porque créeme, lo que tu hija escribe no vale nada; con el tiempo, tal vez, estudiando mucho, sujetándose á los autores clásicos, lo que pierda su facilidad, ganará su buen decir; y tratándome como si en realidad yo fuera una chiquilla, se despidió de mí, diciéndome con burlona sonrisa:—Espero sus escritos.—Se los mandaré, le dije con sequedad y nos despedimos harto descontentos el uno del otro.

»Al quedarme sola, sentí angustia; las miserias humanas me hacían el mismo efecto que el lento ataque de los reptiles; pero mi alma era fuerte, el abatimiento era en mí pasajero, pensé en Dios, y dije: Cuando se siente, *escribir es orar*, pues *oraré escribiendo*, y ya que dicen que escribo tan imperfectamente, estudiaré, y estudié sin descanso Retórica, Poética, cuantos tratados encontré referentes al

buen decir; mi padre me compró cuantos libros le pedí, el sacerdote y el médico me proporcionaron muchos más; el sacerdote se encargó de enseñarme el latín, y hacerme conocer las obras de los mejores latinos, yo quería escribir mucho y bien, sobre todo bien, yo siempre decía: No quiero ser una *marisabidilla*, ni una *literata fátua*, quiero ser una mujer instruída á la cual se le respeta como es debido. No leí, devoré, y mientras más leía, más quería leer; como primer fruto de mis estudios, escribí un largo discurso sobre los tiempos religiosos, su *pasado*, su *presente* y su *porvenir*; se lo leí al sacerdote, y éste dijo: No hay ningún teólogo que lo haga igual, pero tú dices que los templos están llamados á desaparecer, y hablas de una religión sin altares y sin ritos, pero dejas... dejas un vacío.—De intento lo he dejado, (repliqué) es para que mi contrario lo llene.—No veo el fondo del escrito, (dijo el sacerdote).—Ya lo veréis cuando le conteste á mi adversario con mi réplica.»





XXXV

PASÓ algún tiempo, en el cual me dediqué á completar esa instrucción que me hacía tanta falta; y tanto la completé, que mis maestros estaban asombrados de mis rápidos adelantos, y era que yo me había llegado á convencer que la instrucción es la piqueta que derriba todas las preocupaciones y todos los fanatismos, la que abre las puertas de todos los conocimientos útiles y provechosos. Mi afán era instruirme para que nadie me despreciara, quería valer por mis propios méritos, no por la antigüedad de mi abolengo, pues era mi padre de las familias más nobles de su época, y la nobleza era en aquellos tiempos de gran estima, apreciándose más un amarillento pergamino, que centenares de alforjas llenas de escudos; pero mi espíritu, que se adelantaba á su siglo, no concedía ni á los pergaminos ni á los tesoros la mayor atención, creía que los unos y los

otros debían ser fieles servidores del talento, de la ilustración, de la ciencia; por eso con incansable afán devoraba los libros, quería ser grande por mí misma, tenía intuición de lo que vale el espíritu conquistándose su gloria.

»Ya casi no me acordaba del primer trabajo que envié al amigo de mi padre, al orgulloso literato, que tanto despreció mi canto á Dios, cuando recibí su contestación, que era un trabajo hermosísimo, tan correctamente escrito que no tenía ni la sombra de una falta, pero... aquellas frases tan bellas carecían de fondo, no contestaba ni á uno solo de mis argumentos, sus frases habían resbalado sobre mi escrito como el agua por el mármol pulimentado; no habían dejado la menor huella. Confieso ingénuamente que quedé satisfecha de mí misma, porque aquel sabio era pequeño ante mí, y contenta de mi triunfo, le contesté muy lacónicamente diciéndole:—«Amigo mío; me decís que me contestáis y yo no encuentro la contestación, puesto que no descubriste la incógnita de mi trabajo; vuestra carta es una nave muy hermosa, pero sin velámen, de consiguiente, no puede ir á ninguna parte; tengo el sentimiento de deciros que no me contestáis.» Y le dije á mi padre:—Vuestro ami-

go no profundiza las cuestiones, sus escritos, son como las flores sin aroma.

»Mi padre me escuchó con asombro, porque no podía creer, ni remotamente, que yo valiese más que su amigo para tratar cuestiones religiosas; desconfiaba de mis conocimientos, no le cegaba la pasión de padre, me creía inferior á lo que yo era en realidad. Yo, por mi parte, sin ser orgullosa, comprendía perfectamente, que, en asuntos teológicos, estaba en terreno firme, así es, que saboreé mi triunfo en mi gabinete de estudio, y escribí con más entusiasmo que nunca. Mis trabajos eran dulces, armoniosos; escribí un poema dedicado á un niño tullido, que cada estrofa era un ramillete de preciosos pensamientos, y cuando leía con más deleite mis composiciones, oía una vocecita que me decía:—Goza en tus glorias, pero recuerda siempre, que cuanto más se siente y más se sabe, más terrible es el desengaño y la caída.

»Estos avisos turbaban mis inocentes goces, me preocupaban y decía:—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿hago mal en cantar mis impresiones? ¿hago mal en preguntarte qué ha hecho ese niño tullido, y si para él será el reino de los cielos?

»Siempre canté al dolor y á la virtud, nunca á la dicha ni al placer. Un día vino

mi padre temblando con un pliego en la mano, y me dijo con la mayor severidad:

»—Tú produces disgustos donde quiera que te hallas, con tu amor propio tan excesivo, tú no tienes respeto á nadie, lee y aprende; y me entregó el pliego que lo leí sintiendo el mayor despecho, porque le decían á mi padre:—Tienes una hija que está loca, hace cantos á los pobres y se los lee, su trabajo hace daño, porque rebela á los pobres contra los ricos, y para evitar escándalos, se han dado las órdenes convenientes para que la Iglesia se haga de nuevo cargo de ella y la encierre.

»—¿Qué pensáis hacer? (dije á mi padre).

»—No podemos estar así.

»—Pues si se me encierra tendré que renunciar á todos mis cariños, no tengo vocación para ser religiosa, pero lo seré por complaceros. Ya soy literata, y seré religiosa, mas no como las otras, porque yo quiero la religión santa y pura, no pervertida por los abusos ni por el lucro.

»Llegó el momento, y fuí á buscar el estado de religiosa; tranquila y serena, pronuncié mis votos y le dije á mi padre:—Soy ave que vuela, y aquí dentro... también volaré; dicen que yo sublevo á los pobres, y no es verdad, yo les hablo de Dios porque

están necesitados de consuelo, de amor y de esperanza.

»Me abrazó mi padre profundamente conmovido, sentía (aunque tarde), nuestra separación; volvió de nuevo y me dijo:—Creo que voy á morir, entonces le abracé y le pedí perdón por cuanto le había hecho sufrir. ¡Cuánto lloró mi padre!... diciéndome:—Me das la vida, pero llevo la muerte en mi corazón.

»Seguí viviendo muy vigilada; cuando escribía siempre estaba una monja á mi lado, tenía un confesor que diariamente me hacía confesar por la mañana, pintándome el infierno con los más vivos colores; y el infierno, creo yo que lo llevaba el sacerdote en su corazón, puesto que en su semblante ya se veían los destellos de la ira y de la crueldad. Por la tarde venía otro sacerdote que hacía el papel de consejero en literatura, y era un pobre hombre que quería pasar por sabio y daba sueño oír sus soporíferos discursos. Las monjas, ¡pobrecillas! eran un manso rebaño, ninguna sabía pensar, y sí únicamente obedecer. La Superiora me llamó un día y me dijo:

»—Vuestro padre se está muriendo.

»—¿Cuándo han traído el aviso?

»—Hace algunos días.

»—¿Y cómo no me lo habéis dicho?

»—Porque las noticias mundanas aquí no despiertan interés alguno.

»—Pues yo quiero ver á mi padre inmediatamente.

»—Es que no podéis salir, aquí es primero el amor á Dios antes que al padre terrenal.

»—Pues yo quiero salir al momento.

»—Hay antes que consultarlo con la autoridad eclesiástica.

»—Pues id á consultarlo; y yo mientras hacían la consulta me impuse á la tornera y le dije:—A las mujeres de mi clase no se les cierra el paso; mi nobleza me da derecho para romper la clausura y acudir á recibir el último suspiro de mi padre, abrid pronto, os lo mando; y la pobre mujer maquinalmente me dejó pasar, y yo salí como una flecha dirigiéndome á la casa de mis mayores. Encontré á mi padre moribundo, pero cuando me vió, se reanimó muchísimo; le puse mi diestra en la frente y le dí algunos pases magnéticos (como decís ahora), le hablé con el mayor cariño, le consolé muchísimo, diciéndole para distraerle: —¿Me queréis mucho, verdad? pero os hubiera gustado más que yo hubiera sido hombre, para que vuestro noble apellido hubiese adquirido más honores, pero aunque soy mujer, (por desdicha mía), los ad-

quirirá, yo os lo prometo, y no os muráis sin decirme que me queréis mucho; ¿no me contestáis? vuestro silencio me hace mucho daño.

»—Es que me muero, y abriendo los brazos me dijo:—Sí que te quiero, pero siempre me has causado espanto.....

»—No os apuréis por mí, honraré mi linaje, mi amor propio nadie lo humillará.

»—Bueno, bueno, llama á tus hermanos, diles que vengan á recoger mi último suspiro.

»Entraron mis hermanos. Yo me quedé á la cabecera y los demás rodearon el lecho del moribundo; éste, hizo un esfuerzo y trató de incorporarse, diciendo á sus hijos: Hijos míos: no abandonéis á vuestra hermana que será muy desgraciada, abrazaos los unos á los otros y miraos con amor.

»El primero que me abrazó fué Benjamín, los demás nos dimos la mano con tal violencia, que todos experimentamos la misma sensación que si hubiéramos tocado hierros candentes; todos se retiraron al lado de mi padre, éste, entró de lleno en la agonía, que fué breve. Acerqué mi diestra á sus ojos y dije: ¡Dios mío! acógelo en tu seno, que no ha sido malo, y si no ha sido más bueno, ha sido por dejadez, no por mala voluntad.

»Entraron de nuevo mis hermanos y varios sacerdotes, á los que dije:—Habéis llegado tarde, rogad por él; y entonces, (cosa extraña), ví á mi padre por duplicado, el uno muerto, el otro en pie, sonriente, se acercó á mí y conocí que quería besarme, le presenté mi frente y me besó como nunca me había besado, murmurando: ¡Adiós! —¡Bendito seas, padre mío!—exclamé con exaltación, y abandoné la estancia mortuoria dejando á mis hermanos orando sin sentir: eran unos cuantos muertos que rezaban por un vivo.

»Volví á mi encierro y allí oré pidiéndole á Dios misericordia, pues aunque mi padre no había sido nunca para mí un modelo de amor, sentí muchísimo su muerte, era uno menos; ya no tenía en la tierra quien me quisiera, y oí una voz que me decía:—Vete con cuidado, modifica tu temperamento, que tienes que sufrir mucho, te creces demasiado. ¡Ay! de los vanidosos.

»Estos avisos me eran muy provechosos, pero á pesar de todo pasé días muy tristes, ¡estaba tan sola en el mundo! Recordé á Benjamín y recriminé mi olvido para el pobre huérfano; le hice venir y vino, me encontró desmejoradísima porque en realidad había sufrido mucho. ¡Todo lo veía tan sombrío! creí quedarme de nuevo

paralítica, tal era mi postración, y le pedía á Dios clemencia diciéndole:—¡Dios mío! ¿es un crimen sentir y elevarme hasta tí? dame mi cuerpo, Señor, quiero ser útil á los demás.

Benjamín al verme me abrazó, diciendo:—No te mueras, hermana mía, que yo no podría vivir sin tí.

»—No me asesines amenazándome con tu muerte.

»—Es que sin tí yo no podría resistir el peso de la vida.

»—¿Y qué piensas hacer cuando seas hombre?

»—Quiero ser como tú, religioso.

»Le miré con tristeza y le dije:

»—¿Y si te enamoras? Serías muy desgraciado. ¡Ah! no, no; no quiero que seas sacerdote.

»—Seré lo que tu quieras.

»—Pues serás hombre de armas, defenderás á tu patria y á tu rey, honrarás el nombre que has heredado, reconocerás el mundo, vivirás, hermano mío, vivirás, que no se vive dentro de los claustros. Ve y dile á mi médico que venga á verme, y al buen sacerdote que me sirvió de maestro.

»A los dos los ví al día siguiente; los dos me encontraron muy desfigurada, pero el médico desvaneció mis temores de quedar-

me paralítica. ¡Cuánto se lo agradecí!... el sacerdote me miró fijamente y me decía:—¡Qué cosa más extraña! por bueno que me encuentre, cuando estoy á tu lado me pongo malo; y yo le dije con tristeza:—¡Qué lástima que vos y yo seamos religiosos! más joven vos y ambos libres... él me miró y palideció.

»Hablé mucho con mis dos buenos amigos, quejándome amargamente de mi confesor y de mi consultor en literatura.—No podríais venir vos, (le dijo al sacerdote), vos podríais desempeñar ambos cargos.

»El sacerdote se levantó tembloroso, y acercándose á mí me dijo muy bajito:—Calla, tú insultaste á un hombre poderoso y él se vengará de tí, haciéndote sufrir mucho. Yo haré lo posible por tí, pero tú no cometas imprudencias.

»—No las cometeré si prometéis visitarme; tenemos que estar en relación directa, por si salgo de aquí.

»¡Salir de aquí!... dijeron los dos con asombro, ¡qué locura!... y me dejaron triste y preocupada, pero después de reflexionar mucho, me dije á mí misma: La venganza de un hombre orgulloso, herido en lo más vivo su amor propio, quiere hacerme sufrir toda una serie de humillaciones; pues veremos á ver quién vence á quién.

No son los cánones los que me obligan á vivir martirizada con esta vigilancia intolerable, pues yo me impondré á esta catedral de necias que me han puesto para guardarme; la lucha está empezada, veremos quién consigue la victoria. Y desde aquel día comencé á imponerme, comenzando por corregir los muchos vicios de que adolecían mis compañeras, algunos de ellos tan inmorales, que no se pueden mencionar; hasta en sus oraciones cometían faltas garrafales, y yo les decía: ¡infelices! ¿cómo queréis dirigiros á Dios, sino sabéis hablar entre nosotras mismas? ¿Acaso ser religiosa es carecer de sentido común?

»Las monjas no volvían de su asombro, al ver en mí un cambio tan repentino, pero á pesar suyo me respetaban; una de ellas cayó gravemente enferma y yo me constituí en su enfermera, sin dejarla de noche ni de día; la pobre reclusa me decía: ¿Qué le he hecho yo para merecer tanto bien? vos sois noble, parecéis la superiora, todas os obedecen, ¿qué he hecho yo para ser digna de vuestros solícitos cuidados?

»—Eres mi hermana ante Dios, y te pondré buena porque yo lo quiero; y efectivamente, le impuse mis manos, y como ya estaba la enfermedad vencida, instantáneamente se curó, y yo le dije: Seguirás estan-

do bien sino practicas el mal; el alma que es ingrata para con Dios, no puede tener salud ni en el cuerpo ni en el alma.

»—Yo quiero ser buena, decidme, ¿qué debo hacer?

»—Háblale á Dios como yo le hablo, y la monja oró repitiendo mis sencillas palabras, le dí algunas instrucciones, y yo le dije:—Quiero que seas mi aliada.—Lo seré.—Me contarás cuanto de mí se diga, no me hagas traición, porque te la harías á tí misma. Y desde aquella fecha me preparé para resistir la emboscada; la monja era mía porque la dominaba mi voluntad, y el servicio que le había prestado, que era de gran valía, porque le evité una penosa convalecencia, y aunque no es la gratitud la moneda corriente de la humanidad, á veces el egoísmo se cubre con sus galas, y por temor de salir perjudicado, suele el deudor aparecer agradecido; aquella monja vió utilidad para ella en servirme, por eso accedió de buen grado en ser mi aliada.»





XXXVI

A medida que me iba proporcionando entre aquellas pobres religiosas algunas afecciones, se me iba cercando por fuera; mi aliada, cumpliendo fielmente su promesa, me tenía al corriente de todo lo que se trataba de hacer conmigo: tan pronto me querían trasladar á otro convento, como tenerme presa en mi celda sin dejarme acudir al templo en unión de mis compañeras; otras veces se proyectaba hacer junta de médicos y que éstos me declararan loca rematada; ya se obtenía por someterme á horribles penitencias para conseguir que los diablos me abandonaran; era tal el cúmulo de infamias que contra mí se querían cometer, que me horrorizaba pensar en ellas, y al entregar mi cuerpo al descanso, decía con el mayor desaliento: ¡Dios mío!... ¡Dios mío! yo quiero ser buena y no me dejan serlo; aquí, me rodean pobres mujeres, en otro convento quizá serán más crueles;

desde que se fué mi padre la persecución ha ido en aumento; su sombra, me daba sombra, imponía respeto á mis enemigos la noble figura del autor de mis días; con su muerte veía más sombrío mi porvenir, no tenía á quién volver mis ojos, porque hasta mi hermanito Benjamín me había abandonado; tampoco habían vuelto á verme ni mi médico ni mi maestro el sacerdote; todos me habían olvidado ¡qué horrible soledad!...

»Una noche, tuve mucho miedo, creí escuchar una voz que me decía:—El diablo está en tí, él te da esas fuerzas ficticias; y ví figuras extrañas, burlonas unas y feroces otras; luego cuadros de la vida real, escenas de amor (negadas para mí), mujeres hermosas y gallardos mancebos unidos en amoroso abrazo, niños preciosos revoloteando como las mariposas; luego ví campos de batalla cubiertos de cadáveres y aves de rapiña cubriendo con sus enormes alas los cuerpos de los héroes ¡qué horror!... cerraba los ojos para no ver y veía del mismo modo; me levanté desesperada y grité:—¡Señor! ¿por qué me habéis abandonado? ya no tengo inspiración ¿he sido mala hija? ¡pero si nadie me ha querido! ¡si mis hermanos me han odiado! si la envidia me ha hecho sentir sus punzantes

mordeduras, porque sólo envidiosos me han rodeado, si yo he querido amar y no me han dejado; ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... y antes de amanecer me levanté como una loca, temblaba convulsivamente, tanto, que al dirigirme al templo, una monja me miró con espanto diciendome:

»—¿Qué tenéis? ¿estáis enferma?

»Me postré ante la imagen del Crucificado, y oí voces que me decían: *Aquí no estás bien*. ¿Y adónde ir? si ya me rodeaban las religiosas y se dió comienzo á las ceremonias de cada día; ¡y qué pobre era todo aquello! ¡qué predicador tan vulgar! ¡qué oraciones tan faltadas de sentido común! Salía del templo más triste y más desesperada que había entrado; tanto luchaba mi espíritu, y tanto padecía, que al fin mi organismo quedó en la postración más completa, postración que desaparecía después de algunas horas de reposo para sufrir violentas convulsiones. ¡Cuánto sufrí, Dios mío! ¡cuánto sufrí! y lo que más me entristecía era que nadie se acercaba á mi lecho, ni mi aliada siquiera; para no despertar sospechas, la Superiora fué la única que al fin se acercó y me dijo:—Vendrá un médico, pero creo que no os curaréis, porque los diablos son los dueños de vuestro cuerpo.

»Oir estas palabras y enfurecerme todo fué uno; me levanté, la cogí por el cuello y le dije.—¡¡Miserable!!... ¿qué sabes tú, infeliz, lo que me acontece? y la tiré contra la pared con tal fuerza que su cabeza chocó contra el muro, yo caí en mi lecho diciéndole: ¡Vete!... dí á los esbirros á quienes sirves, que he querido matarte para quitar una vívora de la tierra.

»La Superiora salió gritando: ¡Favor! ¡auxilio! ¡qué aquí está el infierno!... Vino entonces mi aliada y me dijo:—¿Qué habéis hecho? la Superiora está como una loca, grita como si en realidad tuviera los demonios en el cuerpo. Pues ve y dile, que si no calla la mataré, que quiero acabar con todo.

»Fué mi aliada y habló con la Superiora diciéndole cuanto yo le había dicho y mucho más, lo cierto es, que no pude enviar mejor parlamentario, porque la Superiora enmudeció desde entonces; le inspiré miedo y su temor contribuyó á serenar la atmósfera del convento; vino un médico, me dió varios calmantes y me alivié, y entonces pensé seriamente en mi situación que no podía ser más triste ni más violenta, porque yo que sólo quería amor, me era dolorosísimo tener que apelar á los medios de la fuerza, para que me respetaran, ¡qué

contrario á mi modo de ser era todo cuanto me rodeaba!... ¡y tan sola, ni mi hermano, ni mi médico, ni mi maestro, ninguno se acordaba de mí!...

»Por una orden incalificable, hacía mucho tiempo que no se me permitía bajar al huerto del convento, que aunque no tenía nada de particular, comparado con los oscuros claustros y la sombría iglesia, era un verdadero paraíso. Una mañana, jugando el todo por el todo, me fuí al huerto, y al respirar aquel ambiente perfumado exclamé gozosa: ¡Señor! ¡Señor! aquí vivo, yo no quiero los templos sin sol, porque son las tumbas de los vivos; y corrí por el huerto con la alegría de una niña feliz; después busqué un rinconcito donde había un almaciguero de arbustos sombreado por varios nogales; al pie de uno de éstos, había una tosca piedra y allí me senté rendida por mi rápida carrera, y cuando estaba más contenta mirando al cielo al través del follaje, oí una voz clara, clarísima, que me decía:—¡Ah! tú tienes la culpa de cuanto te sucede; tus violencias me apresuraron la muerte. ¿Quieres cielos? pues háztelos tú misma, ábrete paso, pero recuerda siempre que tu carácter es tu verdugo, ten calma y prudencia.

»Tras de aquella voz creí escuchar una

dulcísima melodía, melodía que no había escuchado nunca en la tierra.—No hay duda, exclamé con alegría, es el alma de mi padre quien me habla; mas... ¿Y si fuera el diablo? Pero ¿por qué pienso así, si yo no creo en el genio del mal? ¿Qué son los infiernos? ¿qué son los diablos? ¿Qué es Dios? ¿Qué es el cielo? ¿qué es todo? Yo quiero escribir para convencerme de lo que yo soy, de lo que he sido, de lo que seré; volví al convento, y las monjas al verme hicieron la señal de la cruz; una de ellas, que siempre me había dirigido hipócritas sonrisas, se santiguó al verme y hasta cerró los ojos para no ver á la *endemoniada*, y entonces le dije:—¿Por qué me haces la señal de la cruz y antes te sonreías hipócritamente? ¿por qué me hacéis la cruz? ¡infelices!... ¿soy tan mala? le pediré perdón á la Superiora, haré cuanto queráis, pero no me odiéis. Entonces me miró la monja y me dijo:—Yo no tengo la culpa, hago lo que me mandan, nos mandan que mostremos odio.—¿Pero vosotras me odiáis?—La pobre monja bajó la cabeza sin contestar, y yo entonces la cogí por la cintura y la dije:—Mírame mujer, mírame; tú que eres tan hermosa no debes emplear la luz de tus ojos en mirar odiando; ¡qué lástima!... Eres joven, bella, robusta, po-

días haber hecho la felicidad de un hombre creándote una familia... Al decir yo esto, la monja me miró y de sus ojos brotaron algunas lágrimas, y entonces hablamos mucho, y yo le repetí cien y cien veces que sólo deseaba que todas me quisieran, y al separarnos me dijo la monja con dulce acento: ¡Si algún día pudiéramos salir de aquí!... no lo olvidéis.

»Pocos días pasaron y salí de nuevo al huerto, llevando conmigo papel, pluma y tintero, me senté al pie del nogal y dije en alta voz: ¿Qué es el infierno? si es verdad, vea yo los diablos, las serpientes de fuego, los reptiles arrastrando garfios candentes, los lagos de betún hirviendo, las cataratas dellamas, todo el conjunto de los tormentos, de los suplicios, de las horribles torturas que sufren los condenados; y si no existe, cúbranse de flores los árboles, extiéndase sobre el suelo verde tapiz, canten los pájaros su himno de gloria: quiero saber la verdad; y entonces oí una voz que me decía:—¡Pobre loca en principios! escribe, yo te diré quién es el diablo!

»—¿Y quién eres tú?

»—¿Soy el que todo lo puede, soy quien le ha dado á la tierra sus auras de libertad, ¡soy el que en nombre de la ciencia hablé á los pueblos de un solo Dios! ¡soy el que

llevé á las multitudes por el camino de la redención! ¡soy el que derramé mi sangre para fertilizar la tierra! ¡soy el que derrumbó los altares de los dioses, para levantar el altar del progreso y en él adorar á un solo Dios! Soy el que destruyó las tiendas de los mercaderes y pronunció el credo de la eterna religión! ¡Escucha, mujer! ¡escucha, viajera de los siglos! no hay más infierno que la ingratitud, no hay más diablos que los odios creados por la envidia y por la desmedida ambición; y no hay más cielo que el amor de los unos á los otros, el cielo es el amor, porque en el amor caben todas las abnegaciones, todos los sacrificios, todos los heroísmos! escribe, mujer, escribe.

»—No, no; ahora no quiero escribir, quiero oírte, quiero escucharte, quiero recobrar aliento oyendo tu divina palabra, después escribiré. ¡Qué grande es Dios! será la continuación de mi primer canto ¡qué hermoso es Dios!...

»Una brisa suave acarició mi rostro, aspiré con delicia la fragancia de muchísimas flores, sentí rumor de alas, algo que tocaba mi frente y mi corazón, mis manos, siempre heladas, se suavizaron con un tibio sudor, me pareció que me elevaba, que me encontraba en el aire, y después... después miré al huerto y ví á la Superiora que me

espiaba, llegó hasta mí, me levanté y le besé la mano, ella me dijo:—Aunque el sitio es estrecho podemos sentarnos las dos, nos sentamos, y prosiguió diciendo:—He oído vuestras plegarias y me han gustado, ¿aquí oráis mejor que en la iglesia?

»—¿Si, señora, este templo no tiene muros y es más bello que los templos sombríos.

»La Superiora me miró con dulzura y me dijo:—No os quiero mal y eso que motivos tengo para no quereros bien; tenéis un enemigo cruel cuyo poder es terrible, pero yo... no quiero servirle más; y hasta siento haberle servido.

»Al oír las palabras de la Superiora, creí que los cielos me abrían sus puertas de marfil y oro, le besé la mano repetidas veces, y le dije con la mayor ternura:—Soy muy agradecida, os convenceréis de ello, pedidme cuanto queráis; los más grandes sacrificios yo los haré con tal que todos me quieran. La Superiora se levantó y me dijo:—Seremos buenas amigas, aunque me habéis hecho mucho daño física y moralmente, pero me he convencido, que quereros inutilizar, es querer apagar los rayos solares que en todas partes penetran llevando la fecundación y la vida. No sé lo que sois, pero me he convencido que no sois

mala, porque á vuestra invocación Dios ha respondido; yo he visto abrirse todos los capullos de un árbol florido que aun no era tiempo que abrieran sus corolas; yo he visto el césped brotar en torno vuestro, y tales maravillas no pueden ser obra del diablo, así es, que cumplamos cada cual con su deber; si queréis cambiaremos de confesor.

»—¡Oh! sí, sí.

»—¡Bueno, bueno, no os exaltéis. ¿Conocéis á un buen sacerdote?

»Yo recordé á mi maestro, pero enmudecí; nos despedimos, y desde aquel día reinó la paz en el convento; entonces aquellas paredes me parecieron hermosas, y mirando al crucifijo decía: Aquí está el dolor, pero también está la redención.

»Insistió la Superiora en el cambio de confesor, y entonces hice venir á mi maestro y al verle le abracé con toda la efusión de mi alma... ¡le quería tanto! él me miró sorprendido y la Superiora se sonrió bondadosamente diciendo:—Ha estado muy enferma, y se nos ha vuelto niña.

»—Sí, niña es, pero niña con cabeza de hombre; muchísimo me alegro que al fin comprendáis lo que ella es, porque si la dejamos hacer, será luz de nuestra iglesia, será antorcha de las religiosas. Yo, satisfe-

cha y contenta, le dije á la Superiora, señalando al sacerdote:

»—Este, es otra víctima mía, antes de tiraros contra la pared, á él le dejé mudo y sin movimiento. ¿No me guardáis rencor ninguno de los dos?

»Los dos se miraron y se sonrieron, diciendo el sacerdote:

»—Aun no he podido explicarme lo que sucedió entonces; sólo sé que vales mucho, que eres águila que vuelas y que no debemos dejarte sin alas.

»La Superiora le pidió que fuera nuestro confesor; los dos nos miramos, y al despedirnos, le pedí que me llevara para dicho cargo un hombre eminente. Vos no podéis venir, (le dije), los dos juntos no podríamos orar, iríamos muy lejos, con todo y ser distinta nuestra edad; pero... ¿queréis ser mi confesor íntimo?

»—No, no.

»—No temáis, no os hablaré de nada que os agite.

»—No, no; no juguemos con fuego, te traeré un buen sacerdote, es un alma buena y grande, escucha sus palabras y será un buen auxiliar para tí.

»Pasaron algunos días y vino el nuevo confesor; era un hombre de talento, un carácter, lo miró todo, lo inspeccionó todo y

se entristeció, porque allí todo era pobre y mezquino, el convento, el templo y la comunidad; aquel hombre allí se ahogaba. Yo lo comprendí y le dije: Ya sé que vos no estáis aquí en vuestro centro, porque vos necesitáis lujosas vestiduras, nubes de incienso, templo anchuroso; aquí todo es pequeño, pero las almas son buenas, son florecillas del campo, pero... tienen perfume; aquí no hay púrpura, ni oro, pero hay buenas voluntades; el sacerdote me miró sorprendido, y volviendo á todos lados, dijo:—Creo que tenéis razón, que en este nido hay amor y elevación de almas, lo que á veces no se encuentra donde la riqueza reparte con profusión sus tesoros. Mis ocupaciones son muchas, pero haré cuanto pueda por cumplir dignamente con mi nuevo cargo.»





XXXVII

CON el cambio de confesor, mejor dicho, de consultor, se aligeró aquella situación tan pesada, se mejoró notablemente en sus procedimientos la comunidad; se me facilitaron muchos libros con vidas de santos y mientras más leía libros religiosos, yo era menos religiosa. ¡Cuánto rechazaba mi alma aquellas santidades inverosímiles!; las figuras de los santos, ¡qué imperfectas las encontraba!, ¡qué virtudes tan exactas!... y la mayoría de los elegidos de Dios, todos eran de alta alcurnia, el uno había sido Papa, el otro Emperador, aquél Obispo, esotro príncipe, ¿y ninguno había pecado?, ¡qué impostura! Entre los santos, había uno que decía que no era posible ser santo en la tierra, y que las mujeres eran más propensas á estar endemoniadas por la violencia de las tentaciones, que el diablo está muy cerca de los que quieren llegar al estado de santidad, que entre

Dios y el diablo está la lucha empeñada... ¡Qué absurdo, Dios mío! ¡Dios luchando con su propia obra! ¡Cómo se sublevaba mi alma ante tan erróneas afirmaciones! ¡con cuánto enojo tiraba los volúmenes diciendo:—Y esto escriben los padres de la iglesia!... Recuerdo que decía un santo, que tuvo unos amores puros, y tuvieron tal pureza, porque amó á un ser *irracional*, y en cambio llamaba á la mujer la endemoniada, la poseída, la tentadora, la serpiente venenosa que se enroscaba al cuerpo del hombre, hasta conseguir su perdición y su entrada en el infierno.

»Mientras más leía, más se indignaba mí espíritu; yo que tenía tan buen concepto de la mujer, yo que la consideraba como el coronamiento de la obra divina, puesto que en ella depositaba el hombre todas sus esperanzas, todos sus ensueños, que de la mujer se nutría, que de ella aprendía á bendecir á Dios, que sin ella no era posible la vida... ¡qué desconocimiento de la ley natural!... ¡y aquellos libros se llamaban obras religiosas! obras de impureza eran en realidad, y las encontré tan despreciables y tan indignas, que quise escribir sobre la santidad del alma; quería decir, que un alma es santa cuando hace el bien á sus semejantes y el alma es pobre,

y es indigente y endemoniada, cuando sólo trabaja por su egoísmo, por su goce particular; y es santa y es angélica, cuando emplea su talento en dar luz á los demás sin cansarse nunca de prodigar el bien.

»Pedí á mi confesor que me hiciera un discurso sobre la santidad del alma cuando habita en la tierra; y él me dijo:—La santidad del alma ha sido un punto de batalla en todas las religiones, pero es muy difícil que el alma alcance la santidad, y, tanto es así, que son muy pocos los santos que entran en el reino de los cielos.

»—También lo creo yo así, también, porque la verdad es, que las almas religiosas, ¡escasean tanto!... Yo no me tengo por mala, y sin embargo, cuando rezo el *padre nuestro* me aturdo, porque me espanta la oración sin alma, y ¡cuántos rezan sin sentir!...

»—Os aconsejo (replicó mi confesor), que no escribáis sobre la santidad del alma, porque ya tiene la iglesia sus sabios, no escribáis, no; que podrían ser quemados vuestros escritos, y podríais ser severamente castigada por la autoridad eclesiástica; escribid filosóficamente sobre los obstáculos que encuentra el alma para ser santa. Id con cuidado que se os vigila mucho.

»—Descuidad, escribiré sobre la santidad

del alma, dividiré mi trabajo en tres partes, os consultaré, y si no os gustan mis escritos, los quemaremos.

»Escribí la primera parte, y me puse al habla con mi *ángel*, hice preguntas muchas, y el *ángel* contestaba admirablemente. Mis preguntas eran las flores y su delicada esencia las contestaciones del *ángel*. Yo me elevé á gran altura, y el *ángel* me decía:—¡Tiende tu vuelo!

»Cuando concluí mi trabajo, se lo leí á mi confesor que me miraba muy asombrado, porque mis preguntas y las contestaciones las encontraba que iban muy á fondo, tanto, que me dijo con profunda tristeza:

»—Ese escrito es una piqueta que destruye la liturgia, la teología; nuestros hábitos no nos permiten destruir lo que hemos encontrado hecho, antes al contrario, tenemos obligación de reconstruir lo que veamos que se hunde.

»—Bueno, pero, ¿es bueno mi trabajo?

»—Si lo es... ¡ya lo creo!... pero... si se pudiera modificar...

»—¡Ah!, eso no; ¿se pueden modificar los rayos del sol y las leyes de la naturaleza? pues del mismo modo es imposible quitarle el alma á los escritos, es preferible destruirlo. ¿Qué hacemos?, ¿lo quemamos?

»—¡Ah!, eso no, pero... es muy comprometido guardarlo.

»—Yo no tengo miedo de conservarlo.

»—Entonces... esconded bien ese escrito, yo miraré si se puede corregir, y entre tanto, escribid la segunda parte.

»Yo sentía mucha pena, mucha, de que me corrigieran mi trabajo, pero por respeto enmudecí. Comencé la segunda parte maldiciendo una iglesia que tiene horizontes tan estrechos. Moriréis, (les decía á los sacerdotes) de asfixia, vuestra propia sombra os hará temblar. Me detuve en mi trabajo y contemplando la naturaleza, exclamaba con dolorosa impaciencia: Si todo se mueve, si todo se agita, si la evolución permanente es un hecho, ¿por qué la religión que yo profeso quiere la inmovilidad?, ¿por qué es tan pobre en sus miras?, ¿por qué es tan pequeña en sus aspiraciones?

»Cuando más embebida estaba en mis pensamientos, me dieron aviso que una señora me esperaba: mucho sentí que me interrumpieran en mis meditaciones, porque nada más doloroso que cuando se rompe el círculo que el escritor se forma en torno suyo; y contrariada y mohina, me presenté en el locutorio donde me esperaba una mujer de alta clase; no había más que verla, para adivinar que sus piés no

habían pisado más que alfombras, y sus ojos no habían contemplado más que ricos cortinajes de púrpura y brocado; me saludó con esa benevolencia que saludan los personajes, diciendo con dulce acento:

»—He venido para conoceros, deseo relacionarme con vos, soy admiradora de lo bello y de lo grande, y quiero que juntas hagamos algo en bien de la humanidad, pues ya sé lo que valéis y de lo que sois capaz.

»No me parecieron mal sus palabras, y le demostré sencillamente mi gratitud; hablamos sobre religión y le dije que encontraba muchos lunares en la religión de mis mayores.

»—Esos lunares son sus malos ministros, (dijo la señora); la religión en sí ya es buena, y para ella quiero que trabajemos.

»—No deseo otra cosa, porque el mundo no me atrae, si me atrajera dejaría mis tocas, pero hoy por hoy estoy enamorada de mi religión y para ella quiero escribir.

»—Yo también quiero ser útil á mi religión, seamos hermanas.

»—Bueno, nos trataremos y unidas, quizá podremos hacer mucho bien, vos en lo alto, yo en mi obscuridad.

»—Nos despedimos cariñosamente y ella me brindó su valiosa protección.

»Me entusiasmé con aquella visita; pensé en la segunda parte de mi trabajo, escribí algunas hojas y de pronto, oí como el trueno retumbaba muy lejos; se truncaron mis ideas, no pude continuar y me exasperé; oí otra vibración más cercana y me causó profunda extrañeza, porque el cielo estaba sereno, y el sol brillaba con toda su esplendidez; oí la tercera vibración mucho más cercana, y después estas palabras:—No escribas más, ¿tú no sabes que la traición te rodea? No escribas sobre la santidad, escribe sobre la virtud, escribe sobre la doctrina religiosa de tu tiempo, pero no sobre sus doctrinarios, que no mereces tal expiación;—quema la primera parte de tu trabajo; ya escribirás más tarde, en otros tiempos y otros lugares donde la religión es el amor y la santidad es el conjunto de todas las virtudes.

»Miré y á nadie ví. ¿Será una voz humana? pensé, ¿álguien atenta contra mi reposo?

»—No, no; (oí que me decían), no es voz humana.—Dí algunos pasos y encontré á la Superiora, que al verme, temblorosa y desfallecida derramando copioso llanto, me dijo con maternal solicitud:

»—¿Por qué lloráis? ¿qué tenéis?

»—Es que el cielo me dice que queme mis trabajos.

»—Me fuí á mi celda, cogí mis papeles y los quemé diciendo: ¡Ahí se van mis pensamientos!... y lloré, lloré mucho; y oí una voz que me decía:—¡Ingrata!... ¿no se te ha dicho que esos escritos te perjudicaban? ¡ingrata!... ¡ingrata!...

»Tiene razón mi *ángel*; no escribiré más sobre la santidad, escribiré sobre asuntos más dulces, más humanos, mejor dicho, sobre las luchas de la vida humana; pero es necesario ver para sentir; pediré dispensas para poder salir, mi nueva protectora me ayudará y visitaré á los pobres, y oiré sus lamentaciones, y escucharé á las mujeres perdidas que quieran hacer penitencia, y confesaré á las madres moribundas que me entreguen sus pobres hijos extenuados por la miseria, seré útil á mi religión y á la humanidad.

»Por la noche me acosté y sentí que mi lecho se movía, parecía que manos invisibles lo levantaban del suelo; después mi celda se iluminó por una vivísima claridad, mucho más hermosa que si entrara la luz del día, porque todo era luz, suelo, techo, paredes, parecía que me habían transportado al espacio; aun no había salido de mi asombro, cuando ví una figura envuel-

ta en un manto blanco, de cabeza hermosísima, con una espléndida cabellera y unos ojos divinos; yo le pregunté:—¿Eres mi Dios? ¿El prototipo de mi religión?

»—No; tú deliras; ¿cómo piensas que yo puedo ser Dios?... soy un espíritu como tú...

»—¡Ay!... ¿serás el diablo?

»—¡Infeliz! ¿por qué dudas? ¿No sabes que no hay más infierno que la ignorancia? ¿que la ignorancia es el demonio tentador de la humanidad? Vengo á decirte que quiero que trabajes sin tanta lucha; yo desarrollaré tus visiones, para que, viendo los espíritus, adquieras fortaleza. ¿Quieres salir para ver las luchas de la vida? pues saldrás, yo te acompañaré, y tú me verás, y contarás á tus confesores cuanto veas. Pasarás por endemoniada, tus trabajos más importantes te los combatirán rudamente, pero... ¿hay acaso rosas sin espinas? (y sonriendo el espíritu con la mayor ternura, prosiguió diciendo):—Las espinas se convertirán después en días de sol. ¡Tu dicha será inmensa! ¡inacabable!...

»—Tengo un recelo, una duda.

»—Sí, ya lo sé; te harán una traición.

»—¿Sí?...

»—Sí; pero la traición no triunfará y tus últimos momentos serán dulcísimos; escri-

birás mucho, tus obras se traducirán por todas partes, y se multiplicarán, y habrá cisma en la iglesia por tí.

»Al día siguiente conté á mi confesor lo ocurrido; él se disgustó mucho porque había quemado mi escrito y concluyó diciendo:

»—No hay más recurso, hay que estudiaros mucho.

»—¿Podrá ser el diablo?

»—No; el diablo nunca aconseja el bien.

»—Entonces confesad que Dios está conmigo.

»—Dios está con todos; recordad las vidas de los santos, casi todos han sido objeto de manifestaciones sobrenaturales. Cada vez que tengáis visiones, decídmelo todo, y cuanto os suceda y... preguntad á vuestro *ángel* por mí, y si os dice que yo os quiero, preguntadle si es pecado la admiración que siento por vos.

»—Descuidad, le preguntaré cuanto deseáis, pues creo que al complaceros, cumplo con un deber sagrado.»





XXXVIII

RUÉ transcurriendo el tiempo y me dediqué á escribir sobre motivos y conceptos sintetizados sobre la fe de la religión que profesaba y sobre las prácticas y costumbres religiosas. Tuve por entonces una época de pacificación en mi espíritu, y mi confesor estaba contento de mí, preguntándome si veía algo extraordinario, y si oía voces del cielo.

»Llegó un momento en que él me dijo: —Sería conveniente que pudiérais salir de aquí para estudiar en el mundo lo mucho que hay que ver y observar.

»El deseo de mi confesor, que al pronto me sorprendió y hasta me puso en guardia, pues la persecución que había sufrido me había vuelto recelosa, pero como yo deseaba vivamente salir de la clausura, aproveché la ocasión que se me presentaba, y acto seguido llamé á mi médico y á mi maestro y les puse al corriente de mis as-

piraciones patrocinadas por mi buen confesor; mis amigos estuvieron conformes con mis deseos, si bien no me ocultaron, que no era tan fácil obtener lo que yo deseaba, y por lo mismo que lo creían muy difícil, trabajarían con más empeño por conseguirlo.

»Algunos días después, vino mi noble protectora, la encumbrada dama que tantos ofrecimientos me hizo, (al parecer con la mayor espontaneidad). Al verla, involuntariamente sentí en todo mi ser un estremecimiento doloroso, á pesar mío, un sentimiento de repulsión se apoderó de mí. ¿Por qué? no lo sé, sentía el efecto, ignorando entonces la causa; me dominé como era natural y la recibí como ella, por su elevada clase, se merecía; la dama se mostró cariñosísima conmigo, y desde aquel día me visitó con mucha frecuencia, y aunque yo al verla, sentía siempre un *malestar* sin nombre; como ella era tan cariñosa, tan expresiva, tan amable, tan halagadora, la miel de sus palabras endulzaba mis dudas y mis incertidumbres y concluía por hacerse dueña de mis pensamientos, procurando, por todos los medios imaginables, ganarse mi confianza diciéndome con la mayor dulzura:

»—Podéis ser un astro en nuestra reli-

gión; yo haré que vuestros trabajos se lean en los palacios. Yo fundaré una comunidad, y ésta, será vuestra, vos la dirigiréis, y yo seré la intermediaria entre ellas y vos.

»El plan ya era bueno, pero yo le dije:

»—Debo advertiros, señora, que yo no tengo medios materiales para ayudaros en vuestra noble empresa, pues aunque soy de buena clase y, por añadidura no debo ser pobre, pues mi madre llevó en dote valiosas haciendas, es lo cierto que desde que me hice religiosa, mi familia no me ha dado nunca la menor cuenta de la renta que deben producir mis bienes; mi padre jamás me habló de intereses, y mi hermano mayor siguió su ejemplo, así es, que yo me encuentro en disposición de trabajar mucho, aquí y fuera de aquí, pero... no dejo de conocer que me falta lo más esencial: el oro, para poner los cimientos de muchas fundaciones religiosas.

»—Por el oro, no os apuréis, ese me sobra, y si libertad necesitáis, aquí traigo el permiso eclesiástico; y me entregó un documento en toda regla, por el cual yo tenía completa libertad para dejar mi clausura y habitar en el claustro y fuera de él, pudiendo viajar y hacer noche donde mejor me pareciera.

»Muchísimo me alegré de poder salir

para consolar á muchos infelices, y mi protectora se puso muy satisfecha al ver mi alegría, dándome palabra de fundar, cuanto antes, una notable comunidad, pues todas las religiosas pertenecerían á la nobleza.

»Confieso ingénuamente que apresuré mi salida del convento; aquellas paredes se me caían encima, y al salir á la calle sentí tristezas y alegrías infinitas; pensé que el espíritu vive aspirando el aire libre, que el encierro no eleva á las almas, antes al contrario, las estaciona; que la sombra de los claustros y de los templos, apaga el fuego de las aspiraciones generosas; que orar mirando al suelo, es vivir como los topos, y orar en medio del campo mirando las nubes rojizas del crepúsculo vespertino, es ensayar el vuelo de las águilas que se pierden entre las capas atmosféricas.

»Al verme en medio de la calle, sentí, sin embargo, frío en el alma, que no se puede vivir sin tener un muro donde asirse; pensé en la casa de mis mayores, y aunque allí no tenía el calor de la familia, porque mis hermanos eran más que extraños para mí, sin embargo, creí cumplir con mi deber, visitando primeramente la casa donde nací, y donde murieron mis padres. Llegué al hogar de mis antepasados, y apenas nadie quiso reconocerme; mi herma-

no mayor, de muy mal talante, me dijo con el mayor desagrado:

»—¿Ya has hecho alguna de tus locuras? ¿has huído del convento? pues aquí no hay refugio para los que abandonan la casa del Señor.

»—Vengo á visitar este santuario, que santuario debe ser para el hombre la casa donde nace, y donde ve morir á sus padres; y para satisfacer este deseo, tengo autorización del Papa, y le enseñé el permiso eclesiástico; al ver dicho documento, mi hermano cambió por completo, de hurao se volvió amable, de agresivo en cortés, y me brindó hospitalidad por algunos días.

»Yo la acepté gozosa, necesitaba mi alma evocar sus recuerdos de la infancia y de la juventud, y cuántos, ¡cuántos se despertaron al entrar en la cámara de mi padre! todos los muebles estaban en el mismo sitio, el ancho lecho matrimonial estaba cubierto con sus largas colgaduras de brocado; llamé á mi padre, y éste acudió en seguida á mi llamamiento, diciéndome: —¡Ah! ¡loquilla!... ¡loquilla! mucho se espera de tí, escucha la voz de los que sufren, corresponde á la protección que te dan.

»¡Cuánto me conmovió la voz de mi padre! entonces le pregunté:—¡Padre mío!

¿debo fundar Comunidades religiosas? yo no tengo vocación para ello, se sufre mucho en los conventos, son las tumbas de la inteligencia, los desesperados que en ellos se refugian, enloquecen.

»—Pues aun es preciso fundarlos; tus innovaciones vienen antes de tiempo, tu predicación para los pobres no será bien recibida de todos y necesitas levantar templos para que éstos te sirvan de refugio. Tu protectora, no te quiere, fundará una Comunidad, pero no será para el ejercicio de la virtud, sino para la vanidad, el orgullo y las concupiscencias humanas.

»—¿Entonces, he de huir de ella?

»—No; en ese mundo se necesita trabajar con cautela, con prudencia, no hay que romper ningún hilo, que todos hacen falta para la urdimbre social.

»Sentí después un beso de mi padre en la frente, y me quedé largo rato junto al lecho donde dejó su envoltura; tristes pensamientos me asaltaron, y huyendo de ellos, salí en busca de mi hermano mayor diciéndole:—Nada te vengo á pedir, sólo que me dejes recorrer nuestros dominios y visitar á nuestros parientes pobres y ricos.

»—Podrás satisfacer cumplidamente tu deseo, á todos los verás, hasta á Benjamín,

que ha pedido licencia para reposar de sus fatigas de la academia.

»Al oír el nombre de mi hermano Benjamín, me avergoncé de mi olvido, no me había acordado de él al entrar en mi casa, ¡qué ingratitud! ¡y eso que trataba de ser buena!, ¡cuánta miseria hay escondida bajo el hábito de santidad!... Me reocriminé sinceramente por mi olvido y me retiré á mi aposento, que también estaba como yo lo dejé, con sus muebles en orden y mi pequeño lecho envuelto en blancos cendales; me senté junto á mi mesita y allí escribí un poemito titulado *Mi vuelta al hogar*. Empleé en mi trabajo algunos días y al concluirlo llegó Benjamín hecho un arrogante mozo; al verme me abrazó con la mayor efusión, diciéndome:—¡Qué hermosa estás!, ¡cómo te pareces ahora á nuestra madre!... y lloró Benjamín como si fuera un niño.

»—¿Sufres? (le pregunté), ¿qué tienes?, ¿qué te pasa?

»—Nada de particular; cumplo tus órdenes, te obedezco, sin tí nada quiero, pensando en tí, deseo llegar á general en poco tiempo, delante de tí, sino llorara me ahogaría, y separado de tí, soy un coloso; mis compañeros me temen, y mis jefes me respetan.

»Yo le miraba y le encontraba hermoso, era una figura noble y gentil, y sin embargo, sentía por él la misma repulsión, pero me dominé y estuve con él muy cariñosa, con lo cual, él se llenaba de inmensa satisfacción.

»Acompañada de mis hermanos visité á toda mi familia, que era numerosísima, y prodigué bastantes consuelos con la unción de mis palabras, sembrando la mejor semilla entre los desgraciados y los desvalidos.

»Un día, después de andar mucho, dijo mi hermano mayor:—Nos quedaremos en esta casa de campo, y mañana veremos la salida del sol en la cumbre de una de esas montañas.

»Los dueños de la casa, me miraron con alguna prevención, no me conocían; yo miré en torno mío, y encontré *sombra* en aquel lugar, y eso que allí reinaba la abundancia; la casa era cómoda, muy espaciosa, había mucha familia, ancianos, jóvenes, niños, trabajadores robustos, debía reinar allí la alegría, y sin embargo, no reinaba; entre los niños había un pequeño olvidado de todos, y entre las mujeres, había una de mediana edad que me llamó la atención por su gravedad y compostura, hablaba poco y bien; mis herma-

nos se acostaron para descansar y levantarse muy temprano; me ordenaron cariñosamente que yo hiciera lo mismo, pero yo demostré deseos de oír alguna de esas historias que se cuentan al amor de la lumbre, y la mujer que había llamado mi atención, me dijo por lo bajo:—Yo os contaré una, pero no aquí, en vuestro aposento; dad las buenas noches y yo os acompañaré. Accedí á su deseo, y cuando llegamos á mi estancia, nos sentamos y la mujer me dijo:—Desde que la he visto, he sentido por vuestra merced una atracción particular, parecía que me decían al oído: Cuéntale la pena que te aflige.—Pues habla pronto, no titubees, y entonces la campesina me contó una historia de amores muy desgraciados, en los cuales *él* tuvo que huir, y *ella*... murió dejando un niño en poder de mi interlocutora, mas este niño era idiota, el hazme reir de todos los de la casa, y era más que idiota, era á veces loco: porque gritaba desaforadamente diciendo:—¡Tía!, ¡tía! no me abandones que esos infames me quieren coger para martirizarme; pero no saben que pronto llegará mi tiempo, y entonces los arroyos de sangre enrojecerán el agua de los ríos, y los ríos enrojecerán el mar, y los templos caerán minados por su base y sus cúpulas

se hundirán en las profundidades de los abismos, ¡pobrecito mío!, ¡pobrecito de mi alma!, crea vuestra merced (me decía la mujer), que ese niño me tiene el corazón partido, y la infeliz lloró en silencio, pero tan amargamente, que comprendí al punto que la heroína de aquella historia era ella, y mirándola fijamente la dije:

»—Indudablemente, mujer, Dios ha tocado en tu corazón, porque al contarme esa historia has buscado la curación de tu hijo, porque... (no mientas), ese niño es hijo tuyo, tus ojos me dicen que no me engaño; no mientan tus labios.

»La mujer me miró asombrada y cayó á mis plantas, murmurando: Pequé, señora, pequé; pero en la culpa he llevado la penitencia, porque mi hijo es mi mayor tormento.

»—Pues dejará de serlo, llévame al lugar donde duerme el niño.

»La mujer me obedeció dócilmente y me llevó á un pequeño cuarto, donde en un lecho pobre, pero muy limpio, se encontraba el pobre idiota; éste al verme me dijo con la mayor naturalidad:—Os esperaba; y habló mucho, muchísimo, pero muy disparatadamente.

»Yo le pregunté: ¿Ha llegado tu tiempo? y el niño dijo:—Sí, sí; ha llegado la hora,

sufro mucho, me atacan desapiadadamente millones de hombres, poneos en guardia que á vos también quieren atacaros. Y efectivamente, sentí violentísimas sacudidas, vahos de alientos que me quemaban la frente, dolores agudos en todo mi ser, vacilaciones en mi cuerpo, como si manos invisibles me quisieran arrojar violentamente al suelo, y angustiada dije: ¡Dios mío!, clemencia para el infortunado; y entonces ví legiones de espíritus que se batían en retirada, amenazándonos con sus armas; al retirarse, la más viva claridad fué un hecho, ¡todo fué luz! y oí una voz dulcísima, que me decía: ¡Cúrale!...

»—¿Cómo?

»—Imponiéndole tus manos; y oí gritos horribles, blasfemias amenazantes, estallidos de ira que se exhalaban diciendo: ¡malditos!, ¡malditos!, ¡ella y él sucumbirán! y se alejaron las legiones de espíritus y oí de nuevo la voz, pero más potente, que me decía:—¡Cúrale!

»Obedeciendo las órdenes del cielo, envolví al niño con mi fluído, le hice pases magnéticos hasta que el enfermito quedó completamente dormido; yo le dije pasado un corto rato: ¡Despierta!

»—No; (dijo el niño), déjame en calma,

lo necesito, vete, que ya me has curado; mañana te abrazaré.

»La pobre madre se había desmayado; la reanimé y la dije que respetara el sueño de su hijo, que á la mañana siguiente lo vería curado.

»La infeliz me besó las manos, y no sabía como demostrarme su gratitud; quise acostarme pero no pude, mis hermanos se habían levantado para ver la salida del sol. Yo no me hice esperar, y aunque no había dormido, me encontraba ágil y buena, con las ideas muy despejadas y muy contenta; al despedirnos de aquellas buenas gentes que se empeñaron en acompañarnos largo trecho, la madre agradecida no pecó de perezosa; fué la primera que se puso en marcha á mi lado, mirándome fijamente. Ya habíamos perdido de vista la casa, cuando vimos que venía coriendo el pobre idiota, mas... sus ojos no tenían aquella fijeza de la muerte, su boca no se entreabría por un gesto repugnante. ¡Ah! no; sus ojos brillaron extraordinariamente; su boca se abrió para decirme:—¡Me has dado la salud! ¡Bendita seas! y abrazándome con verdadero delirio, me besó en la frente con el mayor respeto. Los demás, no acababan de comprender lo que era aquello; la pobre madre quedó como ale-

targada y el niño prosigió diciendo:—Sí, sí; tú me has dado la salud, y será mi oración la oración del ángel de tu guarda.

»Hice que la madre disfrutara de la resurrección de su hijo; no me separé de ella hasta que el niño cubrió de besos el rostro de su madre y decía á gritos:—¡Ya estoy bueno! ¡ya no se reirán de mí!... ¡ya ganaré mi pan con el sudor de mi frente!

»El asombro de todos fué inmenso, y me alejé de aquel lugar contentísima: ¡había sido útil á mis semejantes! ¿qué mejor práctica religiosa?

»Llegamos á la cumbre de la montaña y vimos la salida del sol, pero yo veía muchos soles y oí una voz que me decía:—Esto es hermoso, pero es más hermosa un alma virtuosa; ¿ves estas alturas? pues mira también hacia abajo, y verás profundos abismos, en todas partes hay que trabajar, no te envanezcas con las alturas, prefiere trabajar en los abismos.

»Yo escuchaba extasiada, y Benjamín, que me miraba desde lejos, corrió hacia mí diciendo con asombro:—¡Ay hermana!... parece que te rodea una nube de fuego; yo le dije sonriéndome:—Es el fuego de mi alma que busca los amores del infinito; miró las cumbres y los abismos...—No hables de abismos, (dijo Benjamín), cuando

miro un abismo pienso en la muerte y me horrorizo. Yo también al escucharle me estremecí y me horroricé, diciendo para mí:—¡Pobrecito! ¡Pobrecito! le teme á los abismos... indudablemente su razón tendrá.»





XXXIX

DESCENDIMOS de aquella altura y nos fuímos en derechura á otro paraje muy escabroso y muy pintoresco, donde había bosques que era preciso ir cortando las zarzas espinosas para penetrar en ellos, y en aquel lugar tan apropósito para cazar, mis hermanos organizaron una cacería, quedándome yo en un punto muy agradable, en una hondonada donde había varios manantiales què formaban una especie de cascada, cuyo juego de aguas se elevaba á gran altura, cayendo con estrépito sobre un riachuelo espumoso que corría á perderse entre peñascos y hojarasca.

»No pude elegir mejor lugar para mis meditaciones; allí estaba sola y tranquila y me dispuse á escribir mis impresiones, sin contar con que las aguas al chocar en sus juegos y saltos, interrumpirían mis meditaciones; porque sin darme cuenta dejé la pluma y presté atento oído á lo que las

aguas decían; y oí distintas voces, sí, las oí, no me quedó la menor duda que hablaban entre sí las generaciones que pasaron, los sabios que florecieron, los mártires que lucharon y murieron defendiendo sus ideales, pero todos hablaban con amargura, con profunda pena, se habían ido muy descontentos de la tierra; enmudecieron un momento, y yo exclamé:—¡Dios mío! ¿por qué las humanidades siempre luchan? ¿por qué los pobres sufren? ¿por qué los fuertes abusan de su poder? ¿por qué no hay más misericordia, Dios mío? Larga fué mi plegaria, más que plegaria fué una interrogación al Eterno, pidiéndole luz porque yo no veía más que sombras, y tanto me elevé, tanto me separé del punto donde me hallaba, que me fuí á otra parte del mundo... ¿dónde? no lo sé, pero era lejos, muy lejos del lugar, donde quedó mi cuerpo reclinado sobre una piedra, en tanto que mi espíritu ansioso de ver justicia, ascendía todo lo que su adelanto le permitía ascender, y ví generaciones que pasaban sonriendo, y con su sonrisa se transmitían sus pensamientos, y todos trabajaban en el progreso universal, y todos se sonreían cambiando sus impresiones; los espíritus se entendían de un modo admirable; ví mujeres hermosísimas que cantaban dulce-

mente... ¡qué cantos más armoniosos! no eran los cánticos de las pobres vírgenes encerradas en los sombríos claustros, eran las mujeres dichosas en su hogar adorando á sus hijos, exhalando el perfume de su sentimiento en sus besos de amor... ¡qué besos aquellos!... no era la aproximación de los labios, bastaba el suave calor del aliento, ¡qué caricias tan delicadas! ¡qué generaciones tan felices! ¡qué niños tan encantadores! ¡qué preciosos eran! sus miradas decían: ¡Madre, yo te amo!

»Yo miraba aquella muchedumbre de jóvenes y niños, y me causó profunda extrañeza no ver ningún anciano, y pregunté á un niño:—¿No hay ancianos en este lugar? el niño me miró como si no entendiera mi pregunta, y al momento vi pasar ante mí figuras graves, respetables, que llevaban en sí el patrimonio de su sabiduría... ¡qué hermosos me parecieron! no eran los viejos decrepitos y alelados de la tierra, eran hombres severos y afables al mismo tiempo.

»—¿Y los enfermos dónde están? pregunté de nuevo al niño; y entonces ví que millones de seres me miraban compasivamente y oí una voz que dijo:—Aquí no hay más enfermo que tú.—¿En qué mundo estoy?—En la tierra—¿En la tierra?—

Sí, en la tierra, cuando ese mundo alcance su redención.

»—¿Así, serán felices los terrenales?

»—Así serán; (dijo una voz sonora), y miré, y ví que la tierra era un vergel, un paraíso; ¡cuántos elementos de vida! trabajaban los hombres sin derramar el sudor de su frente... trabajaban con máquinas y ellos iban sonriendo detrás del artefacto que abría hondos surcos y arrojaba en ellos productora semilla.

»—Y los templos de la fe, ¿dónde están? Oí entonces como el retumbar del trueno, y ví un edificio inmenso, asombroso por su atrevida arquitectura; sus múltiples torres llegaban al cielo; al ver aquella mole gigantesca dije:—¿Aquí será donde oran los creyentes?... entré, y me aturdí; dentro no había ídolos, sólo se veían multitudes entonando cánticos dulcísimos, parecían coros angélicos.—Entonces dije:—¿Estas almas oran? y me respondió una voz:—Sí, oran; la humanidad está en Dios, cuando toda se cobija en el templo de la fraternidad universal.

»¡Qué hermoso era aquel templo! ¡cuántas bellezas! ¡innumerables! por encima de su anchurosa cúpula había un globo que se movía incesantemente, y allí resonaba

una voz que decía:—Este globo es el símbolo del trabajo de la humanidad.

»Yo quise subir al globo y llegué y ví que en el espacio todo se movía, todo giraba, y dije: ¿Aquí no hay campanas? ¿no hay bronces?

»—Sí; aquí hay bronces, pero no en metales, en inteligencias; bronce fuiste tú, fuerte para herir, y con el bronce de la ingratitud, te herirán como tú heristes; no te aturdas, sé fuerte para trabajar como lo fuistes para el engaño y la intriga; lucha y escribe, y cuando tus fuerzas se extingan, ten valor para sufrir el más horrible desengaño.

»Sentí una sacudida violentísima, y me encontré en la hondonada donde había dejado mi cuerpo reclinado sobre una piedra, me apresuré á escribir y escribí velozmente, pero de una manera poco menos que ininteligible.

»Volvieron mis hermanos, y Benjamín repasando mi escrito, dijo con asombro:— ¡Qué mal escribes ahora! no se entiende nada.

»Emprendimos de nuevo la marcha y yo iba muy triste; mis hermanos procuraron distraerme, pero no lo consiguieron; volvimos á la casa de campo donde curé al niño idiota, y me retiré á mi aposento inme-

diatamente: quise dormir, pero no pude; ví todos los actos de mis existencias anteriores, ví cuando yo era una mujer perdida... ¡qué vergüenza! ¡qué horror! ¡qué suplicio! me desperté malísima... ¡había visto tantas infamias! ¡tantas bajezas! ¡tanta degradación! ¡tantas miserias!... Mis hermanos, al verme tan enferma, se detuvieron en aquel lugar hasta que yo estuviera mejor, y el niño que yo curé fué mi constante compañero... ¡Cuánto me quería! ¡y qué inteligencia tan clara tenía! Comprendió, desde luego, que la mujer que él llamaba tía, era su madre, y me decía con vehemencia:

»—¿Es verdad, que es mi madre?

»—Sí, es tu madre, porque te ama.

»—No, no; no es eso, es mi madre por naturaleza, pero... su marido no es mi padre.

»—¡Calla, desgraciado!

»—No, si nadie nos oye, pero yo quiero convencerme que ella es mi madre; lo necesito.

»Yo le ví tan obstinado, que temí un retroceso en su curación y le dije:—Sí, es tu madre, pero... de tu silencio depende su vida.

»—Descuidad, descuidad, yo se lo diré con mis besos; no hay necesidad de hablar cuando se siente.

»Mis conversaciones con aquel niño me servían de medicina, y él me decía sonriendo:—¿Verdad que nos hemos curado mutuamente?

»Lloró mucho cuando me despedí de él; su madre contuvo su llanto, pero sus ojos me dieron el adiós más tierno.

»Llegamos al hogar de mis mayores y allí mi hermano mayor redobló sus atenciones y me dijo:—Quiero confesarte lo que he sido para tí; antes no te quería, hoy te quiero, te protegeré y recuerda que cuando salgas de aquí dejas en mí un protector, un segundo padre; tú no me querrás mucho, porque yo en realidad no lo merezco.

»Al oír las palabras de mi hermano, tuve necesidad de llorar mucho, muchísimo, y tan copioso fué mi llanto, que él me dijo:—¿Te he ofendido?—No; es que tu amor fraternal me dará la vida; mira: mis bienes materiales son para tí, y cuando Benjamín termine su carrera, protégele, y de mi herencia emplea en él lo que tú quieras. Yo, para mí, poco necesito, y... ¡bendita la hora en que me has dicho que me quieres!

»Después de esta escena, volví á mi trabajo con nuevo ardor; cuando le dicen á uno que le quieren, ¡con qué placer se trabaja! hasta dediqué un canto á mis herma-

nos, canto que guardé, no tuve valor para leerlo.

»Seguí en mi casa respetada y atendida; vino Benjamín una noche muy triste, porque al día siguiente tenía que ingresar en la Academia y me dijo:—Me voy, mi deber me llama; que pienses en mí, que no me quieres como yo quisiera ser querido.

»—Cuando tengas tus amores ya me olvidarás y no te preocuparás si te quiero poco ó mucho.

»—¡Ah! no, no; sin tu amor yo no podría vivir; ya quiero á una joven de la nobleza para perpetuar mi nombre, pero necesito de tu amor para vivir; sin tí veo abismos y me veo rodando de peña en peña... ¡no me olvides! ¿oyes? ¡no me olvides!... Y yo decía: ¡Dios mío!... ¡Dios mío! ¡si él supiera que no me acuerdo de él!... pero me domé y le dije:—Te quiero, sí, te quiero, no lo dudes.

»—Bueno, ruega siempre por mí, porque, créeme hermana mía, yo no sé la causa pero... soy muy desgraciado.

»Se marchó Benjamín y yo... yo me alegré que se fuera, sin él respiraba mejor y como castigo á mi ingratitud, poco duró mi tranquilidad porque me dijo mi hermano mayor:—Prepárate, que tendremos muchas visitas, entre ellas, aquel amigo de

nuestro padre, con quien rompiste lanzas.

»—Pues entonces, si tú me lo permites, me iré; ese hombre me da miedo, me ha hecho mucho daño, mucho; tú no lo sabes.

»—¡Ah, no, no; quédate, yo te lo ruego, no te vayas, se ofendería, viene justamente porque tú estás aquí; es hombre muy poderoso y su enemistad es temible; si te vas, me perjudicarás mucho.

»—Entonces me quedaré.

»Llegó el amigo de mi padre con el séquito de un príncipe; se presentó ante mí con dulzura, diciendo en alta voz para que todos lo oyeran:—Estoy satisfecho de que me hayáis esperado, y os ruego que me perdonéis mi falta de conocimiento en no haber comprendido á tiempo vuestro valor, y se volvió á mi hermano diciendo:—Vuestra hermana será gloria de nuestra religión y de nuestra patria.

»Yo le hice presente que mi credo me ordenaba perdonar las ofensas, y traté de corresponder á su inusitada amabilidad.

»El y mis hermanos se fueron de cacería, y cuando volvieron, me dijo el amigo de mi padre:—Quiero hablar con vos, no para mortificaros, no para ofenderos, sino para ensalzar la virtud y el talento de una mujer.

»Al día siguiente me llamó, y ante él me creí muy pequeña, ni valor tenía para sentarme, y él me dijo:—Sentáos, estáis muy impresionada, recordáis involuntariamente lo mucho que os he ofendido, pero al ver mi dulzura ya no miráis en mí el enemigo; y os véis muy pequeña, porque iguala vuestra modestia á vuestro talento; hoy, en memoria de vuestro padre, ved en mí á un amigo, á un protector, pero no me creáis más grande de lo que soy; sois más grande que yo en vuestras concepciones, lo que yo soy es más instruído que vos.

»Sus palabras me tranquilizaron, y dueña de mí misma le miré frente á frente sin temor y sin arrogancia; él con su indisputable talento había equilibrado mis fuerzas; él habló mucho, y concluyó diciendo:—Hoy en la religión se trabaja *mal y para el mal*, yo oigo muchas quejas, y se necesita en esta época de hipócrita descreimiento, que álguien levante la voz. Entre los hombres de nuestro tiempo, hay lumbresas, hay sabios, pero... no hay almas virtuosas, y se necesita una inteligencia grande, y un alma buena como la vuestra. ¿Estáis dispuesta á obrar en bien de la humanidad?

»—Sí; estoy dispuesta, tanto es así, que mi salida del convento obedece á tan no-

bles deseos; una dama que vos debéis conocer, que se sienta muy cerca del trono, me consiguió el permiso para dejar la clausura y me ha ofrecido su valiosa protección.

»—Con mi protección, no necesitaréis el apoyo de nadie; mucho más, que esa mujer quiere el escándalo, y yo quiero el orden más perfecto, la moralidad en absoluto.

»—Entonces... ¿seré realmente protegida por vuestro valimiento?

»—Lo seréis, pero preparaos para trabajar; donde haya vicios que corregir estaréis vos, donde se pronuncie el santo nombre de Dios en vano, allí resonará vuestro anatema.

»Durante muchos días me estuvo dando instrucciones; ¡qué bien conocía aquel hombre el corazón humano! era un pozo de sabiduría y de amarga hiel; mientras más hablaba más se engrandecía ante mí, ¡era un sabio!... y había leído tanto en las conciencias como en los volúmenes; al despedirse se quitó un anillo riquísimo que ostentaba en su dedo índice y me dijo con gravedad:—Ponedlo en vuestro dedo, y en las horas de tribulación, cuando os persigan, cuando os infamen, cuando os acusen, presentad ese anillo y aterrados enmudecerán, y vos sin descanso trabajad en bien

de los pobres, de la religión, de nuestra patria y de su rey. Sois la llamada, sois la elegida, responded al llamamiento, que de no hacerlo así, se os pediría estrecha cuenta de vuestros actos; vuestro padre os bendice, y yo os hago mi aliada; trabajad sin demora, que para los buenos trabajadores serán las abundantes cosechas.»





XL

CUANDO se hubo marchado mi nuevo protector, quedé libre de las exigencias sociales y me quedó más tiempo para reflexionar sobre los múltiples cargos que me habían conferido. Hablando ingénuamente, me puse orgullosa con mi elección porque es muy grato ser preferido, aunque la preferencia acumule sobre nosotros trabajos y responsabilidades; ser algo en el mundo, es la aspiración natural de todo aquel que se precia de entendido, y yo que trataba de serlo, me puse contentísima, haciendo firmes propósitos de elevarme por mis buenas obras, como antes había procurado hacerlo por mis constantes estudios. Me dejaban ancho campo para maniobrar, no ponían límites á mis trabajos y yo me dije á mí misma: pues, ¡adelante!

»Ordené mis pensamientos, y oí una voz que me decía:—Piensa bien en las *necesidades* de los plebeyos, y en las *viciosida-*

des de los grandes.—Aquella advertencia me fué muy útil, puesto que por ella pensé inmediatamente en fundar un *Refugio* para las huérfanas, tratando de que la ceremonia de colocar su primera piedra, fuera un verdadero acontecimiento para todas las clases sociales. Consulté con mi hermano mayor, y éste me dijo:—Te ayudaré en todo y por todo, hasta con medios materiales, que todo te lo mereces.

»—Bueno, (le dije á mi hermano); me voy y no sé aún dónde me dirigiré; deseo pongas en mi seguimiento dos de tus mejores servidores, que me guarden sin ir muy cerca de mí, y el conductor que me guíe que sea de toda tu confianza.

»Mi hermano, se hizo cargo de cuanto le dije y puso á mi disposición cuanto le pedí; marché, al fin, despidiéndome de mi hogar paterno como nunca lo había hecho, llevando en mi mente recuerdos dulcísimos de mi familia; subí en una dócil y amaestrada caballería, diciéndole á mi conductor, hombre entrado en años y muy campechano:

»—¡Qué hermoso es el campo! me parece que recuerdo estos sitios, y... decidme: yo quiero visitar á muchos pobres, á muchos desgraciados.

»—Pues por eso, señora, no os apuréis,

que pobres y desgraciados brotan en todas partes como la mala yerba.

»—Es que yo quiero detenerme en aldeas miserables.

»—Pues si eso es lo que abunda, señora; al mediodía llegaremos á un pueblucho, que es muy bonito por fuera y muy feo por dentro.

»Efectivamente, llegamos á un lugar montañoso, donde las casitas escalonadas en la montaña parecían blancas palomas en nidos de flores, tantas eran las florecillas silvestres que se balanceaban en los ribazos y las plantas aromáticas que trepaban y se enredaban en los añosos árboles. Llegamos á la posada y allí descansamos y tomamos el alimento necesario; en cuanto comí, quise salir á paseo; mi conductor quiso acompañarme pero yo quise ir sola, segura que á prudente distancia irían los servidores de mi hermano.

»Paseé largo rato, admirando la belleza de aquel lugar, la frondosidad de la campiña, que contrastaba dolorosamente con los habitantes de la aldea, pues todos parecían enfermos por lo pálido y demacrado de su semblante, hasta los niños eran endebles y raquíticos ¡pobrecitos! Me senté al fin junto á una casita, y un grupo de chiquillos que allí jugaban interrumpieron

su juego y me miraron con la mayor extrañeza; algunas niñas más atrevidas, llegaron hasta mí, tocaron mi largo manto, y una de ellas me dijo sonriéndose:—¡Qué bonita eres!—Yo premié con un beso su salutación, y aquel beso me atrajo el grupo infantil; todos los niños me rodearon, entablándose entre ellos y yo el más animado coloquio; me fueron diciendo sus nombres, y yo les iba adivinando los años que cada uno tenía; sus gritos de asombro atrajeron á las mujeres y pronto me ví rodeada de un triple círculo.

»Mirando á todos lados me fijé en una jovencita (casi niña) pálida y triste, iba cubierta de sucios harapos, y era la única que no me miraba. Yo la miré mucho, y me pareció muy buena, me levanté, y dirigiéndome á la niña la dije:—Creo que te conozco. La niña se ruborizó y me contestó con voz débil:—No podéis conocerme, porque nunca he salido de aquí.

»—No importa, te conozco desde este instante, y te conozco tanto, que ó mucho me engaño ó tú eres muy desgraciada.

»—¡Cá! ¡cá! no señora, (dijo una anciana), esa muchacha es una pilluela, ¡si la conocierais!

»—¿Tiene padres?

»—No, señora.

»—¿Y hermanos?

»—Como si no los tuviera, porque están sirviendo al Rey.

»Yo dirigiéndome á la niña la dije:—¿No es verdad que tú quisieras ser buena?

»La jovencita rompió á llorar amargamente, y yo la dije:—No te apures, hija mía, yo te ampararé; y hablé mucho sobre la práctica de la caridad; la niña no cesó de llorar, hasta que yo ciñendo con mi brazo su delgada cintura dije á los demás:—Me llevo esta niña.

»—¡Ah! eso no; (dijo la anciana que la había acusado), esa niña me pertenece.

»—Pues si es tan mala, ¿para qué la queréis?

»—Eso no es cuenta vuestra, y además, ¿quién sois vos? ¿qué sé yo si sois una mujer que busca niñas para comerciar con ellas?

»—Tienes razón, mujer, tú no me conoces, pero pronto sabrás quién soy; vamos niña, vamos, ¿tienes miedo de mí?

»—Sí, señora.

»—¿Por qué?

»—No lo sé.

»Me impresionó aquella franca confesión y repliqué.—Ya perderás ese miedo, ahora ven y cenarás conmigo, y cenarás muy bien. Ante promesa tan halagüena, la ni-

ña se dejó querer, y yo le fuí diciendo por el camino que la ampararía y la haría feliz.

»Llegamos á la posada seguidas de la muchedumbre que se disolvió cuando nos vió desaparecer dentro del caserón. Ya en mi cuarto, hice que nos sirvieran una abundante cena, y la niña hambrienta comió primero con gran timidez, mas tantos fueron mis ruegos, que la infeliz, perdiendo la cortedad, comió con avidez, con la avidez del hambriento. ¡Cuánto daño me hacía verla comer! era la confesión más explícita de una vida de tormento y de horrible miseria, aunque sus repugnantes harapos ya publicaban su desamparo.

»Después de cenar, la niña se animó y me contó sencillamente sus cuitas, lamentándose que la vieja que la tenía recogida le daba unas palizas horribles, que tenía el cuerpo acribillado de golpes; quise ver si era verdad, y efectivamente, la infeliz criatura no había mentido; menos la cara y las manos su cuerpo era el de un Ecce-Homo, lleno de cicatrices, de grandes cardenales y de pequeñas heridas de las cuales manaba sangre que se coagulaba en sus bordes. ¡Pobre niña! había sido una mártir; de pronto, cuando la víctima me contaba sus penas, entró en la habitación su verdugo gritando desaforadamente para

que le devolviera la niña, y tan furiosa estaba, que se arrojó sobre mí, me arañó el rostro y mis servidores acudieron á sus gritos y hubo necesidad de hacer venir al alcalde con quien sostuve un serio altercado, porque el infeliz no sabía dónde tenía la mano derecha; tuvo que venir el juez del partido, que al presentarle mi anillo se postró en tierra, porque en él estaba grabado el sello real, y dió orden á todos los que allí estaban que obedecieran mis órdenes como si yo fuera el mismo Rey. Redujeron á prisión á la furiosa vieja, y yo dí orden que la trataran bien, que yo pagaría su manutención.

»Después de tantas peripecias nos acostamos y la pobre niña se durmió en seguida; su sueño reposado y tranquilo me llenó de alegría, y al día siguiente la dije:—¿No tienes otra ropa que la puesta?

»—No, señora, y como no llevo camisa, no he podido lavarla.

»—No te apures, todo se andará, ya te lavaré yo misma y te haré hacer inmediatamente dos vestidos que aquí no faltará quién los haga; mientras te los hacen, no perdamos el tiempo, salgamos al campo, y paseando me dirás, si hay aquí algunos enfermos.

»—Sí, muchos; aquí siempre hay atacados de calenturas malignas.

»—No, yo te pregunto por esos enfermos de muchos años que no se pueden mover.

»—¡Ah! ya sé, si que hay una mujer que está tullida no sé cuántos años, yo nunca la he visto andar.

»—Pues llévame á verla.

»—¿A verla? si nadie va; la comida (cuando se la llevan), se la ponen sobre un manojo de cañas y sin entrar en la choza se la tiran encima porque allí dentro está la peste.

»—¡Qué más peste que la humanidad! ¡llévame, llévame cuanto antes al tugurio de esa desventurada!

»La niña me condujo por muchos vericuetos hasta que llegamos á una cueva; entré en ella y en un rincón ví un bulto, un montón de harapos, que nadie hubiera creído que allí había una persona; estaba encogida como un caracol; al verme murmuró con débil acento:—Dejadme, á ver si me puedo acabar de morir.

»Me incliné á mirarla, y entonces la enferma me miró, pintándose en sus ojos el mayor asombro.—¿Qué tenéis?

»—No sé, no acabo de morirme; hace muchos años, muchos, (ya he perdido la

cuenta), que estoy aquí sin poderme levantar; le he rogado á Dios día y noche y Dios no me oye, ¡se habrá muerto!... y la mujer quiso reírse irónicamente ¡y me horrorizó la expresión de sus ojos!, ¡cuánto odio revelaban!...

»—¿Y no viene el médico del pueblo?

»—¿Médico? ¿médico quiere usted decir?... pues si el alimento me lo dan en la punta de una caña... si aquí está la peste, ¿usted no lo sabe? por eso habrá venido.

»—Ya sé lo que hay aquí; por eso he venido, porque Dios no abandona á ninguno de sus hijos.

»—Pues entonces yo no seré hija suya, porque me tiene completamente abandonada.

»—No blasfemes, mujer, no blasfemes; es que habrás pecado mucho en tu juventud, ó que habrás hecho pecar á otros.

»—¡Maldito sea! murmuró la mujer y miró al techo con la mayor ira.

»¿A quién maldecía? no lo sé; no era entonces ocasión de preguntárselo; me incliné más hacia ella y la dije:—No maldigáis, que con vuestras maldiciones no me dejáis obrar; vamos á ver, moved un brazo, (la mujer lo movió), moved la cabeza, (y la movió también); entonces levanté sus harapos, y nunca he visto más inmundicia

junta, los gusanos hormigueaban contentos de su festín... ¡qué horror!... ¡y allí había un alma que sentía! ¡allí había una inteligencia que creía en la muerte de Dios!...

»—¿Quieres, (la dije á la niña que permanecía fuera de la cueva), ayudarme á levantarla?

»—¡Ah! no, no; ese cuerpo es muerto.

»—¡Muerto, no,! (dijo la enferma), yo creo que si me cuidaran me salvaría, porque hay momentos que yo siento en mí... no sé... no me puedo explicar pero... yo no estoy muerta.

»—Tenéis razón, y en prueba de ello, dadme vuestras manos; se las tomé, y aunque temblaban las mías, sentía correr por mis dedos oleadas de fuego, viendo sobre ellos llamas azuladas; aquel fuego se comunicó á mis brazos, y á todo mi ser; me ví envuelta entre llamas que no me quemaban, y uniendo la acción á la palabra, dije:—¡Mujer! ¡levántate! y la mujer se levantó lanzando un grito de alegría y de espanto, grito terrible, grito que asustó á la niña que salió huyendo gritando á su vez. La tullida que parecía un esqueleto, al ver que estaba completamente desnuda, la hice que se acostara de nuevo diciéndole:

»—Así no podéis venir conmigo, espe-

radme que yo volveré y traeré todo lo necesario, y ahora, ¿creéis que *vive* Dios?

»—¿Qué si creo? si para mí sois Dios, sólo Dios resucita á los muertos.

»—No, tu cuerpo no estaba muerto, porque nada hay muerto en la creación; confía en mí.

»Volví inmediatamente á la posada, hice que viniera el alcalde y le ordené que se cuidara (pagándolo yo), á la infeliz tullida; me obedeció dócilmente, y, cuando volví á la cueva de la enferma volvió de muerte á vida; sobre paja limpia habían extendido buenas mantas, sábanas y un cobertor; dos mujeres, una de noche y otra de día acompañaban á la enferma; el médico la visitó, pero sus visitas de nada servían; era mi voluntad, era la fuerza que me daban los invisibles lo que obraba maravillas con aquella infeliz, que en muy pocos días conseguí levantarla y sacarla á paseo; la infeliz el primer día que salió no sabía si llorar ó reír, si cantar ó rezar, si abrazarme ó besarme los pies; su júbilo fué inmenso; la niña también me miraba con el mayor asombro y me decía:—Yo no creía en la resurrección de los muertos, pero ahora sí creo.

»—A mí no me basta que creas, quiero

que me ayudes en mis buenas obras y en ésta no me has ayudado.

»—Es verdad, me espanté, lo confieso.

»—Pues en la primera ocasión que se presente me ayudarás; no pienses nunca en el mal que te han hecho, sino en el bien que puedes hacer.

»La enferma fué adelantando en su curación de un modo maravilloso; su arrugada piel de un color ceniciento, fué cambiando de matiz, la nutrición se operaba en ella á ojos vista, y tuve que sostener con el médico serias polémicas, porque él me decía que era rayano en la temeridad mi proceder, á que yo le replicaba, que él había rayado en la inhumanidad, abandonando á aquella infeliz, cuando tenía obligación de atenderla, puesto que no tenía otro deber que cumplir; hasta el cura del pueblo intervino en aquel asunto, reconviniéndome por haber ido á un lugar apesado, donde era más fácil recoger mal que bien. Yo lo miré con lástima y no quise enemistarme con él, pues ya estaba escarmentada de los pequeños enemigos; me contenté con hacer valer mi autoridad y en verdad que mi anillo producía verdaderos milagros, porque todos me obedecían sin replicar.

»Cuando ví que la enferma se sostenía

bien en pie, le propuse venirse conmigo, ya que de aquel pueblo sólo tenía amarguísimos recuerdos; la infeliz me aseguró que me seguiría al fin del mundo, que me serviría de rodillas, porque yo era su Dios; y efectivamente, aquella mujer me miraba como ningún idólatra miraría á su Dios; sus ojos parecían de fuego, y miraban tan fijamente, que hasta lastimaba su fijeza; sin embargo, yo sostenía su mirada porque en ella leía mil historias, ¡cuánto se veía en aquellos ojos! asomaban á ellos todas las amarguras, todos los rencores de la enferma abandonada; yo creo que si hubiera podido manejar un hacha bien afilada, hubiera cercenado todas las cabezas de los que la abandonaron, ¡cuánto odio revelaban sus ojos! en cambio, cuando me miraba se le llenaban de lágrimas, se ponía triste y alegre, y yo mirándole á ella y á la pobre niña, limpia y vestida humildemente, sin aquellos repugnantes harapos, sin aquella expresión de amargura en su lindo semblante, daba gracias á Dios y decía:— Estas dos infortunadas serán las primeras piedras sobre las cuales levantaré mi *Refugio* para las huérfanas. ¡Qué bueno es hacer bien!... ¡qué bueno es buscar á los desgraciados! ¡qué inútil en cambio es la vida en la reclusión!... ¡sin ver penas!... ¡ni oír

quejas! ¡sin conocer las miserias humanas! creo firmemente que no se puede conquistar el reino de los cielos, sin antes haber saneado el infierno de la tierra.

»Quiero hacer constar, que al referir las curaciones que hice en mis múltiples existencias, y muy especialmente en la última que estoy refiriendo, no es para darme visos de *santidad*, pues bien claramente he referido, que pasé por todas las humillaciones y las degradaciones del vicio antes de conocer la grandeza de Dios; quiero demostrar únicamente, que en la naturaleza, (arsenal del infinito), se encuentran fuerzas disponibles, que puede hacer uso de ellas todo aquel que tiene buena voluntad y firme propósito de ser útil á sus semejantes. Si yo dispuse de ellas, que tan pocos méritos tenía, ¡cuántos milagros podrán hacer los que ya no se acuerden de haber pecado! ¡los que cuentan siglos y siglos de ascensión continua!... ¡todo es luz en la creación! ¡bendita sea la luz! ¡porque ella es la imagen de Dios!»





XLI

ESTUVE unos cuantos días más en aquel lugar ocupándome en atender á las necesidades más apremiantes de los enfermos, y mientras estuve allí, como si una aurora de protección irradiara en torno mío, como si una fuerza prodigiosa me animara, como si una legión de espíritus angélicos me dirigiera palabras de consuelo y de esperanza, lo cierto es, que hice verdaderos prodigios, pues yo tan débil y tan imperfecta, hice mucho bien con mis palabras y mis hechos; moralizé á muchas mujeres; no así lo conseguí con los hombres; á los viciosos y á los holgazanes no se les puede redimir tan fácilmente; están tan apegados á sus vicios, que necesitan muchas existencias para renacer á la vida del espíritu.

»Con la enferma ya curada, con la buena mujer que no sabía dónde ponerme, tan agradecida estaba de haber vuelto de la

muerte á la vida, y la niña salvada de la miseria y del martirio, con aquellos dos seres buenos y sencillos, la bondadosa Marta y la humilde María, emprendí mi marcha nuevamente, dejando á mi conductor, pues ya no me eran necesarios sus servicios, por ser Marta muy conocedora del país y llevar de retaguardia los dos servidores de mi hermano.

»¡Qué modo de viajar tan delicioso! Marta y María me habían tomado tanto cariño que parecían carne de mi carne y huesos de mis huesos; ¡qué atenciones tan delicadas tenían conmigo! ¡cuánto bueno hay escondido entre la miseria y el abandono! ¡cuántas almas, como pájaros sin alas, viven fuera de su medio ambiente!... ¡qué contenta estaba de mis buenas obras! ¡qué compañeras tan agradables eran para mí Marta y María! la una por su experiencia, la otra por su inocencia y su candor.

»Llegamos á otro pueblo y allí pregunté si había víctimas del dolor; un hombre me dijo con amargura:—¿Por dolores pregunta usted, señora? ¿de qué país viene? si este mundo es un puro dolor; aquí tenemos enfermos de sobra y pobres con tal abundancia, que no sabemos qué hacer para remediar tantas penas, pero en particular hay una familia que es digna de com-

pasión, una pobre viuda con cuatro hijos; el mayor es un joven que apenas nació comenzó á sufrir horribles convulsiones, sufre espantosamente y él ha sido la ruína de su familia; su padre murió de pena y su madre y sus tres hermanas han llegado al extremo de la miseria, porque han gastado cuanto tenían en hacer venir médicos para que vieran á su pobre enfermo, que pasa la vida en la cama, y la mitad del tiempo atado, porque cuando le da la convulsión, se levanta en el aire y parece que quiere volar; aquello es espantoso, por eso lo atan cuando conocen que le va á dar el ataque, y el infeliz maldice entonces la hora en que nació y le quiere pegar á su madre, en fin, no hay desgracia mayor que la de esa pobre familia, ¡son tan pobres!... ¡y tan buenos al mismo tiempo!... que, vamos, hay cosas que no sé como Dios las permite.

»—Pues acompáñeme enseguida á ver á esos desgraciados, y veremos á ver lo que puedo hacer por ese enfermo; si me es posible quitarle los accidentes.

»—Señora, ¿está usted en su juicio? si han venido los mejores médicos y todos han dicho:—*Aquí no hay nada que hacer.*

»—Es que para Dios no hay nada im-

posible; y si ese infeliz merece el término de su expiación, su expiación terminará.

»—No, señora, no; podrá usted aliviar su miseria, (y hará una buena obra), porque el enfermo come más que toda la familia junta, y le digo que están pereciendo y como es gente que han estado muy bien, su pena es mayor, porque creen que la pobreza deshonra.

»—Pues vamos cuanto antes; el buen hombre me miraba muy sorprendido y moviendo la cabeza en señal de incredulidad, dijo:—Vamos; y echamos á andar seguidos de Marta y de María.

»Llegamos ante una casita muy limpia, rodeada de flores, entramos y la madre del enfermo nos recibió con triste amabilidad; sus hijas, débiles y enfermizas, revelaban la amargura de su vida, mi guía les hizo presente mi pretensión de curar al enfermo, y las pobres mujeres se sonrieron amargamente, moviendo la cabeza como quien dice: ¡pretensión vana! ¡se han agotado todos los medios! Entramos en una habitación muy limpia, donde no había más que unas cuantas sillas y una cama con las sábanas y almohadas más blancas que la nieve, y dentro de aquel nido estaba el joven enfermo, fuertemente atado, pues hacía poco que había tenido el acci-

dente; parecía dormido, le toqué la frente y se despertó, me miró el vestido, no el rostro, y le pregunté:

»—¿Hace mucho tiempo que sufres?— Me miró fijamente, hizo esfuerzos para hablar y dijo al fin:

»—No puedo, me oprimen, me cortan las carnes, me desgarran la piel, ¡me matan! ¡me matan!

»—¡Por Dios! (me dijeron las mujeres) no le hagáis hablar.

»—Dejadme obrar, quiero curarle, si él quiere curarse.

»—¿Qué si quiero? (dijo él); sí que quiero curarme ó morir; y entonces blasfemó, gritó, rugió, ahulló, y al fin se quedó tranquilo, se sonrió burlonamente y me dijo:

»—Vamos, si eres tan valiente, cúrale, aunque más valiera que te volvieras al convento porque aquí nada tienes que hacer, deja sufrir á los que sufren; yo al oír aquellas palabras sentí fuerzas gigantescas, corrientes de fuego circularon por mis venas, mis ideas eran luminosas, sentí desbordarse en mí un amor inmenso hacia los que sufrían, y mientras en mí se operaba aquel fenómeno, el enfermo deshizo sus ligaduras con la rapidez del rayo, y yo oí la voz de siempre que me decía:—¡Cú-

rale!... ¡adelante! ¡no temas! Y en verdad que bien necesitaba que me dieran ánimo, porque espantaba ver el cuerpo del enfermo como rechazaba mi fluído; á mis pases magnéticos respondía con sacudidas violentísimas, el cuerpo resbalaba, caía y se levantaba y volvía á caer, y yo decía:— Quiero que se cure y se curará; y el enfermo rugía desesperadamente, y me insultaba del modo más grosero; pero yo comprendía que eran estallidos de los malos genios que abandonaban á su víctima; tras una lucha verdaderamente horrible, el enfermo quedó como muerto; le puse la mano en la frente y la tenía helada, fría, con ese frío que sólo se apodera de los muertos. Tuve un momento de vacilación, de cruel incertidumbre, pensé si se habría muerto, si habría yo confiado demasiado en mis fuerzas, y temblando interiormente, le dije: ¡Despierta!... ¡despierta! el joven abrió los ojos y me apresuré á seguir mi curación dándole pases magnéticos desde la cabeza á los pies, y entonces ¡cuán inmensa fué mi satisfacción! aquel rostro enjuto, cadavérico, se coloreó, sus ojos brillaron, sus labios secos se humedecieron, el suave calor de la vida fué quitando el entumecimiento á sus miembros, y blandamente se movió de un lado á otro, revelando su sem-

blante el más dulce bienestar:—¿Qué sientes? le dije.

»—He vuelto á la vida, he muerto y he resucitado; creo que hasta podría levantarme.

»—Pues levántate, incorpórate, siéntate en tu lecho.

»El joven sin el menor esfuerzo se sentó y entonces palideció, diciendo: ¡Ay, se me cae el corazón!

»Dirigí mi diestra al punto señalado por el enfermo, y pronto el joven exhaló un suspiro de satisfacción; de nuevo había vuelto á la vida.

»—¿Quieres bajar del lecho?

»—¡Qué si quiero!... ¡llegó ya el tiempo!

»—Sí, ha llegado, baja;—y bajó; ordené que le abrigaran, que le vistieran.—¿Con qué?—dijo una de sus hermanas—si nunca ha tenido ropa... si no la necesitaba... ahora sí que se la haremos!... y las pobres mujeres estaban tan asombradas que reían, lloraban, se abrazaban unas á otras, sin atreverse á tocar al enfermo, temiendo que se deshiciera el encanto. Hice acostar al resucitado y me quedé completamente anonadada, tan decaída me sentí, que pensé si algún espíritu maléfico se habría apoderado de mí, y oí la dulcísima voz de un niño que me decía:—¿Pides males y obras

bienes? tú deliras, gózate en tus obras sin enorgullecerte, pero goza en tus hechos; y entonces ¡cuánto lloré! lloré de amor, de reconocimiento. Marta, viéndome llorar, decía:—¿Lloráis y sois la Providencia de los enfermos? con su voz me animé y la dije:—Es que oraba, y en verdad que mentía, porque en aquellos momentos fuí tan ingrata, que no supe dar las gracias á Dios; ¡me avergüenza mi ingratitud!...

»Cuando salí de la casa, todos me bendijeron; quisieron besarme las manos y yo estreché contra mi corazón á aquellas cuatro mártires de la miseria y del dolor, asegurándoles que sus penas habían terminado.

»Me apresuré á volver á la posada y me encerré en mi cuarto; necesitaba estar sola; hay momentos que se necesita la soledad para hablar con Dios, y le dije:—¡Señor! ¿qué ha pasado? ¿quiénes fueron aquellos seres que tanto mortificaban á aquel infeliz?

»Al hacer yo tal pregunta me pareció ver una lluvia de chispas luminosas, y sentí agudos silbidos, rugidos de fieras, ahullidos extraños, pero yo dije:—Es inútil vuestro trabajo, seres imperfectos; no hay más infierno que el remordimiento del culpable; no hay más fuego que el fuego

del amor; y de nuevo se repitieron los silbidos, los rugidos y las maldiciones, mas yo repetí:—No, no; no me haréis creer en la existencia de seres infernales; en la creación no hay más sombra que la sombra del delito, pero el delito no es eterno, el pecador se arrepiente, y el arrepentimiento es luz; y recobrando mi serenidad seguí viendo la lluvia luminosa hasta que sentí lo que otras veces había sentido, que al parecer me elevaba en el aire, y me ví flotando en la atmósfera; era azul cuanto me rodeaba, y encantada exclamé:—¡No hay más que tú, Dios mío! ¡no hay más que tú! tú que te envuelves con el manto azul del firmamento; cuando ví que en la atmósfera azulada que me envolvía, se abría un hueco más azul todavía que mi envolvente; aquel hueco se fué agrandando hasta formar una bóveda grandiosísima, que se fué llenando de oleadas luminosas, y en medio de ellas ví la figura de siempre, la imagen hermosísima de *El* y llegó tan cerca de mí, que sentí hasta su aliento, y ¡no sé entonces lo que sentí! acepté su mano que era un haz de luz y me dijo:—No dudes, ya sabes lo mucho que te quiero; por fin ya vas haciendo mis obras; ya ves, aquellos que no me quisieron murieron y vuelven á estar en la tierra levantando

iglesias que no son mías; tú, por tu parte, edifica, que ya harán contigo lo que conmigo hicieron.

»Yo al oírle, me acercaba á *El* más y más, pero *El* retrocedía más y más, y yo le dije con dolor:—¿Por qué os alejáis de mí?—Porque no es éste el camino para acercarte á mí, tu camino es el dolor y el deber.

»—¡No me abandonéis, Señor! ¡Mi Dios, tened misericordia de mí!

»—No soy Dios, soy uno de sus profetas, no me adores como á Dios.

»—Pero si yo no he visto nada más hermoso que vos, dejadme adoraros.

»—Mujer, Dios palpita en la Creación, no me adores.

»—Bueno; no os llamaré mi Dios, os llamaré ¡mi amor! y al decir yo esto, tomaron sus ojos una expresión, una dulzura, un sentimiento... ¡qué ojos aquéllos!... ¡me enloquecían!... ¡me arrebatában!... ¿cómo me quedé?... mi *yo* se iba con *El* ó se quedaba su *yo* conmigo? ¡Ay! aquello era vivir mil siglos por segundo, y morir no sé cuántas veces en un instante; mirando sus ojos me quedé dormida, y entonces contemplé mi cuerpo con sentimiento, con ternura, con pena; me daba mucha lástima de mi envoltura, no era fea, no, su

conjunto era agradable; miré con cariño aquel instrumento que me servía dócilmente, compadecí su privación de goces terrenales, porque era un cuerpo fuerte y vigoroso que hubiera resistido todos los embates de la maternidad, ¡pobre cuerpo mío!... en torno de él ví muchos espíritus que luchaban entre sí, otros gemían; ¡cuánto ví!... después... completo reposo.

»Desperté contenta, alegre y tranquila, motivos tenía para estarlo; hablé largamente con Marta y María sobre mis planes futuros. Visité á muchos enfermos, y por indicación de Marta, fuimos á un pueblo pequeñito, donde ella tenía una amiga de su juventud, que no la veía desde que cayó enferma. Efectivamente, encontramos á la amiga de Marta, que era una viejecita muy agradable. Se asombró de ver á Marta, pues había llorado su muerte años atrás; me miró con mucha fijeza y me dijo:— ¡Cuánto hay en esos ojos!... tú puedes hacer mucho... y entablamos las dos una conversación tan útil y tan interesante, que las horas á su lado me parecían segundos, ¡qué bien comprendía aquella viejecita la vida espiritual! negaba el cielo y el infierno, y aceptaba las existencias sucesivas y el progreso indefinido del alma. Hizo un examen de conciencia admirable; descubrió

su vuelta al espacio, que parecía que ya estaba en él, y me dijo por último:—Nos volveremos á ver, porque en cuanto pueda, me presentaré á tí, y tú me verás porque tus ojos ya están acostumbrados á ver las almas! ;Has visto tantas y las que verás!

»Por aprender, me quedé muchos días en aquel pueblecito, y la viejecita decía muy contenta:—Por fin he hablado en este mundo con una persona que me entiende; lo que te he dicho á tí no se lo he dicho á nadie, porque nunca he salido de este rincón, y aquí nadie me hubiera entendido, me hubiesen creído loca y he vivido encerrada en mí misma, recordando indudablemente lo que en otro tiempo aprendí.

»Cuando me despedí de la viejecita, sentí la misma impresión que si dejara á un antiguo amigo, y de muy buena gana me la hubiera llevado conmigo, pero ella me dijo sonriendo:—Ya es tarde; mi cuerpo es un montón de ruínas, tampoco te haré falta, porque llevas contigo buenos elementos. María es una niña buena, emplea sus fuerzas.

»—Eso quiero yo, replicó la niña, si Dios es el que hace las curaciones que yo he visto, y sólo basta querer para curar; yo quiero ser útil á mis semejantes.

»—Y lo serás, la dije, pide á Dios aliento y Dios te dará fuerzas.

»—Sí te las dará; replicó la viejecita; y como si en aquellos momentos estuviera inspirada, nos abrazó á las tres en un solo abrazo exclamando:—¡Benditas sean las almas de buena voluntad!...

»La bendición de aquel sabio ignorado, me conmovió profundamente, ¡cuánto valía aquel espíritu! admirándole y recordando sus instrucciones, me puse en camino para una ciudad; quería en un centro más grande engrandecer mis trabajos... aunque bien considerado, nunca sabemos dónde está lo grande ni lo pequeño, que á veces se encuentra donde menos se piensa, lo que yo encontré en la viejecita: ¡un sabio ignorado!»





XLII

Nos fuimos de aquel lugar y pasamos á otra población más grande, de más importancia; busqué albergue cómodo para todos y desde allí comencé á enterarme de las miserias de la gran ciudad. Dificil tarea me impuse, pues tropecé con muchos inconvenientes para saber lo que ocurría, por ser sus habitantes muy hipócritas y muy fanáticos; callaban como muertos antes de descubrir sus interioridades y llegué á cansarme de su obstinada reserva, empleando mi tiempo en pasear por el campo, donde había sitios muy deliciosos; allí la naturaleza era muy pródiga, daba flores y frutos en abundancia y árboles centenarios brindaban con su frondoso ramaje apacible sombra. Una mañana, salí sola y me fuí á un paraje muy ameno, donde nunca encontraba á nadie y podía entregarme más á mi gusto á mis meditaciones, que todas iban encaminadas á un mismo fin, á

mis vastos planes de fundaciones religiosas. De pronto, me detuve sorprendida, porque en un recodo donde había una plazoleta muy pequeña rodeada de toscas y anchas piedras, en una de ellas ví sentado á un anciano pobremente vestido, sus manos se cruzaban sobre un nudoso bastón medio extendido, y sobre sus manos se apoyaba su barba en tanto que sus ojos se fijaban no sé dónde, porque era tal su fijeza y su inmovilidad, que parecía que miraban sin ver; tan abstraído se encontraba el anciano en sus reflexiones, que muy amargas deberían ser, por el desaliento que se leía en su semblante; como el avaro que encuentra un tesoro, así me alegré yo de encontrar aquel nuevo ejemplar del dolor, y comencé á dirigir mis preguntas al pobre viejo, que sólo contestó á ellas con monosílabos, demostrando bien á las claras que le importunaban mis preguntas, y su desagrado subió de punto, cuando vió que me senté cerca de él y le dije:—¿Os estorbo?

»—Sí, señora; vine aquí para estar solo, y veo que ni aquí puedo estar tranquilo.

»—¿Sufrís mucho quizá? Leo en vuestros ojos penas y azares.

»—¿Sois gitana que adivináis dolores?

»—No soy gitana, que no se necesita serlo para leer de corrido en el corazón

humano, y leo en todo vuestro ser que sufrís mucho, muchísimo.

»—Pues sabéis leer muy bien, señora, porque estoy despreciado de todos, y... ¡todo me falta! hasta valor para pedir limosna; estoy harto de todo y de mí mismo, he luchado con todas las penalidades, nunca me he espantado, y siento espantarme ahora que poco debe quedarme de vida, porque soy muy entrado en años, y porque yo acortaré el plazo, que el mal camino debe andarse pronto.

»—No habléis así, no penséis en mataros, ¿para qué? después de tanta lucha debéis iros cuando Dios os llame, que vos no tenéis derecho de adelantar las horas en el reloj de la vida; y sobre tan hermoso tema hablé mucho y hablé bien; el pobre hombre me escuchó con mucha atención, diciéndome al fin con triste sonrisa:

»—La verdad es que me consoláis, pero... momentáneamente vuestro lenguaje me persuade, vuestras razones me convencen, pero esto se parece á los rayos del sol en un día de invierno, que duran poco; yo, señora, tengo el frío del hambre, y debo morir porque no puedo vivir, porque no tengo con qué alimentarme; me llevarán á un lugar donde á los hombres se les trata peor que á los perros guardianes de las casas

de campo, donde la suciedad impera, y no me encuentro con valor suficiente para vivir entre tanta miseria y tanta inmundicia.

»—Ya estoy contenta de haber venido aquí, porque os seré útil, me parecéis digno y venerable; me inspira respeto vuestro infortunio y remediaré vuestra imperiosa necesidad.

»El pobre viejo al oír mis palabras se fué acercando á mí diciendo:—Nunca he sentido una voz de consuelo, y eso que he tenido mucha familia, y si yo pudiera pedir, os diría: No me abandonéis ya que decís que tengo derecho á ese Sol, no me dejéis entregado á la inclemencia.

»—No temáis; yo os brindo mi amistad; acabaréis vuestra existencia amparado y respetado, y no me déis gracias á mí, dádselas á Dios, que es el padre de todos. Los ancianos, los débiles, los niños, son mi familia; esperadme que pronto volveré. Le alargué la mano, y el anciano, antes que yo pudiera impedirlo, la besó con el mayor respeto... con qué ternura me miró cuando le dije:—Adiós, hasta luego.

»Contentísima de mi encuentro, volví á mi albergue y la dije á María:—Ven conmigo; quiero que me ayudes en una obra buena; la niña me abrazó para demostrarme su regocijo, y las dos fuimos á comprar

lo indispensable para que se alimentara el anciano... María se encargó de arreglarlo todo, y nos fuimos las dos á encontrarle; cuando nos vió llegar, ¡qué contento se puso! ¡pobrecito! con qué afán miraba á María que le presentaba sabrosos manjares; todo lo encontraba bueno, y María contentísima de empezar su apostolado de la caridad se desvivía por dárselo todo muy bien partido, como si fuera un niño pequeñito que apenas supiera comer. Yo me retiré un poco para que el anciano comiera más á sus anchas, y observé que comía con finura y pulcritud, preguntándole á María si era mi hija.

»—No; dijo ella, pero la quiero más que si lo fuera.

»—¿Tienes padres?

»—No; tengo hermanos, pero éstos no se acuerdan de mí.

»—Entonces estás como yo; yo tengo hijos y nietos y huyen de mí, porque... ¡soy pobre!

»—No temáis, ya os vendréis con nosotras.

»¡Cuánto me gustaba ver aquel cuadro! María, como si toda su vida hubiera estado al lado del anciano, le hablaba con el mayor cariño, y él le contaba sus desdichas con la mayor naturalidad; ella le inspiraba

más confianza que yo; los niños y los viejos se suelen entender muy bien, se asemejan, la aurora y el ocaso tienen crepúsculo: también lo tienen los niños y los viejos, los niños con su inocencia, los viejos con su decrepitud.

»Terminada la comida, que aunque muy sencilla, para él fué opípara, me dijo muy contento:—Señora, estoy á vuestra disposición.

»—Bueno, pues, ahora bien comido y bien bebido, disfrutad de tan hermoso día y antes de anocheecer volved á este lugar, que María vendrá á recogeros y os acompañará á mi albergue; aprovechad las horas de sol, que el sol es el mejor amigo de los pobres en un día de invierno.

»Volví á la ciudad y entré en un templo y hablé con el Capellán mayor, preguntándole si había un Asilo para los pobres, al cual yo quería llevar un anciano.

»—Eso es difícil, señora, porque hay tantos que esperan turno, que pasarán años antes de entrar su protegido.

»—Bueno; de eso ya hablaremos; antes de todo, os ruego que me acompañéis á ver el Asilo.

»—Antes, señora, he de saber á quién acompaño.

»—No os importa saber mi nombre;

básteos saber que soy delegada de la *junta de damas nobles*, y en prueba de ello mirad, y le mostré mi anillo; al verlo, se quedó asombrado; me miró con algún recelo, y se puso á mis órdenes. Llegamos al Asilo y me quedé pasmada, ¡qué establecimiento benéfico! hay perreras más limpias y aseadas... ¡qué miserias, Dios mío! ¡qué lugar tan lóbrego! ¡qué mal olor! aquello era irresistible; ¡qué patio central! los pobres viejos estaban medio desnudos, llenos de inmundicia, de insectos, abundando en ellos las enfermedades cutáneas; las hermanas de la caridad tenían más traza de sepultureras que de enfermeras; pedí ver á la directora del establecimiento, y se presentó una mujer altanera y desagradable; el capellán me presentó á ella diciéndole el cargo que yo desempeñaba, y la mujer se puso más altiva aún. Yo le indiqué al capellán que su misión había terminado, y éste se retiró muy á pesar suyo; entonces la dije á la directora:

»—Siento deciros, señora, que esto no es una casa de beneficencia, es un montón de inmundiciás; aquí no hay limpieza ni en el sentido mas rudimentario.

»—No admito vuestras censuras.

»—Es que este establecimiento es repugnantísimo y si me quejo es que la razón

me sobra; vengo á dejar aquí á un pobre y quiero que no viva como un irracional, sino como deben vivir los hombres.

»—Pues parta usted del principio que aquí no caben más pobres, de consiguiente, nada tiene usted que ver con este Asilo, su pobre aquí no entrará, (y me miró con el mayor desprecio).

»—¡Infeliz! ignoráis con quién habláis, no tengáis tanto orgullo con esa toca, que si con ella os creéis *ser algo*, no sabéis mañana dónde iréis á morir, que en las comunidades religiosas se pasa muy fácilmente del sillón abacial á la mazmorra.

»—Soy noble.

»—Yo también, y es lástima que vuestra nobleza no os haya dado más que soberbia, y no la comprensión necesaria para compadecer el dolor de los necesitados.

»—Es que de intento no quiero compadecer, quiero que todos sufran por honra y gloria de Nuestro Señor Jesucristo.

»—Ya os haré entender después como se debe honrar la religión de Cristo; si es matando á los pobres por medio del hambre, de la suciedad y del frío, ó amparándoles y consolándoles y haciendo más llevadera su miseria con el sano alimento, con la limpieza y el abrigo necesario.

»La directora me miró con el mayor

desprecio y me volvió la espalda. Yo salí de aquel lugar verdaderamente afligida, ¡ví tantas infamias!... Llegué á mi albergue y le pedí á María que fuera por el anciano; llegaron los dos, y María le dió de cenar y le enseñó el cuartito que para él había preparado; el pobre viejo lloró de alegría, ¡qué hermoso es hacer el bien! no hay placer que le iguale; aquella misma noche le escribí á mi hermano dándole cuenta de mi plan sobre el Asilo, y mi hermano me contestó que no me ocupara de dicho establecimiento, que era meterme en la boca del lobo, pero yo insistí en mi propósito, y él cedió á mis ruegos y á mis razones, enviándome cuanto le pedí; mientras todo se arregló, me ocupé en estudiar las dos tendencias que dominaban en aquella población: la nobleza era católica, apostólica, romana y fanática hasta la exageración, y la clase media, judía de origen, hipócrita y avara, ¡cuántas miserias ví, Dios mío!

»Pasaron días, y al fin recibí un pliego lacrado que contenía la destitución de la directora del Asilo y el nombramiento de otra nueva superiora. Fuí al Asilo y al presentarle la destitución á su directora, ¡cómo se puso aquella mujer!... me insultó groseramente, me dirigió los epítetos más

calumniosos, me amenazó y hasta quiso pegarme, pero la contuve con mi voluntad, diciéndole únicamente que se fuera en paz.

»—No me iré; no me iré; me han de sacar arrastrando.

»—Salid del modo que os acomode, la autoridad eclesiástica se encargará de enseñaros el camino; y tuve que acudir á ella para que aquella furia infernal se decidiera á obedecer, pero al marcharse me amenazó diciendo que se vengaría de mí sin piedad.

»—Vino la nueva superiora y nos costó mucho á ella y á mí, poner en claro los medios con que se contaba para sostener el establecimiento, y en verdad que eran muchos; se contaba con saneadas rentas de cuantiosos legados; el Asilo era una rica fundación; poseía para su sostenimiento, buenas haciendas, inmensos terrenos de tierras laborables, molinos de aceite y harineros, y tanta renta se empleaba... en cometer el más horrendo de los crímenes: en hurtar á los pobres lo que legítimamente era suyo.

»—¡Qué cambio tan radical se operó en el establecimiento! se hizo limpieza general; sus paredes se pusieron más blancas que la nieve, hice poner fuentes por todas partes, arreglé y amueblé habitaciones, hice labrar la tierra de dos magníficos huer-

tos anexos al edificio, hice construir baños, doté al establecimiento de médicos, de botica, de todo el personal facultativo necesario para cuidar á centenares de ancianos, que volvían de la muerte á la vida; porque hice que se bañaran, que los vistieran con ropa nueva y que se quemaran todos sus harapos; y cuando todo estuvo arreglado, cuando aquel caserón parecía un paraíso, le dije al anciano que había estado en mi albergue todo aquel tiempo: Venid conmigo; el pobre viejo me siguió, y al entrar en el Asilo se conmovió, y me pidió clemencia, diciendo:

—No me dejéis aquí.

»—No temáis, no estaréis recluso, la superiora tiene las mejores intenciones respecto á vos, y saldréis diariamente, comeréis con ella, haceos cargo que viviréis con una hija; es una mujer buena, que está dispuesta á cumplir con su sagrado deber.

»—Pero y á vos, ¿cuándo os veré? Para consolarle mentí entonces, le dije que muy pronto volvería á verle; el pobre no sé si me creyó, sólo sé, que lloró como un niño cuando me vió salir y que la directora, al abrazarme, me dijo muy conmovida:—No temáis por ese pobrecito, le consideraré como si fuera mi padre.

»Cuando salí, miré el *rejuvenecido* edificio, blanco y alegre, y dije:—Aquí no he puesto la primera piedra, pero he dejado una buena administración; los pobres aquí acogidos, vivirán mucho mejor que antes, ¡pobrecitos! están limpios, abrigados, tienen camas, sillas, dos huertos hermosísimos donde poder pasear. ¡Gracias, Dios mío!

»Volví á mi hogar y me dijo Marta:—Estáis muy animada, pero creedme, en las grandes ciudades hay muchos ingratos.

»—No importa, aquí he podido hacer mucho bien; cierto es, que una vívora me ha jurado vengarse de mí, su odio me lastima, lo confieso, me espantan las explosiones del odio.

»Me acosté y pasé mala noche; no dormí ni ví nada bueno, al fin, oí una voz que me decía:—Adelante, no temas los odios de hoy, son las humillaciones de mañana; me dormí al fin, y muy entrado el día me desperté, y ví á Marta que me miraba sonriendo, diciéndome:

»—¡Qué hermosa estáis dormida! y aunque aquí penetran los rayos del sol, vos tenéis otra luz que os ilumina, tenéis luz propia.

»—No, Marta, no; soy demasiado imperfecta todavía para irradiar luz; si es que

no os engaña vuestra imaginación, si en realidad la luz me rodea, es el destello de otros espíritus, que Dios permite que á mí se acerquen.

»—¡Cómo que sois tan buena!

»—No, Marta, no; yo aún no soy buena.

»—Pues si todos fueran como vos, la tierra ya sería un cielo.

»—Y lo será; cuando la humanidad piense en amarse, no habrá necesidad de que vayan las mujeres por el mundo como voy yo, ni se necesitarán hombres que mueran en la cruz para salvar á la humanidad; la humanidad amándose, no necesitará de Redentores.

»—¡Qué bien se vivirá entonces! ¡dichosos los que estén en este mundo!

»—Ya volveremos á disfrutar de esa dicha, y ahora prepara todo lo necesario para ponernos en marcha, que quiero volver á casa de mi hermano, para que conozca á mis nuevas servidoras, y vea que mi trabajo es útil, pues María como es muy niña, tendrá tiempo sobrado de practicar el bien; y tú, como has sufrido mucho, me ayudarás á compadecer á los enfermos, y como eres muy agradecida, tu gratitud será el ramo de violetas que perfumará el ambiente de mi vida.

»Marta me abrazó llorando y sus lágrimas, cual rocío benéfico, inundaron mi rostro; María nos abrazó á las dos, y los ángeles debieron sonreír al ver el grupo que formábamos la inocencia, la gratitud y el deber.»





XLIII

REGRESÉ á mi casa solariega, donde fui muy bien recibida por mi hermano; me instalé en mi antiguo aposento; coloqué á Marta y á María muy cerca de mí, y durante muchos días me dediqué á escribir mis impresiones de viaje, consagrando sentidos recuerdos á todos aquellos á quienes había sido útil con mi buena voluntad. Escribí con tanta facilidad, que no me quedó la menor duda de que estaba muy bien inspirada, y así como otras veces después de escribir me quedaba rendida, en aquella ocasión, mientras más escribía mejor me encontraba, con más lucidez en las ideas, con más razón en mis argumentos, sosteniendo conmigo misma un diálogo interesantísimo; entre otras cosas me pregunté: ¿Cuál es el mejor sacerdocio? ¿Es bueno pasar la juventud sin pasiones, sin ilusiones mundanas, sin ensueños terrenales, y encontrar consuelo, únicamente am-

parando á los desvalidos y velando por los huérfanos? ¿Se debe preferir á todas las dichas de la tierra, el enjugar una lágrima? ¡qué bueno es hacer el bien!... Y todo mi ser se conmovía pensando en los inefables goces que proporciona la práctica de la caridad, virtud superior á todas las virtudes, amor más inmenso que todos los amores; estampando en el papel mis impresiones, y haciendo un concienzudo examen de conciencia, pasé largos días, y en tan buen ejercicio recuperé mis perdidas fuerzas, gastadas en las molestias del viaje y en las curaciones de mis enfermos; me puse tan bien con aquella temporada de reposo, que me encontré de nuevo ágil y fuerte dispuesta á luchar como antes, y decidida á arrancar todas las *raíces del mal*, ¡vana quimera! lo que se arraiga con millones de siglos, no se desarraiga en breves segundos.

»Una mañana, ansiosa de aire, de luz y de vida, me fuí sola á pasear por el campo, no con el único objeto de pasearme, porque yo tenía la costumbre de emplear mi tiempo en varias cosas á la vez, acariciaba la idea de encontrar un lugar apropiado, para en él levantar mi primer convento de religiosas, ó Asilo benéfico donde mi religión abriera sus brazos á los desampara-

dos, aprovechando la oferta de mis dos poderosos protectores: la ilustre dama y el profundo sabio; anduve largo rato hasta encontrar un paraje deliciosísimo; subí una cuesta suave, ya en la altura, quedé maravillada contemplando tantas bellezas juntas; entre prados matizados de flores, se veían las ondulaciones del río; allá lejos casas de labranza, con sus rebaños y sus pastores, que tranquilamente vivían más felices en su apartamiento, que los habitantes de las grandes ciudades; cuanto me rodeaba estaba impregnado de ese perfume que tiene el reposo y la quietud. ¡Qué hermosa es la naturaleza en sus períodos de calma! en aquel sitio, verdaderamente encantador, elevé mi pensamiento á Dios y le pregunté que era más beneficioso, si consolar á un alma, ó levantar un templo; y como hice mi pregunta en alta voz, el eco repitió fielmente, ¿qué es mejor, consolar á un alma ó levantar un templo? mi razón me dijo que era preferible consolar á un alma; pero recordé á mi protectora, y me hice cargo que había que satisfacer las vanidades humanas, aunque más se edifica consolando á los débiles, que levantando torres de granito; mas tenía que complacer á mis protectores, y me decidí aquel mismo día á escribir á la ilustre dama, dicién-

dole que viniera para ver si le gustaba el punto por mí elegido para dar comienzo á nuestras fundaciones. Mi protectora no se hizo esperar, vino acompañada de un célebre arquitecto, que era una especialidad en construcciones religiosas, y á los dos les gustó mucho el lugar por mí elegido; se procedió inmediatamente á la compra del terreno, y como era para un objeto piadoso, el propietario cedió una gran parte gratuitamente; ¡poder del fanatismo!...

»Con gran pompa se colocó la primera piedra; á dicha ceremonia asistió gran concurrencia; dentro de un ánfora se colocaron monedas, pergaminos y cuantos objetos es costumbre poner en estos casos; mi protectora me dijo:

»—¿Y vos no ponéis nada?

»—Sí, esta pequeña poesía.

»—Pues colocadla en su lugar.

»—Antes quisiera leerla.

»—¿Para qué? no se ha leído ningún otro documento, escribid sencillamente, que vos habéis elegido este sitio admirable, y la poesía ya la leerán los que á su tiempo derriben lo que hoy levantamos.

»—¡Ah! no, (dijo el sacerdote que debía bendecir la primera piedra), esa poesía debe leerse, porque indudablemente compone parte de los cimientos: leed.

»Temblando y contrariada por mi protectora, leí mi poseía cuyo asunto era alusivo al acto, pues decía, que para edificar en la tierra basta dinero y voluntad, y para edificar en las almas, se necesita del amor de Dios, y su amor pedía, para llevar á cabo mi obra de redención.

»Después de terminada la ceremonia, se celebró una pequeña fiesta, á las cuales comprendí que era muy aficionada mi protectora, afición desarrollada por vivir rodeada de placeres y vanidades.

»Cuando todo se dió por terminado, sentí un miedo inexplicable que se aumentó cuando me dijo mi protectora muy secamente:—Tenemos que hablar.

»Bueno, mañana; hoy no me encuentro en disposición más que de entregarme al reposo.

»Al día siguiente me dijo con más amabilidad:—Sois humilde, pero exigente; ayer quisísteis leer, y esto me incomodó; y he de advertiros que las obras las dirigiré yo, sin que por eso deje de admitir vuestra ayuda.

»Yo al oirla, le iba á decir, que le dejaba de muy buen grado el cargo de todo, y que ella sola hiciera y deshiciera; pero oí una voz que me decía:—Cuidado, no te resbales, levántese el edificio y adelante:—

Ante aquel mandato, cambié de rumbo y dije á mi protectora:—Haced cuanto queráis, señora, ya que vos costeáis la obra; ella entonces, más cariñosa y comunicativa, me habló de sus vastísimos proyectos, dejándome comprender que más quería hacer un centro de placeres que no un lugar de oraciones. Yo, la verdad, sufría muchísimo viendo el giro que ella le daba á la fundación; le hice algunas objeciones, y ella trató de convencerme que eran vanos mis temores; que yo dirigiera las obras del convento y de la iglesia, y las edificaciones anexas al edificio ella se cuidaría de construirlas á su gusto, puesto que pasaría largas temporadas en aquel puesto, y justo era que tuviese su morada en armonía con sus gustos, con su rango, con su modo de vivir, espléndidamente regio.

»Mucho me disgustaba tal vecindad para el convento, pero enmudecí, y me quedé al cuidado de las obras que se comenzaron con gran número de obreros trabajando por tandas de día y de noche. Mis paseos todos eran hacia aquel lugar, y cuando veía á los trabajadores moviendo penosamente moles de granito, yo decía:—¿Qué verán estas piedras? ¿serán sepulcros de las conciencias? ¿escucharán lamentos? ¿repetirán con sus ecos fervorosas oraciones? ¡quién

sabe!... Las obras, aunque mucho se trabajaba, para mí se hacían con desesperante lentitud, porque me cansaba de no moverme, de no ser útil á nadie; escribí mucho, pero esto no me bastaba; un día, como de costumbre, me dirigí á ver las obras que ya estaban bastante adelantadas; en el centro del templo estaban colocando unas columnas gigantescas, cuando de pronto oí gritos horribles, espantosos, los obreros desalentados se tiraron muchos de ellos de sus andamios por llegar más pronto en auxilio de sus compañeros, los que en gran número habían quedado sepultados por un hundimiento del terreno, y un desprendimiento de tierras. Trabajaron con ardor incansable por sacar los enterrados, cuanto antes, de su improvisada fosa... ¡qué cuadro, Dios mío! ¡qué cuadro! los unos heridos, los otros alocados, y... ¡dos muertos! eran jóvenes, en lo más hermoso de la vida; yo, al verlos, dije:—¡Dios mío!... y en un templo tuyo, ¿pueden morir los hombres? ¡Ah! no, no es este tu templo; esta es una *casa más* levantada por la vanidad humana; aquí no se te adorará.

»Ante los dos muertos lloré con el mayor desconsuelo; pregunté dónde habían vivido é inmediatamente me encargué de

hacer saber á las familias de los muertos que habían perdido á su jefe.

»Los dos eran casados, con una caterva de hijos, todos pequeñitos. ¡Ay! cuando se enteraron de mi triste mensaje, ¡con qué enojo me miraron! ¡pobres mujeres! una de ella de ojos de fuego, me dijo con amarga ironía:—Ese templo será sagrado, pero para mí es un lugar maldito, porque en él se han sepultado todas mis esperanzas y las alegrías de mis hijos... ¡era su padre tan bueno!... Yo procuré consolar á aquellos infelices dejándoles bastante dinero y dándoles palabra de no abandonar á los huérfanos.

»¡Me miraron con bastante desconfianza ¡pobrecitos!... volví á mi hogar avergonzada de poner piedras que mataban hombres. ¡Cuánto lloré! ¡cuánto! no se apartaban de mí las imágenes de los obreros muertos, con aquellos ojos tan abiertos, ¡infelices! ¡infelices! les había sorprendido la muerte en lo más florido de su vida. Tan desesperada estaba con aquel contratiempo, que oí una voz muy clara y muy potente que decía:

»—Es necesario edificar.

»—¿Para qué? ¿para matar?

»—Para dar pan á los pobres que se mueren de hambre.

»—Pero... y los que mueren entre los escombros?

»—No te fijas en los pocos que mueren, piensa en los muchos que se alimentan; tú no puedes hacer otra cosa, tú no puedes adelantar los sucesos.

»Confieso que en aquella ocasión no me convenció mi compañero invisible; yo veía los muertos, las viudas y los huérfanos; confundía mis lágrimas con las suyas y... nada más; mil mundos rebosando vida no hubieran podido atraerme con sus alegrías; el dolor de unos pocos, pesaba más en la balanza de mi pensamiento.

»Me acosté buscando reposo y no lo encontré, y eso que mi estancia se iluminó como otras veces, pero no me halagó aquella manifestación espiritual; ví después aquella claridad inmensa precursora de una aparición divina, que no se hizo esperar, no; ví otra vez aquella figura hermosísima que me dijo con dulce reproche:

»—¡Cómo te espantas!... ¡cómo te aturdes! ¡cómo te asombras! ¡cómo te turbas!... y acercándose más á mí, prosiguió diciendo con más autoridad:—Mira, ¡mira bien!... (Miré y ví muchedumbres escuálidas, haraposas y hambrientas).—¿Ves? (replicó El), ¡cuántos hombres se mueren de hambre y cuántas madres ven morir á sus hi-

jos! Pues hay que dar pan al hambriento, y en esos momentos en la tierra no hay más pan que el que se gana levantando templos y mansiones religiosas, más tarde habrá otros medios.

»—Sí, sí; lo veo todo, pero... ¡qué horrible es esta tierra!

»—¿Qué quieres? esa tierra es muy tuya y tienes que vivir entre víctimas y verdugos.

»—Luego... ¿aquí está el infierno?

»—Sí; ese infierno creado por la ingrata humanidad. ¡Despierta! necesitas tu vida para la lucha.

»—En realidad desperté sin estar dormida; ví mi cuerpo abatido y ví mi espíritu flotando en el espacio como si buscara nuevas energías, y luego ví que aquella figura hermosísima iba perdiendo luz y forma, hasta quedarse convertida en un hombre envejecido, que toda la vida la tenía en los ojos, y éste me dijo con tristeza: —Sufre ahora, que mucho has hecho sufrir en la tierra; sufre, recuerda y escucha la voz del pasado, tu voz que repiten los ecos siempre que un siglo sucede á otro siglo, y una civilización á otra civilización; la voz del pasado es eterna, ¿la oyes? ¿la oyes bien? dice... *¡te perdono!*»



XLIV

DESPUÉS de aquella videncia y de aquellas últimas palabras dichas por el ser que yo tanto amaba, que se había transformado de joven en viejo, no conservando de su hermosura más que sus ojos de divina luz, sus últimas palabras no podía explicármelas, ni tampoco su transformación... ¿qué simbolizaba aquella metamorfosis? ¿era Dios y su hijo el Redentor? pero... ¿y el Espíritu Santo, dónde estaba? ¡Ah! no; ¡qué locura! ¿y quién era yo para merecer tales mercedes y satisfacciones? Además, yo recuerdo que El me dijo:—Yo no soy Dios, soy uno de sus hijos como lo eres tú, y lo son todas las generaciones. —¿Si será El, el que se presentó ante mí, anciano como fué antes y joven como fué después? y pensando continuamente en lo mismo, recordaba sus frases *¡te perdono!*... Para perdonar habré pecado; ¿pero... en realidad, yo he vivido antes? ¿he sido antes de ahora? ¿este *¡te perdono!* es para mí sólo, ó es para toda la humanidad? Yo me

vuelvo loca, porque quiero saber la verdad. ¡Señor! dame pruebas de mis pasadas existencias y no me quejaré jamás, aunque el pico de los cuervos se hunda en mi carne, y el fuego calcine mis huesos. Dame, Señor, una prueba innegable de mi ayer.

»La primera vez que esto pedí, me pareció que mi cuerpo se remontaba al espacio y yo decía: ¿cuándo veré si he vivido antes? y pensando siempre en mi ayer perdido en la sombra, seguía mis habituales ocupaciones, visitando diariamente las obras del convento, donde me retenía largas horas mirando á los obreros como penosamente levantaban altísimas paredes que debían encerrar á débiles mujeres secuestradas de sus hogares... ¡qué horror!

»Mucho me llamaban la atención los pobres obreros; la mayoría de ellos eran muy ignorantes, y los menos los inteligentes; unos muy torpes, cuantas piedras cogían, rodaban desgraciadamente sobre sus pies, que á veces se ensangrentaban, mientras otros listos y ágiles trepaban por las gruesas maromas como si fueran monos, y yo al ver tanta diferencia entre unos y otros, decía: —¡Dios mío! ¿por qué la torpeza es el patrimonio de los más, y la inteligencia y la comprensión la poseen los menos? ¿por qué son tan distintos los unos de los otros?

Si tú eres tan bueno, tan justo, tan sabio, ¿por qué permites estas injusticias aparentes? ¿Por qué para unos pocos los goces del talento y para la mayoría de tus hijos la esclavitud de la ignorancia? ¿por qué hay hombres que se asemejan al bruto y sabios que todo lo saben?

»Una tarde, al salir del convento, sentí en todo mi ser una sensación muy extraña, frío hasta tiritar dando diente con diente y calor sofocante hasta molestarme el ligero manto que me cubría; tuve miedo de caer vencida por un vértigo y traté de apresurar el paso, pero mis pies parecían de plomo, que á duras penas los podía mover, y pensando en la vida de ayer, comprendí que algo extraordinario iba á operarse en mí, y no me engañé; pues ante mí ví que la tierra se abría, retrocedí entonces para no caer y ví como se fué ensanchando aquel hondo abismo, que se convirtió en un río de fuego... ¿qué digo río? en mar, cuyas oleadas levantaban montañas, unas veces de luz y otras de sombra; después, aquel mar de fuego tomó forma esférica y giró vertiginosamente dentro de aquel negro abismo, al girar arrojaba una lluvia de chispas luminosas que se elevaban á gran altura, la esfera de fuego se fué agrandando y llenó por com-

pleto el abismo, y de las chispas que de continuo brotaban, se iban formando extraños seres irracionales que corrían y se atropellaban unos á otros sobre una tierra fértil y exhuberante de vida; tierra que como por encanto se presentó á mis ojos, desapareciendo el abismo y el globo de fuego que dentro de él giraba... ¡qué hermosa tierra! ¡qué vegetación tan admirable! allá en el fondo de aquel paisaje encantador se alzaba una montaña cubierta de flores hermosísimas... ¡qué diversidad y qué profusión! y entre aquellas ramas floridas, ví dos figuras que no parecían seres humanos, pero tampoco eran irracionales, y dije:—¿Si será este cuadro la formación de la tierra, y esos dos seres sus primeros pobladores? y oí una voz que me decía:—¡Insensata! la tierra no se pobló en principio con una sola pareja, otras generaciones la poblaron antes, y ya que tanto deseas saber lo que hiciste ayer, mira como pecaron los demás; y entonces... ¡cuántos horrores ví!... ¡cuántas generaciones cayendo y levantándose, disputándose palmo á palmo un pedazo de tierra, luchando como héroes, muriendo como mártires, y en medio de tantas violencias, idilios de amor, nidos de familia formados después de rudas batallas.

»Presenció una matanza espantosa: ¡qué crueldad en los detalles! ¡qué ferocidad en el fondo! ¡qué ensañamiento en los combatientes!.... ¡Qué odio tan sangriento! Entre aquellos hombres que más parecían fieras sedientas de sangre, que seres racionales, descollaba uno que era el terror de todos, parecía el símbolo de la destrucción; al levantar su brazo volteando una maza se quedaba rodeado de cadáveres, y era un hombre hermoso en medio de su fiereza y su crueldad; me fué simpático, porque tenía unos ojos que hablaba con ellos; estaba herido y se resistía á morir porque gozaba contemplando su obra de destrucción. Miró en todas direcciones, la satisfacción se pintó en su semblante al ver aquel campo sembrado de cadáveres, gozó en su triunfo, y después, como herido del rayo, cayó sobre un montón de muertos, y oí que me decían:—Fíjate en ese hombre, tú que quieres saber lo que fuiste.

»Después, sobre el caudillo muerto ví brotar otro hombre, feo, defectuosísimo, con la cabeza muy grande, andaba y se caía continuamente, y siempre que se caía decía, blasfemando:—¡Y luego dicen que hay Dios!

»Aquel hombre no fué amado de nadie, y murió de una enfermedad contagiosa; en

el lugar donde acabó sus días, le arrojaban piedras y escoria para que se muriera más pronto: ¡qué modo de morir!

»Yo no sabía lo que pasaba por mí, quería correr... ¡imposible! quería dejarme caer, menos todavía; no podía en manera alguna doblegarme; afortunadamente el llanto afluyó á mis ojos y mi cuerpo perdió su inmovilidad y entoncés, ¡con qué alegría me dejé caer en el suelo! no tenía fuerzas para ver tantos horrores; me quedé en reposo no sé cuanto tiempo y luego ví un campo fértil lleno de riachuelos; en las márgenes de los arroyos se levantaban varias chozas cubiertas de verde ramaje al que se enlazaban blancas florecillas; de una choza salió una niña y dije en seguida:— Esa niña fuí yo, sus ojos son los míos; quiso la niña cruzar á nado un ancho río y lo sentí que se arrojara, pero se lanzó resueltamente y al verla dentro del agua, me pareció un monstruoso reptil. ¡Ay! ya no era aquella niña de los grandes ojos, era verdaderamente un reptil acuático que hacía mucho daño, mucho á otros cuerpos que flotaban en el río; al fin un salto de agua se tragó al reptil, y ¡cuánto me alegré de su muerte!...

»Después, ví otra niña que nació en otro punto, tenía los mismos ojos, pero me fué

muy repulsiva y yo decía: ¡Dios mío! no quiero ver más, me basta con lo que he visto; mas aunque no quería ver, ví todos los crímenes de aquella niña; fué mala hija, mala madre, mala esposa. ¡Cuántos crímenes, Dios mío!... luego ví otra niña muy hermosa, que me fué muy simpática, y dije: ¡Dios mío! ¿ya comencé á ser buena? y oí una voz que me decía:—Mira bien, no pierdas ni un detalle de esa existencia, que con más talento y más adelanto que en las anteriores, mucho bueno pudiste hacer y no lo hiciste.

»Seguí mirándome y me encantó mi hermosura; ví como un pueblo me adoraba, como me concedía el premio de la belleza por mis irresistibles hechizos; ví después á un hombre venerable que me miraba encantado, admirando en mi espléndida hermosura la obra más perfecta de su Dios; adorador de la belleza, en mí veía una Divinidad, y yo aprovechándome de su adoración, ví como le vendí, como le engañé, como lo entregué á la muerte: y oí como delante de sus jueces y de sus verdugos me decía: *¡te perdono!*

»¡Ay! en aquella existencia volví á ser el reptil acuático que tanto daño hizo; me lancé en el río de la vanidad y de la ambición; destruí sin piedad la obra más her-

mosa de aquel tiempo, por decir: ¡mi hermosura es superior á todo! la sabiduría se hunde y sobre ella levantaré mi trono. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡qué insensata fuí!...

»Al fin dejé de ver, ¡demasiado había visto! me levanté como pude y muy entrada la noche llegué á mi casa, cuyos moradores estaban inquietos por mi tardanza, en particular mi hermano, Marta y María:—El primero se asustó al verme y se abstuvo de reñirme cuando le dije:—No me riñas, mañana te contaré lo que me ha sucedido, replicando mi hermano:—En verdad soy yo el culpable dejándote salir sola, teniendo como tienes á esas dos mujeres que sólo desean estar contigo; desde hoy se acabaron tus escapatorias, saldrás acompañada. Yo me callé y me acosté, estaba que no me podía tener; caí en mi lecho como una masa inerte y al otro día no pude levantarme; mi hermano muy solícito me pidió que le contara lo que me había ocurrido y yo le conté todas mis videncias y mis audiciones; él me escuchó muy atentamente, riéndose después con la mejor voluntad, diciéndome entre chanzas y veras:—¡Pobre hermana mía!... lo que tú tienes es que apenas te alimentas, lo que tú comes lo llevaría un pájaro en el pico, y entre ayunos voluntarios y estudios superio-

res á tu sexo, has conseguido trastornar tus facultades mentales y á esto yo pondré remedio; fuera libros y venga en su lugar un buen régimen alimenticio, y verás entonces como no tienes esas alucinaciones.

»—No son alucinaciones, hermano mío; cuando murió nuestro padre bien le ví, y bien le oí, como es verdad cuanto he visto, porque no te quede duda, yo he visto la realidad de la vida; hemos sido antes, somos ahora y seremos después.

»—Desengáñate, hermana mía, no te metas en tales honduras, ya hay quien se ocupa de nosotros; ya nos dice nuestra religión que después de muertos nos iremos al cielo si hemos sido buenos cristianos, ó al infierno si hemos quebrantado las leyes de Dios.

»—Pues yo, hermano mío, creo en el ayer de mi alma y quiero vivir ahora para ser útil á los demás, y sufrir sin quejarme, todas las penalidades que por mi imperfección merezco; quiero regenerarme por el trabajo y por el dolor; no quiero que resucite aquel reptil que en forma de mujer hermosa atrajo á un hombre que quería ser la salvación de un pueblo y cometió con él el crimen más nefando, entregándolo atado de pies y manos á sus crueles

enemigos, destruyendo con su muerte la mejor escuela filosófica del mundo.

»—¡Pobre hermana mía! eres un volcán de amor que no sabes dónde guardar sus preciosas llamas, y eres á la vez un cráter infernal que tú misma te inutilizas y te destruyes abrasándote con el fuego de los temores y de las alucinaciones; pero eres tan buena que hay que quererte y yo te quiero cada día más; me parece que no eres mi hermana, sino que eres mi hija, y cuando te veo tan exaltada temo perderte, temo que tu cabeza no funcione bien; creo que serás muy desgraciada, sólo te pido que no me ocultes nada de lo que te suceda, no te lastime mi risa, que de un padre se debe aceptar todo, porque todo tiene la envolvente de su amor.

»Las frases de mi hermano me hicieron mucho bien, comprendiendo que mi padre le inspiraba, y si mucho satisface el cariño de los terrenales, mucho más alienta el amor de los que se fueron, porque es la continuidad de la vida, con sus afectos, sus protecciones y sus consejos.

»La perpetuidad de la vida le dice á todos y á cada uno: ¡levántate y anda! que nunca te faltarán seres á quienes amar y mundos que recorrer.»



XLV

CON aquella promesa de mi hermano se restablecieron mis fuerzas morales; hice esfuerzos por animarme y consolar-me, pero mi espíritu no estaba satisfecho; quería, necesitaba comprender la grandeza de la vida, analizarla, estudiarla, comentarla, y nada de esto podía hacer; recordaba cuanto había visto, pero ¡era tanto!... tan variado, tan diverso, que me perdía en el mar de mis pensamientos y decía con angustia:—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Será posible? ¡yo he sido mala! ¡yo he sido perversa! ¡qué horror! ¡qué vergüenza!... he prometido ser buena, pero aún no lo soy, no; porque no trabajo, no corro de pueblo en pueblo llevando el consuelo y la esperanza á las almas atribuladas, me estoy muy quieta en mi hogar gozando del cariño de los míos, y, ¿debo yo gozar de ese cariño? ¿merezco tanta dicha? ¡quién sabe!

»En estas y parecidas reflexiones pasa-

ba largas horas, hasta que una tarde salí con Marta y María á visitar las obras del convento; mis compañeras, cada una por su parte, procuraban distraerme y animarme y su conversación me era muy grata. Marta, mujer experimentada y sufrida, tenía la amarga experiencia que da el infortunio, templada por el generoso sentimiento de la gratitud que se había despertado en su alma al devolverle yo la vida y la salud; gratitud que ella deseaba demostrarla cuidando enfermos y consolando á los afligidos; María, menos herida por la desgracia, porque la juventud rechaza los dardos del dolor, con la varita mágica de la esperanza, aceptó mi protección con esa dulce confianza del que cree que le dan lo que le pertenece; en poco tiempo se embelleció extraordinariamente y eso que no eran las galas las que la embellecían, pero tenía el lujo de la limpieza; sus manos finas y delgadas eran blancas como la nieve y ella se esmeraba en su conservación y cuidado; buena en el fondo, y bastante impresionable, mis curaciones le habían producido un efecto excelente, y sus sueños dorados eran ayudarme en mis trabajos; por eso durante el camino me decía:

»—¿Cuándo iremos á ver á los que sufren?

»—Ahora no es posible, porque otras atenciones me reclaman.

»—Es que yo he soñado que íbamos los dos por un campo de batalla sembrado de muertos y heridos, y mientras vos curábais unos, yo también curaba á otros apoyando mis manos en sus abiertas heridas: ¿podré yo curar también?

»—¿Y por qué no? Sí, hija mía; basta querer para obrar el bien.

»—¿Y en el convento qué harán? (me preguntó Marta), ¿se curará á los enfermos? si se admiten enfermeras yo quiero ser la primera en la lista para consolar á los necesitados de esperanza, ¡se sufre tanto cuando sólo en la muerte se espera!

»Llegamos al convento y encontré las obras adelantadísimas; el encargado de ellas, (hombre muy inteligente), se apresuró á ponerse á mis órdenes, haciéndome notar la buena distribución de las dependencias, que en verdad la construcción y buen gusto de la obra corría parejas con la anchura de las celdas y la ventilación y claridad de sus largos claustros, lo espacioso de sus patios, y lo grandioso de su templo; pero á pesar de todo, yo encontraba el gran edificio mezquino, pequeño, muy pequeño, y así lo hice presente al que me guiaba en mi visita de inspección.

»—¿Encontráis esto pequeño, señora? pues si es de los conventos más grandes que se han construido.

»—No os diré lo contrario; pero, ¿creéis que aquí puede habitar Dios?

»—Señora, si Dios está en todas partes, también estará aquí, y creed que este edificio resultará suntuosísimo.

»—¡Ay! yo no deseo la suntuosidad de afuera, yo quiero la grandeza de adentro, ¿qué oirán estas paredes? ¿encontrarán aquí consuelo las almas doloridas?

»—Señora, si las religiosas que aquí habitan son como vos, será éste un lugar de reposo y de amor.

»Salí del convento tristemente impresionada, como salía siempre y sólo al encontrarme en mi casa y en mi aposento, me tranquilicé, elevé mi pensamiento á Dios, diciendo:—¡Dios mío!... Yo he sido mala; ¿y cuándo empecé á ser mala? ¿cuándo nací? ¿nací cuando el mundo era embrionario? ¿y de dónde vino el mundo? ¿lo tenía Dios en sus manos? ¡Qué he dicho! ¡qué horror! Dios no tiene manos, Dios no tiene ojos, Dios no tiene cuerpo, Dios es una esencia flotante, pero ¿y este mundo, era todo fuego? ¿era todo fuego y luego se enfrió? Sí; así debe ser; y del calor de la superficie brotó aquella vegetación gigantes-

ca y aquellas razas irracionales y luego... luego... aparecieron las almas; un alma será un pensamiento de Dios, y ¿qué hará un alma, Dios mío? le diréis á un alma: Toma fuego para saber lo que es fuego, toma agua para saber lo que es agua, toma luego la esencia vegetal, muévete más tarde, animando cuerpos más voluminosos y después... después ¡Dios mío! refiriéndome á mí, me hicisteis *ente racional*, y me dejasteis en una sociedad donde todo era grande y todo bello, y allí entre tantas bellezas morales y plásticas, allí perdí á un sabio, allí me burlé cínicamente de la sabiduría, pero... entonces, en aquella época y en aquel lugar, ¿yo sola fuí mala? no; otros lo fueron conmigo; muchos fuimos los verdugos que condenamos á un mártir, en medio de tanta luz ¡muchos éramos los ciegos! sólo un hombre veía la grandeza de Dios! que sólo viéndola, puede decir la víctima á su verdugo: *¡te perdono!*... ¡cuánto valía aquel hombre! parece imposible que pudieran estar en contacto su grandeza y mi bajeza, la sublimidad de su genio y la villanía de mi ignorancia, su inmenso amor y mi torpe ingratitud... ¡y Dios viendo todo esto!...

»Cuando así pensaba y me exclamaba, mi espíritu se engrandecía y después de

estos exámenes de conciencia, me dormía tranquilamente, como me dormí después de lo que he referido; viendo durante mi sueño millones y millones de estrellas, y á ellas pregunté repetidas veces:—Decidme: ¿seré buena? después ví á mi padre frío y severo que me dijo:—Niña, no te impacientes, tú buscas el porvenir como lo busco yo.

»—No, padre mío; el porvenir lo tengo, porque el porvenir es el bien multiplicado por la ciencia.

»—Tienes razón; tú ves más claro que yo, y eso que estás enlazada á tu cuerpo; y, ¡qué poco te costaría dejarle! el vuelo de tus pensamientos afloja los lazos espirituales de un modo sorprendente.

»—Es verdad, que mi espíritu vuela demasiado; porque no debo dejar mi cuerpo, padre mío; es un aparato muy útil para mí.

»—Otro encontrarías después, es el caso que aquí me encuentro muy solo y te necesito, créeme, te necesito, no me explico lo que soy.

»—Pues yo, padre mío, tampoco puedo explicároslo, sólo sé que he visto lo que hemos sido; hemos sido malos, padre mío, ¡muy malos!

»Mi padre se entristeció con mis palabras, se inclinó y me besó en la frente, sen-

tándose junto á mi lecho; y yo, satisfecha de tener quien velara mi sueño, me sumergí en las ondas del reposo y de la quietud, mirando á mi cuerpo con el mayor cariño, ¡me servía tan bien! ¡pobrecito! al fin me desperté buena y tranquila, y tan contenta, que quise escribir mis impresiones diciendo:—¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ya no te adoro en la cruz, ni en la sangre que brota de tus heridas; ya no te adoro joven y hermoso con todos los esplendores de tu maravillosa juventud, ni como anciano sabio y venerable, iluminando al mundo con tu ciencia prodigiosa; te adoro en la planta espinosa, en el arbusto florido, en el árbol centenario, en la peña combatida por las olas, en el valle, en el abismo, en el granillo de arena, en las montañas que escalan los cielos, en la tierra, en la inmensidad del espacio, en la brisa que mueve las hojas secas, como el amor de Dios mueve las almas: ¡Que bien escribí entonces!... ¡sentía! ¡amaba! ¡esperaba! ¡qué contenta me quedé de mi trabajo!...

»Después me reuní con mi hermano, con mi segundo padre, que al verme tan risueña y tan animada, se regocijó con mi alegría; le hablé de mi último escrito y él me dijo:—Bueno; ya lo leerás más tarde, que vendrá á vernos tu antiguo amigo el

sacerdote, el cual desea descansar aquí algunos días porque no se encuentra bien.

»Me alegró la noticia que me dió mi hermano, porque el sacerdote era uno de los muchos mártires que tiene la religión; que no sólo es mártir el que muere porque lo matan, hay martirios ocultos que nadie compadece, hay sacrificios que no agradece nadie, hay juramentos que son la muerte de la felicidad, y mi antiguo amigo era uno de esos mártires, para los cuales no tiene altares la posteridad.

»Salí un rato de paseo pensando siempre en lo mismo, diciendo á mis solas: ¡Qué grande es Dios! ¡qué hermoso es Dios!... ¡sin cruces! ¡sin martirios! ¡sin miserias!... y como hablaba en alto, me oyó mi amigo el sacerdote que venía en mi busca seguido de mi hermano; el primero me dijo con dulzura.

»—Siempre verás á Dios si sabes buscarle; y dejando asunto tan grande, te hablaré de mi viaje á la Corte, donde he visto á tu poderoso protector; está muy contento de tí, contentísimo y me encargó mucho que te dijera que siguieras trabajando con el mismo ardor, que nunca desfallecieras, suceda lo que suceda.

»—¡Pues si supiérais!... hace algunos

días que creí volverme loca, he visto lo que jamás creí ver.

»—Y lo que verás, ya sabemos lo que te acontece, Dios te ilumina y calcula tú lo que podrás ver; buscando tan buena compañía me decidí á venir, me encuentro bastante malo, no sé que tengo, pero no estoy bien.

»—Pues aquí encontraréis la salud perdida, pasearemos, hablaremos, discutiremos, y veremos si encontramos otros terrenos donde edificar.

»—Justamente, traigo encargo de tu protector para decirte que ya que tu protectora levanta un convento de lujo, que más parecerá mansión real, que casa de oración, él se propone levantar conventos donde las almas cansadas de las luchas de la vida encuentren paz y olvido.

»—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿y á qué tantos conventos? más necesidad hay de hospitales y de casas para refugio de ancianos y de huérfanos; no hacen falta mujeres que recen, se necesitan mujeres que amen á los que sufren.

»—Todo se andará, todo se andará, tú obedece y calla, ya que por otra parte exhalas tu sentimiento.

»—Pobre de mí si no pudiera hacerlo,

hoy mismo he escrito un himno á Dios, que no otra cosa son mis impresiones.

»—Pues á leerlas, (dijo mi hermano), que ya te traigo tu cartera; y sentados al pie de un árbol frondosísimo leí mis impresiones; yo leía y lloraba, ¡qué llanto tan dulce! aquel agua de mi sentimiento borra-
ba la mancha de mis culpas; el sacerdote, inmóvil, con la cabeza baja mirando al suelo, ocultaba cuanto podía su emoción profunda; mi hermano, más sencillo y menos desgraciado, manifestaba lo que sentía con la mayor ingenuidad, puesto que al concluir mi lectura, me abrazó y me besó, como si yo fuera su hija más querida, diciéndome:—Vales más oro que pesas; el sacerdote me dijo gravemente:

»—Lo que has leído es tan bueno, tan bueno, que es el fundamento de tus obras futuras; en todo estoy conforme, en todo menos en la separación que haces entre Dios y su martirio, su pasión y su muerte.

»—Descuidad, estas expansiones de mi alma, por ahora á nadie las leeré, porque no me llamen hereje; muy pocos en nuestra época me entenderían y sería una imprudencia de mi parte entregarme de pies y manos á un martirio sin gloria; conviene más trabajar que morir á manos de los ignorantes.

»Las sombras de la noche nos hicieron volver á casa, cenamos con buen apetito y después le dije á mi amigo:—Ahora hablad, no como religioso, como hombre; contadnos vuestra historia, vuestros amores, que indudablemente habréis amado.

»¡Qué bien habló mi amigo! ¡qué bien habló de la mujer, de los amores y del amor! ¡qué bien definió el amor á Dios y el amor de las almas entre sí!... Yo le pregunté si él había amado y el sacerdote se enjugó una lágrima diciendo al fin:

»—He amado á las mujeres que aman á Dios y saben resistir las luchas terrenas.

»—Yo he amado á los hombres de talento, sean creyentes ó ateos.

»Comprendió mi hermano que la conversación se hacía demasiado íntima y dijo:—Bueno, bueno, ya es hora de entregarnos al descanso; queda en pie la cuestión de los amores, y mañana yo también os contaré los míos.

»Mi hermano cortó muy á tiempo el diálogo comenzado entre el sacerdote y yo; que hablar de amores un hombre y una mujer, en la mejor edad de la vida, con alguna inteligencia y el imposible por medio ¡qué comprometido es!... mi amigo y yo lo comprendimos así, y nos miramos al darnos las buenas noches, diciendo nuestras

miradas lo que no habían dicho nuestros labios; miramos simultáneamente nuestros hábitos y sin hablar los dos dijimos:—El hábito no hace al monje; cuando el corazón late, y el pensamiento sueña, los manteos y las tocas están de más.»





XLVI

MIENTRAS permaneció en mi casa el buen sacerdote, era tanto su afán de dar expansión á su vida, deseaba tan vivamente tomar aliento y fuerza, (porque en realidad lo necesitaba), que no dejaba sosegar á mi hermano, proponiéndole continuamente excursiones por las cercanías y partidas de caza por los montes y bosques, que mi hermano poseía; éste, que sin ser muy amable, era condescendiente en demasía, se dejaba llevar, y siempre estaba á la disposición de sus amigos; así es, que el sacerdote, mi hermano y otros cazadores, se aficionaron tanto á las caminatas y á las emociones que proporcionan las cacerías, que llegaron á estar más tiempo en el campo que en mi casa; yo, durante sus frecuentes ausencias, escribía, ordenaba mis trabajos, coleccionaba mis poesías, y visitaba diariamente las obras del convento que adelantaban bastante.

»Estando una tarde con Marta y María á la puerta del convento, ví llegar á uno de los criados de mi hermano, que más que criado, era un compañero de aquél, por ser hermanos de lactancia y haber crecido juntos sin haberse separado jamás; al ver á Mateo me asusté porque le ví muy demudado, pálido como un difunto.

»—¿Qué hay? (le pregunté).

»—Una gran desgracia.

»—¡Dios mío! ¿cuál?

»—Su hermano, cazando, él mismo se ha herido.

»—¿Y dónde está?

»—Ya le traen, él me ha hecho venir.

»—Vuelve, vuelve á su lado; yo también saldré á su encuentro.

»Se marchó Mateo, espoleando á su caballo y yo me quedé aturdida, no sabía qué hacer, si correr al camino, ó volverme á mi casa cuanto antes, para prepararlo todo, pues calculaba que se necesitarían vendas, hilas, cabezales y paños de hilo, de todo lo cual había gran repuesto en casa, pues todos mis hermanos eran grandes cazadores, y en tales correrías se reciben más daños que satisfacciones. Cuando llegué al hogar de mis mayores, no podía tenerme en pie, me horrorizaba la idea que pudiera morir mi hermano mayor, porque muer-

to él, nadie me quedaba en el mundo, puesto que los demás individuos de mi numerosa familia, todos me llamaban la *religiosa renegada*, riéndose de mis planes, de mis curaciones, de mis escritos, de todo en fin, porque yo era para ellos un *ente* rarísimo que en justicia debía estar encerrado entre cuatro paredes.

»Mi hermano tardó mucho en llegar, y aquellas horas de espera fueron tristísimas para mí, ¡qué sola me veía sin mi hermano! me había acostumbrado tanto á sus consejos y á su compañía, que me espantaba pensando en su muerte. Al fin ví llegar á mi segundo padre colocado en unas parihuelas, rodeado de sus amigos; el sacerdote venía afectadísimo. Mi hermano en cuanto me vió, me dijo:—No llores, esto no es nada, otras heridas he tenido peores.

»Ya había yo avisado á los mejores médicos de la población, cuya llegada casi coincidió con la de mi hermano, así es, que acto seguido le hicieron la primera cura; el sacerdote me obligó á salir del aposento, mientras los médicos cumplían con su deber, diciendo que las mujeres estorbábamos en todas partes donde hubiera peligro, por nuestra excesiva sensibilidad; pero yo no me conformé con su mandato, creí que no debía abandonar á mi herma-

no y volví á entrar dominando mi angustia y mi temor. El herido se quejaba hondamente y yo le animé muchísimo con mis frases de cariño; fijando en él mis ojos, sin perder por esto el menor movimiento de los médicos, que lo vendaron cuidadosamente, quedándose encargado del enfermo el más inteligente, hombre de mucha fama (y en realidad merecida), al que pregunté á solas qué le parecía la herida de mi hermano.—Horrible, señora, horrible, (me contestó con ruda franqueza), es dudosa la curación.

»—¿Quedaré inútil?

»—Poco menos.

»Durante la noche, no quise á nadie en el aposento de mi hermano, excepción hecha de Marta que era mi sombra, pero ésta era una mujer tan prudente, tan callada, tan oportuna en todo, que nunca hablaba fuera de tiempo, ni hacía el menor ruido; despierta siempre, atenta á mi menor movimiento, era una compañera inmejorable para velar á un enfermo, y á un enfermo como mi hermano, que estaba entre la vida y la muerte.

»Yo le miraba y vacilé mucho tiempo antes de decidirme á darle pases magnéticos; tenía miedo de perjudicarle en vez de aliviarle, pero recordando las curaciones

que yo había hecho, mirando á Marta, comparando su estado actual, con su situación anterior, me dije á mí misma: ¡Dios mío! á tí te encomiendo mi obra, y temblando, (lo confieso), apoyé mis manos sobre la cabeza de mi hermano, y detuve después mi diestra sobre su herida, diciéndome el enfermo:—Ahí, ahí, me duele; pero con tu mano me alivio. Seguí dándole mis pases magnéticos, abrió él los ojos y se sonrió; viendo tan buenos resultados me animé y entonces puse mis manos sobre la herida, sin hacer la menor presión para no lastimarle, sintiendo á poco en mis manos un calor abrasador, parecía que las tenía sobre un hornillo ardiendo; materialmente me quemaba con un fuego que no veía y tuve que separarlas y agitarlas en distintas direcciones para que se me enfriaran, en tanto que mi hermano me decía:

»—No me quites las manos por Dios, que al acercarlas á mi pecho me quitas todos los dolores. Seguí curándole suavemente, y ya no me quemé como al principio, diciéndole:—¿Verdad que no quieres morir ahora? ¿verdad que quieres velar por mí?—Eres tú la que por mí velas, dijo el herido con la mayor dulzura, ¡qué bien me encuentro! y se quedó dormido sonriendo como sonríen los niños felices.

»¡Qué contenta me puse al verle tan tranquilo! me arrojé en los brazos de Marta y nuestras lágrimas se confundieron, en tanto que mi hermano reposaba después de tan horribles sufrimientos.

»A la mañana siguiente volvió el médico y se quedó asombradísimo, miró el vendaje que estaba intacto, puesto que nadie lo había tocado y me dijo:

»—¿Qué habéis hecho? vuestro hermano está mucho mejor, y no podía estarlo, puesto que su estado era gravísimo.

»Le conté sencillamente lo que había hecho y él se sonrió con incredulidad diciendo:—Las manos no hacen nada.

»—¿Qué no hacen nada? pues yo he curado á enfermos incurables sólo con la imposición de mis manos.

»—Esas son preocupaciones religiosas, y extraño que una mujer como vos, crea semejantes patrañas.

»Se apresuró á quitar el vendaje y se quedó maravillado, porque la herida estaba en vías de curación, lo volvió á curar, lo vendó de nuevo y se marchó muy preocupado. Conocí que mi hermano volvía á sufrir, y le hice la misma operación que la noche anterior, dándole idénticos resultados, entregándose al sueño sin la menor agitación; viéndole tan tranquilo, encargué

á Mateo que no se separara de él, y Marta y yo, ya muy entrado el día, nos fuimos á descansar, que bien lo necesitábamos.

»Cuando me acosté, me sucedió lo que otras veces: desaparecieron las paredes de mi cuarto y ví ancho espacio, entonces dije:—¡Dios mío! ¡Dios mío! que yo pueda ser útil á mi hermano, y me dormí, y entonces ví mi cuerpo muy desfallecido, mucho, pero esto no me importaba; lo que yo quería era ver á mi hermano, y le ví perfectamente, examiné su herida, y ví que le había interesado el sistema respiratorio; el pobre sufría bastante, miré en torno mío como buscando un remedio, y ví en el campo una planta espinosa; me pareció que aquella planta sería útil á mi hermano con su jugo, y saqué su jugo con mi voluntad y lo apliqué sobre la herida de mi hermano; después ví brotar de la tierra chispas luminosas que volaban y rodearon la cabeza de mi hermano; entonces oí una voz que me dijo:—Basta; no des más vida, cierra la corriente.

»—¿Cómo? si no sé como la he abierto.

»—Descansa.

»Cuando volví al lado de mi hermano, lo encontré muy animado y muy alegre, diciéndome:—Eres un ángel, durante mi sueño te he visto, y he visto como dabas á

mi cerebro algo luminoso, y he sentido como si un bálsamo cayera sobre mi herida.

»El sacerdote me miraba asombrado y yo le dije.

»—¿Estáis enfermo?

»—Sí; no sé que tengo. Le puse la mano en la frente y él trató de separarse, mas yo le dije con imperio:—Miradme bien; no confundáis lo espiritual con lo terreno; quiero curaros, quiero salvaros.

»—Bien, estoy conforme; pero no me déis tanta vida.

»—Sí, hombre, sí; quiero ver en torno mío seres contentos y los enfermos nunca lo están; quiero que todos me debáis algo, para que todos me queráis.

»El sacerdote se sonrió y dijo:—¡Cuánto valéis!... y habló admirablemente sobre la grandeza de Dios y sus sabias é inalterables leyes. Mi hermano estaba contentísimo y yo viendo á los dos en tan favorable disposición, les pedí que cuando volvieran al campo me dejaran ir con ellos, no para cazar, no para matar, sino para estudiar juntos en el gran libro de la Naturaleza.

»Recordé la planta fea y espinosa, cuyo jugo cicatrizaba las heridas y concluí diciendo: las plantas son las letras de Dios escritas en la superficie de la tierra.

»Volvió el médico y creció su asombro, curó y vendó, y no pudo explicarse tal milagro. Hablé con él á solas y le pregunté si aún veía gravedad y él me dijo:

»—No veo peligro alguno, (si la curación no es falsa); creo que á mi vendaje nadie le ha tocado, mas sed franca conmigo... ¿qué le habéis dado á vuestro hermano? porque la herida está casi cicatrizada ¿qué le habéis hecho?

»Le conté lo que hice durante un sueño, y el médico se rió mucho de mi relato diciéndome:

»—Parece increíble que una mujer como vos, esté completamente alucinada.

»—No lo estoy, no lo estoy; yo he visto la planta espinosa, yo he tocado su jugo, yo he visto el fuego que se dirigía á la cabeza de mi hermana, y he oído una voz que me decía:—*Basta; darías demasiada vida.*

»—Bueno; sino habéis hecho otra cosa, iremos bien; y de seguir así, mañana la herida estará cicatrizada.

»—Sí que lo estará.

»—Cómo lo sabéis.

»—Porque yo la cicatrizaré, y delante de vos haré la cura.

»Al día siguiente con qué afán esperé la llegada del médico. Si todos los libros reli-

giosos hubieran dicho que yo no cerraría la herida, yo hubiera dicho: ¡la cerraré!

»Vino el médico muy serio, quitó el vendaje diciendo:—No es posible cerrar esta herida. Yo le miré y le dije:—Pondré la mano cuando vos lo mandéis.

»—Pues comenzad.

»Le puse la mano sobre el pecho, me pareció que una fuerza poderosísima me arrebatava elevándome; poco tiempo estuve así, quité la mano y el médico lanzó un grito de asombro: la herida estaba cerrada. —No lo entiendo,—exclamó secamente.

»—Yo tampoco lo entiendo; solo sé que en mí siento una fuerza desconocida, y sé, que no una herida, sino un cuerpo entero abierto de arriba abajo, yo lo cerraría, porque en esos momentos me siento capaz de levantar un mundo.

»—Entonces, nada tengo yo que hacer aquí, disponed vos, señora, el vendaje es necesario.

»—Sí, sí; dijo mi hermano, conociendo que el médico estaba contrariado y humillado; una cosa es lo desconocido y otra la ciencia médica, haced cuanto os parezca.

El médico lo vendó nuevamente, pero se conocía que estaba disgustadísimo y se marchó antes de tiempo; yo le dije:—Hasta mañana.

»—No; (dijo él) hasta nunca.

»Volví al lado de mi hermano, y éste me dijo:—Vete, que quiero vestirme. Se vistió, se paseó, y estuvo contentísimo de su rapidísima curación.

»Al día siguiente no vino el médico, y yo me disgusté muchísimo; ya tenía un enemigo más; ¡y les temía tanto á los enemigos!... ¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamé:—¿Por qué se ofende ese hombre? y oí una voz que me dijo:—Le has herido por tu temeridad, has humillado su ciencia, pero no es malo en el fondo, si tú vas á verle capitulará contigo, dile que vas á verle, porque él está enfermo y tú quieres curarle para bien de sus enfermos.

»Obedecí inmediatamente y me fuí á ver al médico; éste al verme me preguntó azorado:

»—¿Qué tiene vuestro hermano?

»—Sigue bien.

»—Pues ¿á qué venís entonces?

»—A quitaros el enfado.

»—Si yo no estoy enfadado.

»—Sí que lo estáis y vengo á pedir os perdón por si os he ofendido involuntariamente. Yo sé que sois un sabio, un hombre encanecido en el estudio, pero, ¿qué culpa tengo yo de manejar fuerzas que desconozco y de oír voces que me guían?

escuchadme, señor, y en vez de alejaros, estudiad en mí; y hablé con elocuencia sobre el organismo humano, lo miré después y él me dijo:

»—No, no me miréis así, que algo tienen vuestros ojos, y...

»—Pues quiero miraros porque estáis enfermo.

»—Es verdad que lo estoy.

»—¿Queréis que os cure?

»—¿Y qué haréis?

»—Poner mis manos sobre vuestra cabeza.

»—Ponedlas; y me presentó su hermosa cabeza; apoyé mis manos sobre ella muy ligeramente y pronto sentí una sensación parecida á las que experimenté curando á mi hermano; sentí mucho calor en las puntas de mis dedos, y ví que el médico lloraba sin esfuerzo alguno, en tanto que rodeaba su cabeza una nube de impalpable humo; él me miró y me dijo:

»—¡Qué bien me hacen vuestras manos y vuestros ojos; se me ha quitado de la cabeza un peso enorme!

»Sin darme cuenta de lo que hacía, le puse la mano sobre el corazón y á los pocos momentos el médico lanzó un grito de alegría y de asombro diciendo:

»—¿Qué es esto? ¿qué es esto, Dios mío?

¿qué es esto? ¿qué es esto que no está en la ciencia?

»—Lo estará, amigo mío, lo estará; y entonces serán los médicos los sacerdotes de Dios, pues conocerán las fuerzas de la naturaleza, y los específicos que hay en las plantas para curar todas las dolencias.

»—El médico se levantó radiante de satisfacción, me miró con respetuosa ternura y me besó una mano sin que yo pudiera impedirlo, diciéndome:

»—Voy al templo á dar gracias á Dios del bien que me habéis hecho; después iré á ponerme á las órdenes de vuestro hermano y á felicitarle porque pertenecéis á su familia... ¿qué sois? ¿angel? ¿mujer? ¿santa? no lo sé.

»—Yo sí lo sé: he sido *muy mala*... y quiero ser *muy buena*.

»El médico no comprendió el sentido de mis palabras, y en verdad que no podía comprenderlo.»





XLVII

CUANDO hube terminado mi tarea respecto al médico, me fuí á mi hogar muy satisfecha de mi proceder, me había quitado un enemigo, ¡y yo les temía tanto á los enemigos! ¡me habían hecho sufrir tan horribilmente!...

»Pasé muchos días sin escribir, porque cuando tenía grandes crisis, cuando tenía que hacer uso de todas mis energías para un enfermo, aunque indubablemente no eran sólo mis fuerzas las que yo empleaba, es lo cierto, que mientras estaba en contacto con el peligro era un Hércules, pero después... después era una sensitiva que el sol y el aire me hacían languidecer, y en ese estado de languidez extrema no podía escribir.

»Mi hermano, entretanto, se restableció por completo y el sacerdote también parecía otro, se puso de mejor color, con la mirada más brillante y el cuerpo más ergui-

do, parecía que le habían quitado diez años de encima; al ver á los dos tan contentos y tan satisfechos, le propuse á mi hermano que pasáramos un día en el monte, (pero sin cazar); él accedió muy contento, y sólo me dijo:—Déjame elegir el día. Este llegó al fin; era un día hermosísimo de primavera, de esos días que tiene España, de luz y calor, de pájaros y flores. Mi hermano convidó á varios amigos, y todos á pie nos dirigimos á un monte muy cercano á la ciudad. Llegamos á un punto agradabilísimo, y allí me esperaba una gran sorpresa: toda mi familia estaba reunida, sólo faltaba Benjamín; una de mis hermanas salió á mi encuentro diciéndome:—Acaben tus reticencias y sean tus brazos mi puerto y los míos el tuyo; y atrayéndome con un franco ademán, me apretó contra su pecho y sus lágrimas y las mías se confundieron.

»Desde luego comprendí que aquella reconciliación era obra de mi hermano mayor, pues yo sabía que toda mi familia me llamaba la *religiosa renegada*, la *loca romántica*, la *desfacedora de agravios* y la *arregladora de entuertos*; pero estaba mi alma tan ávida de luz y de amor, suspiraba tanto mi espíritu por el suave calor de la familia, que acepté como buenas las demostraciones cariñosas de mis hermanos y

de sus hijos; los niños estaban muy bien aleccionados, porque todos me rodearon y me besaron con el mayor cariño. Mi hermano contemplaba muy complacido su obra y muy emocionado exclamó:—¡Quiero que todos estemos unidos para yo estar tranquilo si muero mañana; sea este día, día de felicidad sin temores ni recelos, y gocemos todos de los benditos placeres que brinda la verdadera fraternidad. Ya que por hoy somos hermanos, cumplamos todos nuestro deber.

»¡Cuánto hablamos unos y otros! mis hermanas me asedieron á preguntas y yo les dí buenas lecciones sobre moral universal y sobre los deberes de familia. Ellas se hacían cruces oyéndome; no me creían con mis cinco sentidos cabales; así es, que mis razonamientos las dejaban estupefactas...

»Pasamos lo que se llama un día feliz, y cuando llegó la noche, todos sentimos que se concluyera un día tan hermoso, nos separamos unos de otros deseando volver á reunirnos, y cuando llegamos á mi casa, me dijo mi hermano mayor, abrazándome:

»—¿Estás contenta de mí?

»—Mucho más de lo que tú te puedas imaginar.

»—Me alegro, porque deseo tu tranqui-

lidad; sé que te esperan días de lucha, y quiero que estés fuerte, contando siempre conmigo y tu demás familia.

»—Gracias, hermano mío: me encuentro muy bien, parece que tengo nueva vida, mañana escribiré, estoy animadísima; veré también las obras del convento, y trataré de buscar otro terreno para edificar una casa de oración, ya que el convento que se está levantando, será más bien una casa de recreo.

»Efectivamente; al siguiente día escribí con gran inspiración, en particular un pequeño poema dedicado á la familia, diciendo que la familia es el puerto de los que habitan en la tierra; quedé contenta de mi obra.

»Pasé algunos días ordenando mis escritos, y cuando concluí dicho trabajo fui á visitar las obras del convento, que ya llegaban á su término: era un gran edificio sencillo y de risueño aspecto, porque todas sus paredes por dentro y por fuera eran blancas como la nieve; examiné detenidamente todas sus dependencias, y encontré que allí más se habían cuidado de las comodidades mundanales que del ascetismo religioso. Hícelo así presente al arquitecto y director de las obras, y éste me dijo:

»—Señora, no le cause extrañeza, por-

que aquí vivirá la egregia dama que ha costeado las obras y es necesario que viva como siempre ha vivido, con suntuosidad.

»—¿Y si yo quisiera también vivir aquí?

»—¡Ah! señora, eso ni pensarlo, vos no cabríais aquí, ella es la religiosa de los ricos, y vos lo sois de los pobres; sois los polos opuestos, y... vamos, que no es posible que estéis de acuerdo jamás.

»—Tenéis razón, por eso yo quiero levantar otro convento sencillo, modestísimo, pero limpio y alegre, con mucha luz y muchas flores para que embalsamen el ambiente.

»Mi hermano me preguntó después qué parte tomaría yo en la ordenación de la comunidad, pues sabía que con la dama fundadora se retiraban varias señoras de la Corte.

»—No sé, (le dije), cuando hable con ella te lo diré, me inspira miedo esa mujer, y francamente, creo que debo evitar todo roce con ella, es decir, sin faltar á los compromisos contraídos, y á las leyes sociales.

»Mi hermano me alentó mucho diciéndome que cuanto antes eligiera el terreno para levantar otro convento, en el cual yo sola dispusiera.

»Cada vez me encontraba menos dispuesta para fundar comunidades religio-

sas, pero la corriente de la época me arrastraba, á pesar mío, y tenía también que atenerme á los votos contraídos; no podía retroceder sin escandalizar á mi familia, así es, que me resigné y en cuanto vino el arquitecto á ponerse á mis órdenes, nos pusimos en marcha para escoger el terreno. En mi acompañante rebosaba la satisfacción, se conocía que estaba orgulloso del cargo que yo le había dado, y así me lo hizo presente, diciéndome:

»—Estoy contentísimo de acompañaros para disfrutar de vuestra compañía, y convencerme una vez más, que la voz del pueblo es la voz del cielo.

»—¿Qué queréis decir?

»—Que el pueblo os quiere mucho, porque el pueblo sabe agradecer, os cree una santa y creo que lo sois en realidad.

»—¡Ah! no, eso no; en manera alguna, no quiero laureles que aún no he ganado.

»—Estáis en un error, señora, cuando el pueblo os adora, es que habéis dado motivos para ello.

»—No, no es eso; que el pueblo es muy bueno y ¿decís que me quieren? ¿que me quieren? ¡Ah! cuánto me alegro; de lo que no me alegro es de que me crean santa.

»Durante el camino el arquitecto me explicó lo que el pueblo decía de mí; decía

que yo hacía milagros, milagros asombrosos, ¡y cuánto aumentaba el vulgo! ¡qué modo de multiplicar! de *uno* hacían *mil*; mas aparte de las exageraciones, me llenaba de alegría su relato, porque muchísimas mujeres pobres me querían: ¡me querían! ¡qué mayor placer!

»Llegamos al punto designado, que era la extensa planicie de una montaña; allí, dominando una extensión vastísima, el arquitecto me contó sus penas, sus pesadumbres, que eran muchas, originadas por su dilatada familia; y me decía:—¡Ay! señora, el alma debe alinearse, el alma debe ir siempre en línea recta, porque el alma torcida es un infierno.

Al día siguiente, hablé con mi hermano pidiéndole que me dejara salir con Marta.

»—¿Y dónde irás?

»—Quiero hablar con las mujeres del pueblo, para desvanecer lo que se dice de mí: me llaman ¡la santa! y yo sé que no lo soy.

»—Bueno, vete donde quieras, pero has de volver aquí por la noche, te lo exijo.

»Le dí palabra de volver por la noche y acompañada de Marta, me dirigí al pueblecillo donde había recogido á María, á la pobre huérfana maltratada y hambrienta. Llegué al lugarejo, y le dije á Marta que

se quedase en la posada, y yo sola me interné en la aldea; una mujer que estaba sentada junto á una fuente se levantó al verme, y me dijo:

»—¡Ay! usted es la misma que se llevó á la niña.

»—Sí, yo soy, me alegro que me hayas reconocido.

»—¿Y cómo está la niña?

»—Muy bien.

»—Vinieron sus hermanos, y juraron que darían con ella, para mataros si la tratábais mal, y para serviros si habías hecho una obra de caridad. ¡Si supiérais!... la mujer que la tenía os maldice, y el pueblo entero os ha defendido, diciendo que una Santa no puede hacer obras malas.

»—Pues acompáñame, que quiero ver á esa pobre mujer.

»Llegamos ante el casucho de aquella desgraciada, y mi guía me dijo:—No entre usted, señora, no entre usted; que está esa infeliz como rabiosa, se revuelve por el suelo; su cuerpo parece una pelota, no puede incorporarse, ¡y da unos gritos!...

»Efectivamente, la aldeana no mentía; y por lo mismo entré resueltamente en aquel antro de miseria y de suciedad, y ví dando tumbos por el suelo á un bulto informe que espantaba, con el cabello suelto

y enmarañado, medio desnuda, con la boca abierta, la nariz dilatada, los ojos queriendo salir de sus órbitas; me vió y me conoció en seguida, y dando un ahullido de alegría feroz se precipitó como pudo y llegó hasta mí, me cogió el manto y el vestido entre sus dientes lo hizo añicos, llenándome de insultos. Yo la dejé hacer mientras se entretuvo con la ropa, pero al quererme coger las piernas, le cogí la cabeza entre mis manos y le dije:

»—¿Por qué me odias si yo no te he ofendido?

»Quiso levantarse, pero no pudo y se dejó caer en tierra; yo traté de levantarla y oí una voz ronca muy desagradable que decía:

»No la toques, ¡huye! que va con ella quien te mataría.

»Yo no hice caso de tal advertencia y contesté: Vengo por la mujer, ¡levántate y anda! y aquella mujer se levantó, ¡pero qué modo de levantarse! ¡se sostenía en el aire? parecía una furia infernal, daba horror el mirarla; pero yo no me horroricé, y seguí diciendo:—Serénate, mujer, mírame bien, quizá te causo espanto porque no me conoces.

»—Sí que te conozco, eres mi desgracia; y al decir esto, se hubiera desplomado en

el suelo, si yo no la hubiese cogido, colocándola sobre un montón de paja.

»—Sí, sí; eres mi desgracia.

»—No lo creas, por eso he venido para demostrarte que eres tú la que te creas la desgracia, porque eres tú la que te entregas á los malos genios. ¿Quieres venirte conmigo? ¿quieres ver á la niña?

»Esto la conmovió mucho; de sus ojos brotó un raudal de llanto y murmuró sollozando:

»—Veré á mi niña.

»—Sí, pero no para castigarla.

»—Ella me ha deshonrado, señora, y es lo que más he sentido; y habló largamente sobre su sistema educativo. Yo la dejé hablar, pues necesitaba desahogarse aquella desventurada; cuando concluyó la dije:

»—¿Quieres venir conmigo?

»—No, no; eso no.

»—Pues yo te daré para vivir; y ahora saldremos las dos á respirar el aire; la infeliz me obedeció dócilmente; se envolvió con una manta agujereada, y apoyada en mi brazo salimos las dos, y el corro de mujeres que se había formado á la puerta lanzó gritos de asombro al vernos. Hice sentar á la enferma sobre una piedra, yo me senté junto á ella y la dije:

»—¿Quieres cambiar de vida? yo contri-

buiré á tu tranquilidad; le dí varias monedas y le prometí volver al día siguiente.

»—Mañana te traeré á la niña, y verás qué cambiada está, pues como ella ha cambiado, cambiarás tú, si sigues mis consejos.

»Por toda contestación la enferma trató de besarme la mano, mas yo se lo impedí abrazándola, y escuchando murmullos de admiración me dirigí á la posada llevando impresa en mi mente la figura de aquella mujer sostenida en el aire; no había visto cuadro igual; ¡qué poder el de los malos genios! ¡y qué fuerza tan prodigiosa desplegaban á su vez los espíritus que hacían el bien! ¡Dios mío! ¡Dios mío! parecía que tampoco mis pies tocaban al suelo; Marta salió á mi encuentro á la mitad del camino y al verme con el traje y el manto desgarrados se abrazó á mí, diciendo:

»—¿Qué os ha sucedido? ¿qué ha pasado?

»—Nada de particular; el bien ha vencido al mal. ¡Loado sea Dios!»



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
XXXI.	5
XXXII.. . . .	17
XXXIII.	29
XXXIV.	41
XXXV.. . . .	55
XXXVI.	67
XXXVII.	79
XXXVIII.. . . .	89
XXXIX.	103
XL.	115
XLI.. . . .	129
XLII.	143
XLIII.	157
XLIV.	167
XLV.	177
XLVI.	189
XLVII.. . . .	203

CARBONELL y ESTEVA EDITORES

Rambla Cataluña, 118.-BARCELONA

Pesetas

Cristianismo y Espiritismo

Dos voluminosos tomos. Cada uno. 1'50
Los dos tomos en uno, en plancha. 4

Ramos de Violetas

Van publicados 4 tomos. Cada uno. 1
En tela y plancha á 4 colores. 2

Misterios del Alma

Encuadernado en rústica.. . . . 1
Encuadernado en tela y plancha.. . . . 2

La Psicología de las Religiones

Encuadernado en rústica.. . . . 1
Encuadernado en tela y plancha.. . . . 2

El Colectivismo

Integral Revolucionario

Dos voluminosos tomos. Cada uno. 1'50
Los dos tomos en uno, en plancha. 4'50

Guía práctica del Espiritista

Encuadernado en rústica.. . . . 0'75
Encuadernado en cartóné. 1

La misericordia es la justicia

en su más elevado concepto

Interesante folleto. 0'25

Representantes de la Casa:

REPÚBLICA CUBANA: Sres. Clarel y C.^ª S. en C., **Cienfuegos**.—D. Adolfo García, Real, 10, **Manzanillo**.

Méjico: D. Sixto Valderrama, 2.^ª Benito Juárez, 205, **Córdoba**.—D. David Sanguinetti, calle 49, 488, **Mérida de Yucatán**.